

Maria Dermoût

Las diez mil cosas

Prólogo de Hans Koning



Lectulandia

Las diez mil cosas es una novela que puede leerse como una antología de relatos.

En la primera mitad del siglo xx, en una isla del archipiélago de las Molucas, se conservan ya pocos de los antiguos jardines de especias, en uno de ellos vive Felicia «la dama del Pequeño Jardín», última descendiente de una familia holandesa propietaria de plantaciones de nuez moscada. Toda su familia ha muerto hace ya tiempo, y aunque en apariencia no le queda nada, Felicia vive rodeada por la presencia de un sinfín de cosas: su casa, el bosque, el mar, los aromas de la isla, sus recuerdos y fantasías... Leyendas e historias reales que terminan trágicamente se entrecruzan en un lugar donde la pena y el dolor no logran alterar el equilibrio natural de la existencia, y donde el pasado tiene tanta fuerza como el presente.

Publicada por primera vez en Holanda en 1955, *Las diez mil cosas* fue reconocida inmediatamente como una obra mágica sin parangón en la literatura occidental. Una visión arrebatada de un mundo tan real e íntimo como exótico; un libro que es, a la vez, un lamento y un canto a la naturaleza y a la vida.

Lectulandia

Maria Dermoût

Las diez mil cosas

ePub r1.0

Titivillus 12-05-2018

Título original: *De tienduizend dingen*

Maria Dermoût, 1955

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Prólogo

Felicia o la tristeza sabia

Regresaba a los Estados Unidos en barco —hace ya de esto más de cuarenta años— y estaba sentado en cubierta leyendo las galeradas de una novela que Alice van Eugenvan Nahuys, de la editorial holandesa *Querido*, me había dado «para leer durante el viaje». (En aquel entonces había terminado de escribir mi primera novela, que publicaría Knopf, y Alice iba a editar la traducción al neerlandés).

Aquellas galeradas eran de *Las diez mil cosas* de Maria Dermoût, una mujer holandesa que entonces vivía en Noordwijk aan Zee (Holanda) pero que había nacido y se había criado en las Indias Orientales Holandesas, la actual Indonesia. Maria tenía treinta y cinco años más que yo, pero también era su primera novela. Ha pasado mucho tiempo, pero lo recuerdo como si fuera ayer: el barco, el viento que soplaba sobre el Mar del Norte, y las lágrimas deslizándose por mi cara. Era una de las historias más hermosas, y tristes, que había leído nunca.

Ya en Nueva York, llevé aquella novela a Bob Gottlieb, mi editor en Simon and Schuster, y le dije que no tenía más remedio que publicarla. Corrían tiempos menos mercenarios en el mundo de la edición, pero de todos modos la palabra «traducción» asustó a Bob. No recuerdo por qué no probé suerte en otra editorial; en lugar de eso, yo mismo traduje «de prueba» los dos o tres primeros capítulos, solo por gusto. Como era de esperar, Bob aceptó; esa novela brillaba con luz propia, sí, era triste, una característica con la que los editores suelen tener problemas, pero no deprimente; era triste de un modo duro, sabio y maravilloso.

Holanda y sus (en aquel momento) diez millones de habitantes no son en absoluto tan imperturbables como puedan creer quienes hayan leído *Hans Brinker o los patines de plata* y como seguramente se figurarán el resto de los lectores. Es un país que ha originado una magnífica producción de literatura moderna, especialmente en poesía; aunque admito que su ficción es un reflejo de la aburrida calma propia de un país avanzado y bien gobernado. En el pasado siglo solo han existido dos excepciones a esta calma: la ocupación alemana durante la segunda guerra mundial y, anteriormente, el papel que jugó Holanda como potencia colonial. La ocupación alemana fue una enfermedad que se curó al ganarse la guerra. El imperio colonial, si bien puede verse también hoy como una enfermedad —un desequilibrio mental del cual el mundo se está liberando, aunque de forma más sutil todavía persista—, era más que eso. El colonialismo otorgó un sentido dramático mayor que el que hubiera podido emanar única y exclusivamente de esos diez millones de habitantes de las costas del Mar del Norte. Una nueva dimensión en el imaginario del escritor.

Aún así, la literatura holandesa no ha generado ningún Kipling. Al contrario, el escritor «colonial» más conocido en la actualidad, Multatuli, era un enconado opositor al colonialismo, y eso es precisamente lo que confiere intensidad a su obra. Lo mismo se podría decir de otros escritores «tocados» por las Indias, como Louis

Couperus, el único novelista holandés que ha logrado aparecer en el *American College Dictionary*, o Eduard du Perron, muerto en mayo de 1940 durante la invasión de Holanda. Yo mismo tuve la suerte de poder trabajar durante un año en la radio indonesia, justo después de que el país hubiera alcanzado su independencia, y cuando el presidente Sukarno aún se dirigía a sus colaboradores en neerlandés; entonces me resultaba fácil imaginarme como un André Malraux americano-holandés.

Pero Maria Dermoût es una escritora *sui generis*, un caso único. No escribió sobre las Indias como holandesa, ni tampoco como javanesa o ambonesa. El suyo era un desdén, cercano a la compasión, hacia las líneas divisorias, los odios y los miedos. Solo algunos de sus personajes eran holandeses; hacía hincapié en el color de su piel, pero en un contexto puramente estético: un profesor escocés es «pálido y pecoso», un noble javanés tiene un «rostro moreno claro... Sin embargo, su gracia no resultaba afeminada».

Dermoût *pintaba* paisajes, naturalezas muertas y retratos de personas en un mundo de mito y misterio. Este mundo surge de un entramado formado por animales y plantas; hombres, mujeres y niños; perlas de la tierra y perlas del mar —«lágrimas del mar»—, anémonas, medusas con pequeñas velas que se izan cuando el viento es favorable y cangrejos que saludan con sus pinzas a la luna; y cada una de estas cosas tiene en ese mundo un papel y un destino, poseen un alma propia. En cierto sentido, el de Dermoût es un animismo sustentado no sobre supersticiones primitivas, sino sobre un amor que abarca toda la creación. En este mundo, el mayor pecado que existe es rechazar el amor que se nos ofrece.

Felicia, la heroína de la novela —una heroína de verdad—, es una joven que vive con su hijo en una de las «Islas de las Especies», a principios del siglo veinte. Ella le enseña las diez mil cosas que forman la isla, pero la riqueza de estas enseñanzas se pierde cuando él, ya adulto y convertido en soldado, muere asaeteado por un cazador de cabezas.

«No era una mujer hipersensible ni propensa al sentimentalismo, pero, mientras viviese, no se extinguiría en ella la profunda y ardiente lástima por todos aquellos que habían sido asesinados. Se rebelaba contra el asesinato; no podía aceptarlo, ni para su hijo ni para nadie, ni antes ni ahora ni en toda la eternidad».

Esa mujer es también Maria Dermoût, cuyo único hijo murió en un campo de concentración japonés.

En esta novela, que fluye como un torrente claro, hay momentos en que la historia, el tiempo mismo, llega a una sobrecogedora inmovilidad.

Como cuando Himpies, que se había marchado a estudiar a Europa, vuelve a la isla convertido en un joven tan parecido a su padre —ese «extranjero de un hotel en Niza» que había abandonado a Felicia tiempo atrás, sin una palabra, llevándose con él sus joyas, las mismas que ella le hubiera dado de habérselas pedido—, que al verlo, al «alto y guapo desconocido, con su uniforme blanco, el corazón de Felicia dejó de latir un instante. Pero cuando estuvo más cerca ya no era el hombre de Niza, sino otro

distinto... con los ojos cálidos, oscuros y de brillantes destellos del chico llamado Himpies, que le dijo: “¡Hola, madre, por fin he vuelto!”».

O cuando cuenta la historia de un joven noble javanés, que trabaja en una oficina del gobierno y que es comisionado como ayudante de un profesor escocés en una expedición científica. El joven había sido estudiante en la Universidad de Leyden durante un año, hasta que recibió una carta comunicándole que debía regresar «por falta de fondos». Por eso termina en aquella oficina.

Pero conserva un retrato de su madrastra, una princesa del principado javanés de Solo. En la fotografía aparece sosteniendo un quitasol, vestida con el batik y cubierta con un chaquetón de terciopelo, luciendo todos sus diamantes y sus perlas; su nombre y rango aparecen al pie de la imagen, junto a las palabras «en vestido de viaje»:

«Entonces pensó algo en lo que nunca había pensado. Pensó que si cuando se encontraba aún estudiando en Leyden, cuando aún estaban a tiempo, se hubiera sacado ella uno de los anillos de sus finos dedos, o se hubiese quitado uno de sus pendientes, o el alfiler de diamantes, o el broche de oro y diamantes con que se sujetaba las plumas de marabú... Pero ella, la Señor Princesa, la del vestido de viaje, no hizo nada de eso. Y Supraptu no dispuso de fondos para proseguir sus estudios».

O también cuando Felicia, regresando a casa en un pequeño bote después de haber ido a la ciudad a recoger una carta de su hijo, mira al agua y, «de repente aparecieron tres tortugas jóvenes, las tres del mismo tamaño, con los caparazones muy brillantes y casi rojos. En ellos se distinguía perfectamente un dibujo simétrico de rayas y puntos marrón, amarillo y negro. Movían la cabeza arriba y abajo. A pesar de lo jóvenes que eran, tenían esa cabecita de viejo calvo con el cuello arrugado; sus ojillos brillaban bajo los adormilados párpados y sobre la boca grande y amarilla como el pico de un pájaro.

»Se sumergieron con las aletas hacia arriba, como si se estuvieran ahogando y luego volvieron a ascender y, muy juntas, nadaron una encima de otra, pero sin tocarse, con una gracia que parecía estudiada y que sin embargo era natural. Entonces, tan inesperadamente como habían aparecido, desaparecieron en la profundidad líquida».

Al día siguiente, llega la noticia de que, en el preciso instante en que ella miraba a las tortugas, su hijo moría. No hay sentimentalismo en la novela de Maria Dermoût. Hay violencia, asesinatos. Un día al año la mujer solitaria de la isla lo dedica a recordar a los asesinados y los asesinos de la isla, a llorarlos y perdonarlos. Uno de ellos es Himpies, que la ha hecho víctima de una soledad incommensurable. «Y ella se fue... bajo los árboles, hacia la casa, para beber una taza de café y procurar seguir viviendo».

La última vez que vi a Maria Dermoût, un año antes de su muerte, me dedicó un ejemplar de la traducción al inglés de su libro, y lo fechó: «Otoño, soleado, 1960». Y en la nota que escribió sobre ella misma para dicha traducción, escribió:

«Por lo que recuerdo, nos enseñaron que cada ser humano tiene su propio valor,

que deberíamos estar agradecidos de que los hombres no seamos idénticos... Cuando escribo acerca del “entonces” y el “allí”, no lo hago para lamentarme, sino porque aún puedo verlo claramente delante de mí...

—¿Es literatura de evasión? —me pregunta mi nieto.

—Tal vez —respondo—. ¿Y qué si lo es?».

HANS KONING

Las diez mil cosas

Una vez vistas diez mil cosas en su unidad, volvemos al comienzo y permanecemos donde siempre hemos estado.

TS'EN SHEN

PRIMERA PARTE

La isla

En aquella isla de las Molucas quedaban unos cuantos jardines de la gran época de las especias, los «parques de especias». Nunca hubo muchos, y en esta isla, desde hacía mucho tiempo, ya no los llamaban *parques*, sino *jardines*.

Ahora como entonces, los jardines se extendían a lo largo de ambas bahías —la exterior y la interior—, y los árboles especieros se arracimaban por clases: claveros, mirísticas (que dan la nuez moscada)... Entre estos grupos había grandes árboles de sombra —por lo general, kanari—, y en la parte más cercana a la bahía crecían cocoteros y plátanos como protección contra el viento.

Ni una sola de las casas estaba entera; un terremoto las había derruido. Aquí y allá quedaba parte de alguna vieja edificación: un ala, un muro... Más adelante las habían aprovechado para construir viviendas humildes.

¿Quedaba algo de la gloria pasada?

Sí: algo parecía flotar aún, impalpable, por aquellos jardines, algo del brillante pasado.

Si uno se detenía en cualquier lugar, entre los árboles pequeños, y hacía calor, le resultaba fácil percibir un intenso aroma a especias...

En una de aquellas silenciosas habitaciones en estado ruinoso, con una ventana de estilo holandés con amplio alféizar...

En una franja de playa, bajo los plátanos, donde se deshacen las pequeñas olas: una tras otra..., tras otra..., tras otra...

¿Qué podía ser?

La huella de un ser humano, de algo que sucedió, puede permanecer en un lugar, de modo casi tangible... Y quizás haya alguien que sepa de qué se trata y a veces piense en ello. Pero aquí era distinto: no había en qué apoyarse para el recuerdo, no había certidumbre; tan solo una pregunta, un quizá.

¿Estuvieron tumbados aquí dos amantes alguna vez y sigue resonando su *para siempre*, o quizá se despidieron entre los pequeños árboles de nuez moscada y la única palabra que persiste es su *adiós*?

¿Acaso jugó una niña con su muñeca en este alféizar?

¿Quién se encontraba entonces en la playa mirando la incesante cadencia triple de las pequeñas olas? ¿Y en la bahía?

Hay allí un silencio que es una respuesta, un silencio constituido de resignación y expectación. Un pasado que no ha pasado.

Aparte de eso, no había mucho más.

Dos de los jardines estaban encantados.

Por un jardincito de la bahía exterior, cerca del pueblo, se paseaba un ahogado; pero era un ahogado reciente. No se trataba, pues, de un fantasma antiguo. Y por otro jardín de la bahía interior vagaban, desde hacía muchísimo tiempo, tres niñas.

La casa había desaparecido: incluso los cimientos y los trozos de muro, que habían seguido en pie mucho tiempo después del terremoto y del incendio, habían sido retirados por fin. Pero quedó un pabellón de huéspedes bajo los árboles

próximos a la playa: cuatro amplias habitaciones que daban a una galería lateral abierta.

Y este pabellón también estaba habitado: en él vivía la señora a quien pertenecía el jardín.

Tenía un bello nombre —señora von Tal y Cual (este había sido el apellido de su esposo, procedente de una familia noble de Prusia oriental)— y era la última de una familia holandesa de cultivadores de especias.

Aquel jardín permaneció en manos de la familia durante cinco generaciones; después de la señora, su hijo habría constituido la sexta generación; y los hijos de este, la séptima. Pero no había de ser así. El hijo de esta señora había muerto joven y sin descendencia, y ella tenía ya más de cincuenta años, sin más hijos ni pariente alguno. La última.

Según la costumbre de la isla, donde fastidiaba tener que recordar los nombres difíciles y donde todos llevaban apodo, llamaban a esta señora *la dama de la bahía interior* y también *la señora del Pequeño Jardín*, pues así se llamaba aquel jardín.

El Pequeño Jardín no era en verdad tan pequeño; se trataba en realidad de uno de los mayores de la isla, pues se extendía por detrás hasta el pie de una cordillera. La bahía interior lo limitaba por el frente, y a derecha e izquierda lo bordeaban dos ríos.

El río de la izquierda, donde la tierra era llana, fluía oscuro y perezoso entre los árboles, con escasa profundidad y casi siempre vadeable. Pero la gente del pueblo de la otra orilla prefería cruzarlo en una pequeña balsa que impulsaba con una pértiga de bambú.

A la derecha continuaban los montes hasta la misma playa. Un río estrecho pero de curso rápido y caudaloso se precipitaba espumeante sobre las rocas, y luego se calmaba en un valle hasta la desembocadura en la bahía interior.

En el valle se criaban aves de corral: muy buenos pollos y patos. También había vacas, cuyos establos disponían de abundante agua fresca para su limpieza, y no quedaban demasiado cerca de la casa.

Detrás del pabellón y formando con él un ángulo recto, había toda una fila de anexos de techo bajo y gruesos muros de piedra. A un lado, en su campanario de madera, colgaba aún la antigua campana de los esclavos. Ahora se empleaba para dar la bienvenida o despedir a todos los praos que se presentaban en la bahía, aunque este rito se olvidaba con frecuencia.

Detrás empezaba el bosque, un precioso bosque con muchas sendas y abundantes calveros por entre las masas de árboles, sobre todo en la parte más cercana a la casa. En él crecía de todo en confusa mezcla, plantas útiles e inútiles: árboles de especias, frutales, kanaris llenos de nueces, palmeras (las palmeras aren, de las que se sacan azúcar y jarabe), muchos cocoteros, palmeras sago en los sitios más húmedos... Pero había también muchos árboles raros, de flores extrañas, cuyo único derecho a la existencia se lo confería el ser bellos.

Un pequeño sendero recto —que no conducía a parte alguna— bordeado por

casuarinas, altos abetos con largas agujas caídas, movidas por las brisas de la bahía interior, que producían un ruido suave como si estuvieran murmurando todos juntos. Los llamaban los árboles cantarines.

Un arroyuelo de agua clara discurría por el bosque: más arriba, una parte de su reducido caudal atravesaba un tronco vacío e iba a parar a un depósito rematado con una cabeza de león tallada, cuyas melenas estaban llenas de verdín. Por la boca abierta salían varios chorros de agua cruzados que caían en una cisterna de piedra, amplia aunque de poca profundidad, con un borde para sentarse.

Todo esto quedaba a la sombra: la cisterna, el depósito con su león esculpido, los troncos de los árboles, el suelo... Todo ello estaba húmedo y cubierto con una espesa capa de musgo. Solo la superficie del agua reflejaba la luz en su transparencia y jugaba con ella en el leve rizado que le producía la brisa.

Aquí era donde se bañaban, pues la escasa profundidad de la cisterna hacía que fuese muy adecuada para los niños. Y no se usaba apenas. ¿Dónde estaban los niños? Los pájaros del bosque bebían ahora allí.

Las palomas del bosque, gordas y grises, con el contraste de sus collares de plumas de un verde brillante —las arrancanueces— bebían largamente y con gran cuidado haciendo gorgoritos y luego zureaban de pura satisfacción. Los loros de un verde deslumbrante se ponían a charlar al borde de la cisterna; se interesaban más unos por otros que por el agua. Y a veces, en un torbellino de chillones colores — verde esmeralda, rojo vivo, amarillo brillante o azul marino, verde y rojo mezclados —, llegaba toda una bandada de luris, o bétés, o como quiera que se llamen, con sus retorcidos picos amarillos. Parecían papagayos pequeños. Batían las alas a cada momento, se picoteaban ferozmente entre sí, se bañaban, bebían, salpicaban el agua y formaban un infernal jaleo, todo ello en unos momentos, y luego se marchaban dejando la cisterna en absoluta calma entre los árboles.

Y a veces, en aquel silencio, descendían unos cuantos pájaros zumbadores formando un arco de color, rozaban la superficie del agua y se elevaban de nuevo leves como plumas. Estas aves no se detenían ni un segundo.

En el lindero del bosque, pero ya debajo de los árboles, había tres tumbas de niñas, en hilera, entre la alta hierba. Las lápidas estaban rotas y no se podían leer las inscripciones. Estas tres niñas se habían llamado Elsbet, Katie y Marregie; la señora del Pequeño Jardín lo sabía, aunque todos los papeles habían desaparecido con el terrible terremoto y el incendio. Las tres niñas eran las hijas del tatarabuelo de esta señora.

A veces las tres se sentaban en el borde de la cisterna del bosque... ¡chist!

Pasadas las tres tumbas, la senda se empinaba de pronto para subir por los montes, aquellos montes sin grandes árboles, montes soleados y con mucha hierba amarillenta y espesa de olor saludable, entre la que abundaban las rosas de perro. Y desde allí, por encima de las copas de los árboles, por encima de la casa y de sus dependencias, la señora podía contemplar la bahía interior, que parecía un redondo

lago azul tachonado aquí y allá con enormes manchas de un verde claro donde el agua era menos profunda, y de un verde intenso donde era más profunda, un lago extrañamente rodeado por un borde blanco y espumeante y por todo el verdor lujurioso de la costa.

Más allá de los montes empezaba la jungla, azul oscuro y morada más que verde si se miraba desde lejos; y luego, las montañas agrestes.

Arriba, en las montañas, siempre soplaban el viento.

En los primeros montes pastaban las vacas de la señora del Pequeño Jardín y los ciervos que le pertenecían.

Algunas veces jugaban por allí las tres niñas, las tardes de sol, siempre que no hubiese nadie. «¡Otra vez han dejado pétalos de rosa por todas partes!», decía el vaquero. Y la señora le contestaba: «Déjelas tranquilas, hombre».

Y a veces, muy pocas, se acurrucaban juntas en la playa de la bahía, bajo las palmeras, lejos de la casa, para ver qué clase de conchas había dejado la mar en la orilla, y abrían hoyos en la arena, lo cual se podía comprobar después perfectamente.

Todo el mundo conocía a las tres niñas y les echaba un ojo, velando por su seguridad. No querían ahuyentarlas, y mientras fingieran no mirarlas, las tres seguían jugando tranquilamente. Por lo menos, eso decía la gente, pero la señora no las había visto nunca, y esto la apenaba.

¿Era imprescindible verlas? Siempre había oído hablar de ellas; tenían un lugar reservado en su jardín de aquella isla de las Molucas, y también en su vida.

La señora del Pequeño Jardín tenía a veces la sensación de que la isla se extendía ante ella como en un mapa y que podía verla entera con todos sus detalles; hasta se imaginaba la rosa de los vientos en una esquina.

Era una isla montañosa; los pocos espacios llanos que había entre las costas estaban salpicados de rocas de formas fantásticas. Había árboles en todas partes, incluso en el agua; y en la bahía, junto al pantano cubierto con jacintos acuáticos, se veían hileras de pequeñas palmeras de nippa muy brillantes y unos siniestros mangles de tronco desnudo y retorcido. Era frecuente ver caracoles marinos en sus ramas, ocultos en sus conchas convexas y blancas, como frutas de porcelana.

Por doquier había agua clara y fresca: ríos, pozos, arroyos y cascadas precipitándose sobre las rocas.

Una red de caminos, carreteras, sendas y vericuetos, con escalones para facilitar la ascensión a las montañas, permitía llegar a los pueblos grandes y pequeños: pueblos de cristianos, de musulmanes, de las antiguas comunidades que adoran los números místicos nueve y cinco (que no se toleran mutuamente en absoluto). Y aquí y allá, un «jardín», un decrepito fuerte de reducido tamaño, una antigua iglesia minúscula con blasones holandeses del siglo XVIII, una mezquita de madera pintada de colores vivos, con su alto minarete, una ancha lápida sepulcral labrada sobre una

tumba olvidada —en eterno recuerdo; ¡eterno es demasiado!— y sobre todo, la ciudad, a orillas de la bahía exterior. La única ciudad digna de tal nombre.

La señora conocía perfectamente la isla, hasta la montaña más escarpada, hasta la jungla más inextricable... y había navegado por todas las costas en un prao. Sabía dónde —aquí, allí, en todas partes— crecía un árbol o una planta de gran rareza, o se abría una extraña flor. Se había inclinado innumerables veces sobre el borde de su prao a mirar por el hueco de un bambú los jardines submarinos de la bahía exterior: una visión de ensueño petrificada en coral, de una tranquilidad irreal, inmóvil excepto cuando la cruzaban, raudos como flechas, unos cuantos pececillos de alegres colores o diminutos y marrones caballitos de mar que surcaban perpendicularmente las aguas mirándose seriamente unos a otros. Y en algunos lugares solamente se veía el raro coral rojo, como un campo de clavo bajo las olas azules.

Y la señora había pasado muchas horas en el bosque, allá arriba en las montañas que dominaban el Pequeño Jardín, junto al manantial que llegaba del mar. ¿Cómo, si no, se podría explicar el amargo sabor que dejaba? Allí se rezaba, durante las sequías, para que lloviese, y allí se hacían los sacrificios... pero esto no debía saberlo nadie.

¡Y la gente!

La señora no conocía, naturalmente, a todos los habitantes de la isla, pero sí a muchos: a la vieja familia de un rajá de nombre portugués, y a otra familia, y también a otra; y a aquel sacerdote musulmán que se sabía todas las historias de las guerras santas y de los héroes de la fe (en la isla se había luchado siempre, y el propio santón era un gran guerrero); a religiosos cristianos que se dedicaban a la enseñanza, algunos de los cuales, por cierto, eran excelentes predicadores; a un juglar, a un coreógrafo, a una curandera (una *bibi*) que lo mismo podía curar que hacer enfermar a una persona, lo mismo embrujar a alguien que exorcizar fantasmas.

Por la ciudad iban y venían los holandeses, siempre atareados. Pero no se quedaban muchos; pocos de ellos eran enterrados allí y permanecían así unidos para siempre a la isla.

Y llegaban a las Molucas viajeros de todo el mundo que, en cuanto desembarcaban —rápidos, rápidos, rápidos— querían comprar conchas, coral, perlas de las que no había allí, mariposas, porcelana antigua, orquídeas, pájaros raros..., y al final se contentaban con un cestito de nuez moscada con sus ramas, flores y hojas hechas con plumas de papagayo —pobrecillos—, y en seguida se volvían al barco olvidando despedirse. ¡Qué gente tan rara!

En todas partes hay gente rara; también la había, pues, en la isla. A la señora le habían enseñado una choza vacía, a orillas de la bahía, donde no hacía mucho tiempo vivían un hombre y un muchacho que, en realidad, eran un tiburón grande y un tiburón pequeño. Y nunca se reían para no enseñar sus dientes puntiagudos. ¡Ahora ya no estaban allí! ¿Adónde habrían ido? Seguramente, nadaban juntos por la bahía.

Y le habría bastado un poco de paciencia para poder ver todavía a la vieja, la madre de los Pox. En las casas donde había niños tenían siempre atada en la puerta

principal una rama espinosa para que la vieja no se acercase. De lejos no podía causar gran daño. Era curioso que en los últimos años se hubiera presentado tan pocas veces.

En cambio, la señora veía frecuentemente al individuo a quien llamaban *el hombre del cabello azul*. Era solo un simple pescador de una aldea próxima al Pequeño Jardín, un hombre que tenía por costumbre teñirse con añil su rizada cabellera canosa. Y es que no tenía más remedio: su único hijo era soldado, ¡un héroe! A la luz de la luna, los jóvenes de los pueblos cantaban canciones sobre aquel muchacho; hablaban de sus batallas, de las fortificaciones que había asaltado, de sus victorias, de sus heridas... y, naturalmente, un héroe como aquel no podía tener por padre a un viejo desdentado con el pelo blanco. ¡Imposible!

A veces, la señora del Pequeño Jardín escuchaba la isla: escuchaba el rumor de las bahías —el de la bahía interior era distinto del de la exterior— y el sordo ruido de alta mar, tan diferente. Y por otra parte, los suspiros de los vientos de la tierra y del viento del mar, y ese aullar del viento tormentoso que llaman Baratdaja.

Y sonaban los tambores para marcarles el ritmo a los remeros de los praos; y el leve y trepidante sonido de las cuerdas que tenían ensartadas las conchas, atadas al mástil o a la proa para atraer el viento. Porque al viento le encanta jugar con estas cosas.

Los aficionados a la música recordaban las melodías de todas las canciones y el ritmo de todos los bailes. En la isla seguían usando los pequeños timbales de cobre de Ceram, la «tierra del otro lado»; allí hacían sonar los tritones, que por dentro son de un color naranja intenso; y una vez, la señora había hecho una larga excursión solo para oír la canción de los peces moribundos, porque solo aquel hombre sabía cantarla.

Y luego, los sonidos familiares, las canciones de todos los días en las aldeas de la otra orilla del río, que se oían desde el Jardín.

Alguien cantaba una canción de amor a la luz de la luna: «La tarde es demasiado larga, amada, y el camino, interminable», y otros lo acompañaban batiendo palmas y con la lánguida música de una única flauta de bambú.

Una canción de cuna para un nene, un cuento que le cantaban, o las canciones guerreras de los salvajes alifuras, cazadores de cabezas de Ceram. Y alguna que otra vez, muy pocas, el antiguo lamento pagano (se cuidaban mucho de que no lo oyese el maestro de escuela) por alguien que acababa de morir. Este lamento se titulaba «Las cien cosas», ya que son un centenar las cosas que debemos recordarle al muerto, que debemos preguntarle.

No se referían solo a las personas de su vida, que si esta muchacha, esta mujer o aquella otra, ese niño, el padre, la madre, un hermano o una hermana, los abuelos, el nieto, un amigo, un compañero de armas; ni a sus posesiones: la bonita casa, los platos de porcelana ocultos, el veloz prao, el cuchillo afilado, el pequeño escudo antiguo, los dos anillos de plata de la mano derecha —en el dedo índice y en el pulgar

—, la paloma domesticada...; además de todo eso, escucha cómo sopla el viento, con qué espumeantes crestas llegan las olas de alta mar, cómo saltan los peces del agua y juegan unos con otros, cómo brillan las conchas en la playa; recuerda los jardines de coral submarinos y sus colores... Y la bahía..., la bahía..., ¡no olvides nunca la bahía! Y al final decían: «Oh, alma de Fulano de Tal», y terminaban con un sostenido y melancólico *e-e-e-e, e-e-e-e*, que se alejaba rozando el agua del mar.

Y en otras ocasiones la señora escuchaba, junto a otras personas, el martilleo procedente del otro lado de la bahía, donde estuvo en tiempos el muelle de los portugueses (los hermosos galeones se calafateaban allí), y ahora solo había árboles y los golpes de un martillo de madera contra alguna tabla, y el ruido llegaba claramente por encima del agua... ¿O sería un pájaro?

Cuando un prao llegaba o partía, sonaba en el Pequeño Jardín la antigua campana de los esclavos... si había alguien para tocarla.

Ya eran estas muchas cosas, pero no todas. No bastaba con ellas. Quedaban, nada menos, las cosas imaginables, las figuras presentadas por las danzas, las canciones y los cuentos, los frutos de la fantasía. Nada menos que eso. ¿Cómo podría la señora enumerarlas todas?

Solo en la bahía interior había todo esto:

En el lugar donde la bahía es más estrecha y más profunda, de vez en cuando vagaba un marinero por el acantilado, un joven portugués que se había ahogado allí mismo. El pobre pretendía marcharse a su patria porque oyó que lo llamaban desde allá lejos. Se llamaba Martín.

Y Marta, la joven hija del rajá de un pueblo que ya no existía. La muchacha quiso atravesar el agua a lomos de su caballito una noche de luna para ir en busca de su amado, un pobre pescador sin prao, ya que su padre había ordenado que fueran intervenidos todos los praos de la costa para que su hija no pudiera ir en busca de su pescador. Marta llegaba siempre a la otra orilla; en vida no había llegado...

Bajo el acantilado, en un hueco de las rocas, acechaba el Pulpo, no un pulpo corriente, como todos esos que hay en la bahía, sino el Pulpo Gigante, con sus ocho terribles tentáculos llenos de ventosas y sus dos enormes ojos saltones, negrísimos. Lo veía todo, porque distinguía en la luz y en las tinieblas, pero a él, al Pulpo Gigante, nadie podía verlo. Todos los pescadores, todos los remeros, habían oído hablar de él, y no había timonel que no pusiera todos sus sentidos en alerta cuando su barco tenía que surcar aquellas aguas.

Más allá estaban el gran pantano morado y un istmo desde el cual llegaba frecuentemente la canción de los pescadores que cargaban con sus praos para cruzarlo. En aquella misma dirección se hallaba la aldea próxima al Pequeño Jardín, y allí era donde vivía el hombre del cabello azul, y también la mujer que sabía bailar la danza de la concha. Una vez, hacía ya mucho tiempo, la señora del Pequeño Jardín la

había visto aunque, desde luego, a nadie le estaba permitido verla. Ya no se bailaba aquella peligrosa danza, ni en la aldea de la otra orilla del río ni en ninguna otra parte.

Y cerca de la aldea, en el Pequeño Jardín, aquellas tres niñas que habían muerto el mismo día... ¿Habría sido a causa del terrible terremoto y del incendio? ¡No! No fue por el terremoto ni por el fuego.

Y la Mujer de Coral. La señora no podía olvidar a la Mujer de Coral. Todo lo referente a esta se podía leer en los libros del señor Rumphius; poco más allá del Jardín hubo una pequeña colonia de javaneses. En realidad, no era más que una gran familia. Cuando ancló el prao en que había llegado, se asomó una joven por su borda para admirar los corales del fondo, o quizás estuviera mirando el Árbol, el Cocotero del Mar que, por supuesto, también es de coral.

Se inclinó la joven demasiado, cayó al agua cabeza abajo y jamás volvió a la superficie. Mucho después, los pescadores de coral encontraron un gran bloque con la forma perfecta de una mujer. ¡Era ella, la javanesa! No había duda posible. Tenía la cabeza engarzada en coral. Y según dijeron los pescadores, cuando arrancaron la roja estatua, esta se quejó débilmente.

Después de aquello, la estatua de coral estuvo durante muchos años en el jardín del señor Rumphius, que la había comprado por cinco *daalders*. Introdujo en los pequeños agujeros del coral semillas de plantas trepadoras, y a su debido tiempo la mujer de coral cubría su desnudez con un hermoso vestido de flores.

Es muy posible que el señor Rumphius se acercara a ella muchas tardes, al anochecer, o quizá ya en la noche estrellada, la mirase con sus ojos casi ciegos y le preguntase si...

Porque el señor Rumphius también creía en el Cocotero del Mar. En efecto, ¿de dónde si no, podían llegar esos cocos que deja el mar en la playa de vez en cuando? No era un cocotero corriente, porque aquellos cocos tenían el doble del tamaño de los normales y no eran redondos, sino alargados, pulidos por las olas y la marea, casi negros y duros como piedras.

En ninguna parte —ni en toda esta isla, ni en ninguna de las «mil islas», ni en las grandes islas lejanas, ni en los continentes— había un cocotero que diera semejantes frutos. Por eso el señor Rumphius escribió cuanto pudo averiguar sobre el extraño árbol. A algunos les parecía evidente que no crecía en tierra sino en el mar, en el centro de un torbellino, en el «ombligo de los mares», pero Rumphius no podía creérselo. Para él, era mucho más probable que creciese en un lugar tranquilo y apartado, pero desde luego en las aguas profundas, en una bahía. Sí, una bahía como aquella, como la bahía interior, por ejemplo.

El Cocotero tendría el tronco y las ramas negros, igual que los pequeños árboles del coral. ¿Tendrían sus hojas negras forma de cinta, como las de un cocotero normal? De eso no estaba seguro el señor Rumphius, porque la verdad es que dentro del agua lo negro no es siempre negro; a veces es entre morado y violeta, y a veces, lila. Estaban además el Cangrejo y el Pájaro del cocotero. Los pescadores de coral los

habían visto, pero según parecía, nunca habían podido acercarse a ellos.

¿Le preguntaba el señor Rumphius a la Mujer de Coral si... en fin, si mientras estaba allí...?

Deseaba desesperadamente ver el Cocotero del Mar —negro, morado, o rojo como una rosa (con el Cangrejo y con el Pájaro)—, verlo sólo una vez antes de quedarse ciego del todo. No era posible que tardase ya mucho tiempo.

¿Y qué hizo la Mujer de Coral?, ¿qué le respondió su cerrada boca de coral?

Si a la señora del Pequeño Jardín le resultaba tan simpática la Mujer de Coral era por ser el señor Rumphius persona muy de su agrado. Las dos obras de este habían estado siempre en la casa del Pequeño Jardín: junto a su abuela, ella había mirado las ilustraciones de plantas y hierbas medicinales en uno de los muchos tomos del *Herbolario*, y leyó en su *Libro de las curiosidades* los nombres de las conchas, caracolas, medusas y demás pequeñas maravillas.

Ella misma era una de las criaturas de la isla. Allí estaba, en su jardín de la bahía interior, frente a la casa —el pabellón de los huéspedes—, y las pequeñas olas le acariciaban los pies.

Todos sabían qué aspecto tenía esta señora: pequeña y encorvada, con su sarong y su sencilla chaqueta de algodón apenas adornada con unos discretos encajes, o quizá sin encajes en absoluto, y sin ningún broche bonito. Nada más que unos alfileres para sujetarse las prendas. Imperdibles, para ser exactos. Con los pies descalzos en sus fuertes sandalias, llena de pecas su piel, siempre sin sombrero, al aire su crespo pelo canoso.

La habían visto o bien habían oído hablar de ella. En toda la isla se hablaba de esta mujer, a veces en susurros, como antes se había hablado de su abuela, y aun antes, de la abuela de su abuela (en cambio, de los hombres de la familia no había mucho que decir, ni en voz alta ni murmurando).

Nada malo decían de ella. ¿Por qué iban a decirlo?

La apreciaban. Al menos en la actualidad; en otro tiempo los incomodaba, porque era una mujer terriblemente inquisitiva que quería saberlo todo con todo lujo de detalles. Pero siempre estaba dispuesta a prestar ayuda a quienes la necesitaban o a brindarles su comprensión.

La vida se había portado mal con la señora del Pequeño Jardín: murió su abuela, a quien ella se lo debía todo; murieron sus padres (que nunca se preocuparon mucho por ella); hermanos no había tenido, ni hermanas; y su esposo... Nadie conocía la verdadera historia de ese esposo. Decían que fue un hombre importante pero nadie llegó a conocerlo; nunca estuvo en la isla, debió de morir hacía muchos años; y ahora, no hacía mucho tiempo, la señora había perdido a su hijo, su único hijo.

Así que estaba completamente sola en el mundo.

Pero había un aspecto en el que se pasaba de la raya.

Un día y una noche al año, el día del aniversario de la muerte de su hijo, quería estar sola. Esto era comprensible, pero la señora llegó al extremo de hacer marchar a todos sus criados con sus familias. Los enviaba a la ciudad de la bahía exterior. Y aquel día no quería recibir visitas. La gente, de todos modos, iba a verla —no por curiosidad, desde luego, sino para animarla—, pero ella rogaba a todos que dejaran la visita para otra ocasión y, amablemente, los hacía regresar, uno a uno, por donde habían llegado, hasta sus lejanos hogares. Y esto lo hacía con todos, fueran quienes fuesen.

¿Un día y una noche al año dedicados a un muerto? ¿Se puede considerar que esto es una exageración?

¡Es que no se trataba de eso! La señora no dedicaba aquel día ni aquella noche a su hijo muerto, sino a todos los que habían sido asesinados en la isla.

No es que todos los años hubiera un asesinato, ¡afortunadamente no! Pasaban años sin que hubiera ninguno. Era una isla pacífica, y sin embargo, a veces sucedía...

Como aquel año en que hubo cuatro. ¿Cuatro? ¿O fueron tres? Tres por lo menos, porque en uno de los casos no estuvo claro si aquel hombre había sido asesinado o no, pero desde luego es seguro que se ahogó en la bahía.

Apenas sucedía en la isla nada que la señora del Pequeño Jardín no supiese; y cuando se cometía un asesinato, iba inmediatamente a enterarse y quería saber cómo había ocurrido, dónde, quién era la víctima, quién lo había hecho, por qué y con qué armas..., aunque en verdad no lo hacía por una curiosidad morbosa ni se creía en el deber de aclarar algo, ya que eso era misión de la policía. Compadecía a la víctima y a sus parientes; le habría gustado saber por qué se había llegado a aquello y ayudar en lo posible. Pero en general, nada podía hacerse ya.

Sin embargo, siempre le quedaba el consuelo de poder conmemorar a los asesinados un día al año. No preparaba flores, velas ni cosas de esas para honrar su memoria. Tampoco quemaba incienso —nunca le había gustado el incienso—, sino que se limitaba a conmemorarlos; lisa y llanamente, a conmemorarlos.

Aquello empezó después de la muerte de su hijo, de la que por cierto no volvió a hablar nunca. Su hijo había sido asesinado; por lo menos, eso creía ella.

Hubo gente que interpretó equivocadamente aquella actitud; por ejemplo, los jóvenes oficiales de la guarnición de la ciudad de la bahía exterior decían que alguien debía hacerle comprender a aquella señora que su hijo —un oficial como ellos— había caído en combate. Desde luego, no fue una batalla abierta sino una emboscada; pero cuando se lucha, las emboscadas son normales. De manera que el joven había caído dentro del curso inexorable de la vida militar y nadie debía hablar de asesinato en su caso.

Pero la señora del Pequeño Jardín nunca dijo a los oficiales que su hijo hubiera

sido asesinado; y cuando la vieron, los jóvenes no se atrevieron a hablarle de lo que ocurre fatalmente en la guerra.

Algunas personas de edad avanzada que quizás hubiesen oído hablar de «ciertas cosas» murmuraban que quizás aquella señora tuviese un poder secreto, y que por eso querría estar completamente sola, pero nadie tenía la absoluta certeza de que hiciera «ciertas cosas». Nunca hizo llamar a una de esas hechiceras para expulsar los fantasmas de su jardín, como solía hacer su abuela.

¡La abuela! Sí, aquella sí que tenía un poder secreto, y su historia era muy diferente. En cambio, la señora del Pequeño Jardín no poseía esas facultades. Porque si las hubiera tenido, habría visto a los tres espíritus de las muchachas en su jardín. Cualquier niño hijo de pescadores las había visto.

Todas estas cosas y muchas más —y además el cielo— formaban la isla.

SEGUNDA PARTE

En la bahía interior

El Pequeño Jardín

I

La niña nació en el Pequeño Jardín, y su madre quiso que se llamara Felicia. El padre accedió, pues siempre accedía a todo. En cambio, la abuela se opuso. «¡Felicia! ¡Feliz! ¡Te atreves a llamar Feliz a tu niña! ¿Qué sabes tú si va a serlo o no?».

Pero la madre insistió.

La abuela nunca quiso llamarla así; siempre le decía *nieta*, y a partir de entonces, los padres se llamaron *hijo* y *nuera* para la abuela. *Nieta* e *hijo* eran palabras afectuosas, pero la última, no.

La niña pasó los siete —casi ocho— primeros años de su vida en aquella isla de las Molucas; la familia tenía otra casa en la ciudad de la bahía exterior y allí fue donde vivió la chica con sus padres. La madre se había negado a permanecer en el Pequeño Jardín; la madre hacía siempre lo que se le antojaba y nunca hizo nada que no quisiera. Podía permitírsele: el dinero era de ella. Era propietaria de una plantación de azúcar en Java, algo muy diferente de una insignificancia de jardín de especias en una isla de las Molucas.

El padre de Felicia iba con frecuencia al Jardín.

Iba casi todas las semanas. A veces lo acompañaban Felicia y su niñera.

Era imposible concebir algo más maravilloso que una estancia en el Pequeño Jardín de la bahía interior.

Primero, el viaje hasta allí en una de esas embarcaciones que llaman praos; luego, un paseo por el sendero tras el fuerte —el Castillo— y allí, bajo un toldo del muelle, esperaba el prao de la abuela para conducirlos al Jardín.

Cuando llegaban al Jardín, sonaba una campana.

Si había marea alta, al prao podía atracar en un embarcadero de piedra de la bahía interior, y con marea baja, los remeros los llevaban hasta la playa uno a uno, en una silla de manos. A veces, uno de los remeros levantaba en vilo a Felicia, la sacaba del prao, se la ponía a hombros y la llevaba así hasta la playa. Los remeros son muy fuertes.

Más tarde, los pescadores del pueblo de la otra orilla del río llevaban a Felicia y a su niñera al mar, a veces en un prao con «alas». Si no se levantaba viento, los pescadores silbaban y preguntaban por qué no venía el señor Viento y soltaba su larga cabellera. Cantaban, reían, charlaban y se burlaban de Suzanna, la niñera, porque tenía las piernas y los brazos muy gordos.

Cuando estaban en el Jardín se acercaban hasta la playa y allí buscaban conchas bonitas, o bien se adentraban en el bosque y se bañaban en la cisterna.

Felicia ayudaba a recoger la fruta del huerto de los limoneros. Entre los árboles pequeños había otros mayores, que daban pomelos de pulpa roja. «Es tu árbol, nieta

—le decía la abuela—, porque a ti te gusta mucho esa fruta. Tienes razón; lo rojo es mucho más dulce que lo blanco», y Felicia cogía nueces de kanari en el bosque o escuchaba los árboles cantarines.

Pero en el bosque vivía también el enanito de la palmera.

Cuando una de las altas palmeras aren iba a dar fruto, colgaban en el árbol a un muñeco encargado de vigilar a los ladrones. Era de madera basta y tenía poco más de medio metro de altura. Lo vestían con andrajos, le ponían bigotes y una cabellera rizada hecha con pelo negro de palmera, una boca roja y feroz y unos relucientes ojos blanquinegros, y le cruzaban el cuerpecillo con una larga aguja de rota negra (la palma que los malayos llaman ratán) casi tan larga como él mismo y del grosor de un dedo, con la punta afilada hacia adelante.

Colgado allí arriba, el pequeñajo no podía hacer mucho daño, pero a veces bajaba corriendo por la escala, rápido como un mono y perseguía a algún ladrón con su aguja. Entonces lo mejor era esconderse.

La niñera Suzanna no perdía de vista al enanito, pero Felicia no se fiaba mucho de Suzanna.

Otras veces daban un paseo con el vaquero —con él estaban a salvo— para cruzar el bosque hasta llegar a los montes, y alguna que otra vez veían un venado salvaje. A Felicia le parecía que no debía tener miedo de los venados: en cambio, las vacas le producían un gran pánico aunque las viera muy de lejos. Sola con Suzanna, solía ir al verde y tranquilo valle solo alterado por el piar de los pollos y la ronca charla de los patos. A Felicia no le gustaban mucho los pollos —eran tontos, porque salían corriendo en cuanto alguien agitaba los brazos y decía: «Ssst...»—, pero a los patos los detestaba. Los patos eran falsos y malvados. No mientras nadaban, buceaban y charlaban entre ellos con su monótono *cuac cuac*, sino cuando se bamboleaban por la playa convirtiéndose en unas criaturas extrañas y crueles que se tragaban todo lo que no podía huir a tiempo, sobre todo los llamados cangrejos de pato, que son tan bonitos.

Suzanna había cogido uno para contemplarlo; un diminuto caparazón, ocho patitas de un rojo brillante, dos garras en miniatura una a cada lado... Estos pobres cangrejos se daban en seguida por vencidos, se hacían una pelota metiendo dentro de su caparazón sus tiernas patitas rojas y dejaban que los patos se los tragasen vivos.

—Son unos cangrejitos muy buenos —dijo Suzanna—. Nunca hacen daño. Los pobrecillos se quedan tranquilamente dentro de la barriga de los patos, y cuando sacan una patita y les hacen cosquillas, a los patos les gusta tanto que ponen un huevo. En cambio, cuando los patos se tragan esos otros cangrejos oscuros, les destrozan el estómago.

—¿Y se mueren de eso los patos? —preguntó Felicia, que lo estaba deseando.

¡Claro que se morían!

Y Felicia pensaba que los patos debían comerse los hermosos cangrejos de color marrón rojizo, porque cada vez parecía haber más patos, y tenían un aspecto muy

vivo y saludable.

Pero todo esto era un juego de niños en comparación con lo otro. Lo otro era lo malo, lo verdaderamente malo. En el valle, cerca del río, había una gran concha blanca donde los pollitos bebían agua, y en aquella concha vivía aún la Bestia: el Leviatán, como lo llamaba Suzanna.

La niñera Suzanna padecía una enfermedad que le hinchaba los brazos y las piernas, dándoles aspecto de salchichas a las que estuviesen atados los pies y las manos; sin embargo, sus muñecas y tobillos, aun deformes, seguían conservando una extraña agilidad. Los movimientos de Suzanna eran vivos y rápidos. El médico no creía que esta enfermedad fuese contagiosa.

Felicia no sabía qué pensar de ella; y no solo por sus brazos y piernas hinchados, sino porque a veces se conducía de un modo muy raro. Siempre se estaba llevando a Felicia a algún sitio donde no había nadie, lo mismo en la casa de la ciudad de la bahía exterior, que en el Pequeño Jardín. Y cuando se quedaban a solas, recitaba sus salmos sin que la interrumpiesen.

Era muy piadosa; se sabía muy bien los salmos y los recitaba en malayo con una voz cantarina, y a la vez se los enseñaba a Felicia, la cual se encontraba en esa edad en que los niños lo aprenden todo de memoria con gran facilidad aunque no entiendan el significado.

Suzanna tenía un salmo favorito: el 104. Felicia recitaba sin la menor equivocación grandes trozos del salmo 104 en malayo. Y no hay que olvidar que es un salmo difícil, con muchos nombres de animales que la niña no conocía: los asnos salvajes, las cigüeñas de los pinares (también era una cigüeña el pájaro *laj-laj*), las altas montañas de las cabras, las rocas de los conejos, y los jóvenes leones que rugían—uno de los leones se llamaba Singa—, y luego el mar con sus bestias que se retuercen, sus monstruos grandes y pequeños, y los barcos, y el Leviatán... ¡Este sí que era horrible!

Ese Leviatán es el mismo que vivía allí, en la gran concha, bajo los árboles, en el valle verde del viejo Jardín.

Era una concha gigantesca, de más de un metro de anchura, cubierta con una excrescencia caliza por la parte de fuera, con profundos surcos y de borde dentado. Por dentro era de un blanco marfileño. Y solo estaba allí la mitad de la concha; nadie sabía adónde había ido a parar la otra mitad.

En tiempos hubo dos conchas iguales que ajustaban exactamente una con otra y se cerraban a la perfección; pero la bestia que habitaba su interior era tan fuerte que podía abrir y cerrar a su gusto las dos partes, a pesar de que eran tan pesadas como el plomo.

Suzanna le explicó cómo había sido aquello: apretaba cuidadosamente las manos una contra otra, como si fueran conchas, y juntaba los dedos con fuerza, los de una mano contra los de la otra; luego, con un movimiento brusco, abría, cerraba y volvía a abrir las dos conchas. Tenía tanta fuerza en las manos que los dedos producían un

ruido sordo al cerrarse.

—¡Así! —exclamaba—. ¡Así!

Después empezaba a describir a la Bestia que habitaba la concha. Era un horrible monstruo, grueso e informe como un gran saco lleno, con la piel arrugada, como de cuero viejo, manchada y con rayas como la de una serpiente, aunque distinta: blanca con motas marrones y negras, y también azul oscuro. Además, ¡el monstruo era ciego!

—Sin ojos —murmuraba Suzanna, y se apretaba sus propios ojos.

Felicia no sabía por qué, pero aquello era lo que le parecía más espantoso de la historia del Leviatán.

Boca sí tenía, y podía comer o, por lo menos, chupar.

En aquella época, las dos conchas no estaban en tierra, a la vista, sino bajo el agua, en el fondo de la bahía, aunque donde no había demasiada profundidad, ocultas entre el coral y cubiertas con algas marinas.

Primero, el monstruo abría las dos conchas con gran cuidado —solo una pequeña hendidura— y luego un poquito más, y después otro poquito, y se quedaba inmóvil esperando —según decía Suzanna— hasta que llegaba alguien, un pescador de coral o un pescador corriente; y entonces Felicia, quisiera o no, tenía que poner una mano o un pie en la concha.

—¡Así! —le decía Suzanna, y como un rayo, el borde de su mano caía sobre el brazo o la pierna de Felicia que, obediente, se apoyaba en el borde dentado de la concha—. ¡Así! ¡Apártate y mira toda esa sangre!

La niña se quedaba petrificada; las dos conchas se habían cerrado; su mano estaba ya dentro, cortada y el monstruo empezaba a comérsela. Aquello dolía terriblemente y Felicia no sabía dónde meterse con aquel muñón sangrante.

—La está chupando. ¡Cómo le gusta! —decía Suzanna, pero cuando Felicia empezaba a lloriquear porque la tensión era excesiva para ella, la niñera trataba de consolarla—: No llores, no siempre come manos o pies; no, no, también come peces. Los apresa cerrando la concha, y tiene un amigo, una quisquilla muy pequeñita, como uno de esos deditos tuyos, que vive con él en la concha. La quisquilla comparte con él la comida, pero ha de ayudarlo en la caza: le dice cuándo tiene que abrir la concha más o menos y cuándo debe cerrarla. ¡No olvides que la Bestia no puede ver, no tiene ojos!

Suzanna se interrumpía para que Felicia le preguntase si el monstruo tenía oídos, ¿podía hablar con la quisquilla? Pero a partir de la primera vez que Felicia se negó a preguntarlo, tuvo que decirlo Suzanna por su cuenta: no, el monstruo no podía oír, no tenía oídos, «ya sabes, ni ojos ni oídos», pero la quisquilla tenía una garra pequeñita con la que pellizcaba la piel correosa de la Bestia para advertirle lo que tenía que hacer, si abrir o cerrar las conchas.

Suzanna hacía una aguda garra con los dedos pulgar e índice, juntando bien las uñas, y le daba a Felicia un pellizco en el brazo.

—Así —decía Suzanna.

Felicia chillaba; aquel pellizco le dolía muchísimo más que cuando le cortaban la mano o el pie. Le habría gustado darle una palmada en la mano, y llegó a hacerlo varias veces, pero nunca le salía bien, porque Suzanna tenía las manos muy duras y no se inmutaba. Así que la niña tragaba saliva y hacía un esfuerzo por no llorar. Porque cuando había llorado se lo notaba luego su abuela, y quería saber el motivo. Le decía: «Tienes que ser una niña con amor propio, nieta, una niña valiente que no llore por tonterías. Ten orgullo, nieta».

A Felicia no le gustaba que le dijera aquello, pues no lloraba por tonterías; pero evidentemente no le podía contar a su abuela lo del Leviatán.

La abuela era pequeñita, con la piel muy arrugada. Era morena, de cabello y ojos negros. Andaba muy tiesa con sus ropajes siempre impecables; por lo general, un sarong de brillante seda de Timor o de una de las otras islas, una chaqueta de fina batista blanca con anchos encajes, y una sola joya, un alfiler de oro en el moño. También llevaba en torno a cada muñeca, una pulsera de coral negro con una ramita curvada (un remedio contra el reumatismo); y en una mano, los anillos de boda, el suyo y el de su marido, que había muerto muy joven. Sus zapatillas eran de terciopelo bordado con hilo de oro. Ella misma bordaba el terciopelo, y el zapatero chino de la ciudad de la bahía exterior tenía que hacerle con él las zapatillas.

También sabía la abuela confeccionar bonitas chaquetas y hacer bolas de ámbar, perfumes, y medicinas. Empezaba pesando las hierbas y raíces en una pequeña balanza o cortándolas a pedacitos —del tamaño de un dedo o de una uña—; luego las limpiaba y las molía hasta reducirlas a polvo en un mortero de madera o porcelana (nunca, nunca, de metal), a veces las hervía y las pasaba por un paño, y otras veces hacía con ellas algo parecido a una infusión. ¡Pero siempre con agua de lluvia, no hay que olvidarlo! Agua de lluvia.

A Felicia le producían un sagrado terror las medicinas de la abuela. Afortunadamente, casi ninguna de ellas era para niños, y además, Felicia no enfermaba nunca. Pero había un cocimiento de una raíz de color naranja brillante —para depurar la sangre cuando cambiaba el monzón—, y nadie, viejo ni joven, podía librarse de tomarlo. Era amargo como la bilis. Y por supuesto, una vez al mes el aceite de ricino, si es que ya no lo había tomado Felicia en su casa. Pero este se tragaba bastante bien con extracto de café o con anís.

La abuela, además, guisaba estupendamente y hacía unas conservas muy buenas, y pasteles. Lo preparaba todo ella, sin salir de casa, con dos viejas criadas que tenía desde hacía mucho tiempo.

Todo lo de la casa era «desde hacía mucho tiempo», incluidas, por supuesto, las cosas que guardaba en el «cajón especial» de su cómoda.

Era una cómoda muy antigua llena de resquebrajaduras, con unas patas zambas.

Las de delante estaban labradas en forma de garra. Para abrir el cajón había que abrir primero las dos puertas.

En los estantes de arriba había montoncitos de ropa, sarongs, chaquetas, prendas interiores, y unas pilas pulcras de cajas y cestitas con hierbas, raíces y perfumes. La mezcla de todo ello producía un aroma muy intenso, pero dominaba el olor del incienso. De vez en cuando, la abuela iba a la cocina a buscar una olla de hierro con ascuas, la metía en el cajón abierto y arrojaba unos granos de incienso sobre la lumbre. Era auténtico incienso árabe, amarillo y transparente. «Mira: lágrimas congeladas del profeta Mahoma», decía la abuela. Y Felicia miraba, pero no sabía con exactitud quien era Mahoma.

Flotaba en la habitación una fina nubecilla de humo, y el olor dulzón y mareante nunca desaparecía por completo aunque se abriesen todas las puertas y entrase durante el día entero la fresca brisa de la bahía interior.

La cómoda estaba saturada de esos aromas y, sobre todo, el cajón especial.

El fondo del cajón estaba cubierto, muy ordenadamente, con papel de arroz, y la pared trasera estaba forrada con una pieza de vieja seda de Palembang, una preciosa seda multicolor como la que se usa en la corte del Sultán, y que sirve para curar el dolor de garganta. Basta con atarse una pequeña tira en torno al cuello.

A un lado del cajón había un precioso abanico de carey auténtico con incrustaciones de oro. «Es de cuando éramos jóvenes —decía la abuelita—. Cada una de nosotras llevaba un abanico de estos cuando íbamos al baile a la ciudad o a uno de los jardines».

Fueron cinco hermanas, sin hermano ninguno. ¡Solo chicas! «Nos peleábamos de vez en cuando, pero en seguida hacíamos las paces. Lo pasábamos muy bien en el Pequeño Jardín, nieta. Organizábamos bailes detrás de la casa, en la plataforma de las especias, y poníamos farolillos chinos en los árboles. Ninguna de nosotras tardaba mucho en encontrar un admirador, y es que las cinco éramos bonitas y agradables, si está bien que yo misma lo diga, y por eso nos casamos con tanta facilidad».

La abuela se mudó a Java con su marido, que trabajaba allí en la Aduana. Enviudó muy pronto y regresó con su hijito Willem (que llevaba el nombre de su abuelo paterno). Y cuando regresó no volvió a marcharse. «Sí, nieta, así pasan las cosas a veces». Aquel hijo, Willem, fue el padre de Felicia.

Las otras hermanas no regresaron nunca. No, ninguna de ellas volvió. Tres habían muerto ya, y otra vivía muy lejos, en América del Norte.

Al otro lado del cajón había una cestita de Macasar, tejida con raíces de orquídea; en ella guardaba la abuelita sus «joyas». No tenía muchas: los alfileres de oro que llevaba, unos cuantos broches, un colgante con su cadena, una hermosa concha con borde de plata, una amatista, un pequeño ojo de gato para los sueños, y una manzana de oro repujado, hueca, con una bola de ámbar gris en el interior. Esta bola la había hecho la abuela. Desenroscaba las dos mitades de la fruta de oro y sacaba la bola para calentarla con las manos. «Huélela. ¡Qué olor tan rico!». A Felicia no le parecía tan

bueno el olor, pero no se atrevía a decirlo. La abuela volvía a poner la bola en la fruta, cerraba la cestita y la dejaba en su sitio. Era bonita, pero el verdadero tesoro era otra cosa.

El tesoro se encontraba en el centro del cajón y se componía de tres cosas: una bandeja y dos cajitas de astillas de madera blanca.

La bandejita era de porcelana basta, y despedía una luz siempre verde; era una verdadera bandeja del veneno, de Ceram.

«Advierte contra el veneno», explicaba la abuela. El veneno asustaba a la bandeja y la hacía cambiar de color; si era un veneno malo, la resquebrajaba, y cuando se trataba de un veneno muy malo, un veneno de los peores, la partía en dos pedazos.

Una vez preguntó Felicia qué era el veneno.

«Es lo mismo que la ponzoña», fue la incomprensible aclaración, con mucho énfasis en la pe inicial, y Felicia se quedó con la impresión de que era una cosa aterradora, algo de lo que no se podía hablar, en lo que ni siquiera se debía pensar.

Sobre la bandeja estaban las dos cajitas.

En una de ellas, cuidadosamente envuelta en un paño, se guardaba una piedra de serpiente. Era muy difícil distinguir las piedras de serpiente, ya que las había de varias clases. Las había pequeñas y blancas, las que chupaban las serpientes para aplacar la sed; luego estaba la piedra del carbúnculo, la que cierta clase de serpientes llevaba en la frente, y que despedía en la oscuridad un brillo rojo, pero era muy rara de encontrar. No se podía matar a la serpiente para quitársela porque entonces el resplandor de la piedra desaparecía inmediatamente y para siempre. Alguna que otra vez la serpiente se dignaba dejar la piedrecita en alguna parte a modo de regalo, y se la quitaba cuando bebía o se bañaba porque esa piedra no debía mojarse. Esa era la gran oportunidad de apoderarse de ella. Lo malo es que no podía servirle a ninguna otra persona: el carbúnculo no se podía vender ni comprar, pues entonces desaparecía su resplandor. Solo existían las posibilidades de encontrárselo y recibirlo como regalo.

La abuela de Felicia no había encontrado hasta entonces ni un solo carbúnculo, ni se lo había regalado nadie. «Es una lástima, nieta», le decía.

La piedra de serpiente que tenía la abuela era de una clase muy distinta. Curaba la mordedura de serpiente y de otros animales venenosos: peces, escorpiones y arañas.

La piedra absorbía el... veneno... de la herida. Más adelante había de enseñarle a Felicia cómo se usaba.

La segunda caja contenía, en orden perfecto, unos pedacitos de terciopelo azul, y en ellos reposaba otra piedra preciosa. A simple vista parecía un vulgar guijarro blanco con un brillo perlino, y a su lado había otra piedrecita que parecía un trozo desgajado de la otra. ¡Pero eso no se debía ni pensar y, desde luego, no se podía decir!

Aquella segunda y diminuta piedrecita era la hija de la otra piedra. Esa era la tremenda verdad. Al principio no estaba allí: la piedra mayor estaba completamente

sola en la caja, y una mañana apareció su hijita junto a ella, nacida de noche, como decía la abuela mientras volvía a cerrar la caja.

Además, siempre había varias conchas en el cajón; nada extraordinario, solo conchas de las que se encontraban en las rocas, cerca de la bahía. Las diminutas criaturas que habían hecho en ellas su casita seguían vivas. Nadie les daba de comer y, sin embargo, vivían muchos meses. De vez en cuando se movían, produciendo sus bordes algún leve chasquido contra el papel.

Estaban allí para custodiar el tesoro. La abuela cuidaba de llevar de la playa unos cuantos bichitos nuevos periódicamente. Mientras el tesoro estuviese custodiado por los diminutos centinelas y estos estuvieran vivos, ningún ladrón se atrevería a tocarlo. Y mientras el tesoro permaneciese en el cajón, la casa del Pequeño Jardín estaría protegida contra la desgracia, contra la enfermedad y la pobreza, y también contra el veneno y otras cosas innombrables. Y todos los que vivían en la casa serían (la abuela no estaba dispuesta a decir felices) no demasiado desgraciados, si Dios quería...

Si la abuela lograba algún día encontrar el carbúnculo, o se lo regalaban, y si pudiera conseguir (apenas se atrevía a pronunciar estas dos palabras) la pulsera verde... entonces tendría los cinco tesoros.

¡Cinco! Cinco es un número extraordinariamente bueno. Pero lo más probable es que nunca llegase a disfrutar de una suerte tan estupenda.

Ahora tenía ya tres, lo cual no era tampoco ninguna tontería, porque el tres es un número bastante bueno. Una persona debe contentarse con lo que tiene y arreglarse con ello lo mejor posible.

La abuela le decía, después de enseñarle todo esto:

—Aprenderás a ser una niña noblemente orgullosa, una niña que no llore ni se asuste. —Y añadía—: ¡Si todos pudiéramos conservar nuestro orgullo!

Más tarde comprendió Felicia que la abuela empleaba la palabra *orgullosa* en el sentido de valiente. Por lo menos eso le parecía a ella.

Y Felicia recordaba cómo salieron de la isla y cómo se habló de las tres niñas en aquella ocasión. No había oído hablar de ellas hasta entonces, aunque había pasado muchas veces por delante de las tres tumbas, en el lindero del bosque. Suzanna no le había contado nada de ellas, pero es que la niñera no era en realidad del Pequeño Jardín.

Todo empezó con la riña sobre la vieja casa del plantador de especias, una casa cuyos cimientos de ladrillo y algunos pedazos de muro eran lo único que quedaba en pie entre los árboles, a la derecha del pabellón. La madre de Felicia había fraguado un plan, porque aquella señora siempre estaba haciendo planes: quería reconstruir la casa.

En tiempos, fue una casa de piedra con dos pisos, no en toda la casa sino solo en la parte delantera —el salón—, y tenía una fila de altas ventanas con una galería con

balaustrada, que daba a la bahía. La madre de Felicia no pensaba reconstruir ese segundo piso, claro que no. Todos sabían ya a qué atenerse con los terremotos. El salón estaría en el piso bajo, también con grandes ventanales, y también, como aquel segundo piso, tendría una balaustrada de hierro forjado y adornos dorados; delante, un amplio macizo de flores, y por entre los árboles se disfrutaría de una hermosa vista de la bahía interior.

La vista estaba ya allí.

¡Lo principal era el salón! El resto de la casa no sería demasiado importante. La madre de Felicia no se proponía vivir allí, desde luego que no; pero andaba buscando muebles antiguos y arañas de cristal. Había encontrado una gran lámpara que databa de la década de 1810, dos campanas de cristal, con cadenas y badajos también de cristal, y dos candelabros de pared, igualmente de cristal. Lo que no iría bien sería un suelo de mármol blanco como el que tenía antes la casa. No, mejor unos mosaicos rojo oscuro, pensaba la madre de Felicia —y la madera marrón rojiza, lacada como suele estarlo en las casas chinas—, y aquí y allá unos toquecitos dorados. Las paredes, encaladas; los muebles, antiguos aunque no mucho, solo unos cuantos pero buenos. Quizá la abuela quisiera restaurar su tocador, y también podrían tapizar las sillas viejas del comedor.

En cuanto el salón estuviera listo, daría una fiesta con velas y música, y quería que todos los invitados llegasen en praos ceremoniales brillantemente iluminados, acompañados del sonido de los gongs y del redoble de tambores. Su ritmo resonaría maravillosamente en la bahía interior.

La madre de Felicia había llegado incluso a ir especialmente al Pequeño Jardín para pedirle permiso a la abuela.

Y la abuela dijo que no. Lo dijo sin más explicaciones. Solo: «¡No, no!».

—Pero por amor de Dios, ¿por qué no?

—Ya sabes, nuera, que es una casa de mala suerte.

Al principio, la abuela se negó a dar más detalles pero cuando la otra insistió, le dijo:

—¿Por qué finges no saber esas cosas? Estás perfectamente enterada de que las tres niñas de nuestra familia murieron en esa casa, las tres el mismo día, y no puedes haber olvidado que la casa se derrumbó por el terremoto, ni que la bisabuela de tu marido estaba en el salón con otra niña y quedaron enterradas bajo los escombros, ni que después, la casa se incendió y acabó de derrumbarse. ¿Quieres hacerme creer que no lo sabías?

—¡Qué ocurrencia! —exclamó la madre de Felicia—. ¡Todo eso ocurrió hace tantísimo tiempo...!

—El tiempo que haya pasado nada importa; la desgracia sigue siendo desgracia, nuera.

—Bueno... —la otra se encogió de hombros—. Yo no creo en esas cosas. Y tiene usted que darme su permiso para que empiecen a construir en seguida. Ya verá lo

bien que va a quedar. —Y añadió—: Por supuesto, lo voy a pagar yo todo; a usted no le costará ni un céntimo.

La abuela se puso más rígida que de costumbre. Esperó un momento antes de responder, y luego, mirando hacia el sitio donde se había alzado la casa, dijo:

—Sin necesidad de casa ninguna, tenemos ahí un paisaje precioso. Eres una insensata, nuera. Tienes mucho que aprender. Me hablas de dinero... Sé muy bien que hace falta dinero cuando se quiere comprar algo, pero la felicidad no se puede comprar con él, ni se puede evitar la desgracia con dinero. Tanto peor para ti, nuera. —Estaba muy enfadada. Prosiguió—: Y no te han enseñado buenos modales. En nuestra familia (no en Java, donde llevan una vida tan elegante en la plantación de azúcar; no, no, me refiero a aquí mismo), todas las hermanas del Pequeño Jardín de la bahía interior aprendimos a no hablar de dinero.

Mal asunto, porque los plantadores de especias del Pequeño Jardín, en aquella isla de las Molucas, eran de una familia mucho más antigua que la de los plantadores de azúcar de Java. Por eso la madre de Felicia se enfadó también; se enfadó tanto que juró no volver a poner los pies en el Pequeño Jardín, y tampoco estaba dispuesta a seguir viviendo en aquel miserable pueblucho que llamaban la ciudad de la bahía exterior... No, no, ni un día más (siempre lo decía así), ni ella ni su marido ni su hija Felicia...

De modo que los tres partieron al poco tiempo para Europa. Y Felicia no olvidó despedirse. A última hora, su madre se decidió a ir con ella al Jardín para despedirse de la abuela. Pensó que era mejor separarse en paz. Y antes de que embarcaran en el prao para regresar a la otra casa, la abuela llevó a la niña a su habitación, sola, sin los padres. La estuvo mirando un buen rato en silencio y con gran atención, y luego, cogiéndole la mano, le dijo:

—Adiós, nieta. Cuando regreses estaré esperándote. Debes repetirlo en voz alta para que no lo olvides. Dilo: mi abuelita me espera en el Pequeño Jardín de la bahía interior.

Felicia lo repitió, aunque le dio repelús decir una cosa tan importante en voz alta. Luego, la abuela abrió el armario —no el cajón especial— y de detrás de una pequeña pila de sarongs sacó un tarro redondo de boticario que tenía dentro una pulsera que Felicia no había visto nunca. «Es para tu viaje de regreso», dijo la abuela.

A Felicia le pareció maravillosa la pulsera: una serpiente de oro toda cubierta de rubíes: no solamente los ojos, sino también todo el cuerpo estaba engarzado con rubíes. Estaba retorcida en espiral.

—¡Qué preciosidad! —exclamó la niña—. ¡Si es la serpiente del carbúnculo! Así que acabaste por conseguirla, abuelita —añadió Felicia con un leve tono de reproche. ¿Por qué no se la habría enseñado antes?

—No seas tonta, nieta —dijo la abuela—. No es la serpiente del carbúnculo. Esta

es de mentira, de oro, y la otra está viva. Es muy distinto. —Y llevando a la niña de la mano mientras con la otra sujetaba la caja donde había puesto la pulsera, salió de la casa.

Una vez más, una última vez, se sentaron juntas abuela y nieta bajo los plátanos de la bahía interior, bebieron un refresco de vainilla con limón (del Jardín) y comieron pastel de kanari hecho por la abuelita.

—Querido hijo, nuera —dijo la abuela después, cuando llegaron los padres de Felicia—, esta pulsera es un regalo que hago a mi linda nietecita para su viaje de regreso. —Los padres de Felicia se miraron extrañados. ¿A qué se referiría con lo del viaje de regreso?

—No le permitáis ponerse la pulsera ni jugar con ella mientras sea pequeña, para que no la pierda. Y más adelante no podrá venderla. Y tened mucho cuidado de que no se la roben, porque la necesitará para su viaje de regreso.

La madre de Felicia se encogió de hombros, y después, siempre que hablaba de la pulsera, se refería a ella como *ese monstruo o ese horror*. El padre de Felicia había dicho: «Gracias, madre, le has hecho un regalo precioso a la niña».

Era raro que el padre de Felicia dijese esas cosas, y Felicia estuvo a punto de llorar, pero se contuvo porque sabía que a la abuela no le gustaría. Tenía que ser orgullosa...

Un rato después se marcharon en el prao, y la anciana se quedó muy erguida bajo los árboles. Solo movía un pañuelito de batista. Detrás de ella, los viejos criados vestidos de negro agitaban sus grandes pañuelos almidonados mientras la campana de los esclavos tañía sin cesar. Felicia y su padre se despedían desde el prao agitando mucho los brazos.

La niña no se atrevía a mirar a su padre, porque le parecía que estaba llorando, ni a su madre, porque estaba muy quieta, sin despedirse ni nada. ¿O sería que también lloraba? ¡No, no; imposible!

—¿Puedo coger mi cajita? —preguntó.

—Sí —dijo el padre, que siempre decía que sí, y se la dio. Luego se secó los ojos y se sonó la nariz.

Sentada muy quieta con la cajita en las manos, Felicia estaba decidida a no abrirla para mirar otra vez la serpiente del carbúnculo. Ahora, no.

—Ten cuidado, no se te vaya a caer ese monstruo al agua —le dijo su madre.

Felicia la miró sin replicar y vio con asombro que tenía los ojos enrojecidos. Por fin, se decidió a preguntar:

—¿Quiénes eran esas tres niñas?

—¿Qué niñas? —dijo la madre.

—Las niñas de las que habló la abuelita el otro día, cuando se enfadó contigo; las niñas que se murieron.

El padre fue a decir algo, pero la madre lo hizo callar inmediatamente:

—No quiero que hables de esas tonterías con la pequeña —le dijo; y a Felicia—:

¡Nada, nada! Esas chicas murieron hace muchísimo tiempo —y las apartó como insectos molestos con un movimiento de la mano.

No tardaron en doblar el cabo y entrar en la bahía exterior. Llegaron a la ciudad. Después, desde aquel puerto partieron para Europa.

II

Aquella mañana, el barco de Java entró en la bahía exterior antes de su hora y se acercó lentamente al puerto. Una fina neblina cubría la bahía, la ciudad y las montañas como si la isla estuviese aún durmiendo, sin interesarse por la nueva mañana, por el barco que llegaba ni por nada.

A bordo había una joven: pequeña y fuerte, con un rostro redondo de muchacho, el cabello castaño crespo y unos ojos oscuros y atentos bajo las cejas fruncidas. Llevaba un vestido que no le sentaba bien: era elegante, pero estaba descolorido y muy usado. También llevaba un sombrero que en tiempos había sido elegante, medias finas y zapatos de tacón alto, desgastados. Era Felicia, que regresaba al Pequeño Jardín de la bahía interior, donde su abuela la estaría esperando como le había prometido.

Había mucha gente en el muelle. Felicia no vio a su abuela entre ella. Quizá hubiera muerto, pues el viaje había durado varios meses. Y entonces, ¿qué haría ella?

Pero en cuanto tendieron la pasarela, se le acercaron un viejo y una vieja —¿serían criados?— correctamente vestidos de negro. La mujer llevaba unas babuchas negras con las puntas vueltas hacia arriba, y en la mano, un pañuelo de reluciente blancura, almidonado y doblado. Los acompañaban dos niños ya mayores —¿hijos, nietos?—, y los cuatro eran muy morenos, con el pelo rizado, e iban descalzos, excepto la mujer con sus babuchas.

Su marido y ella cogieron cada uno a Felicia de una mano y le dijeron sus nombres y los de los niños, unos nombres bíblicos y unos apellidos con muchas áes y úes, y se señalaban unos a otros mientras hablaban y reían. Todo lo decían con mucha rapidez y al mismo tiempo. La vieja sollozó un poco y sorbió ruidosamente sin usar el blanco pañuelo doblado.

Felicia no los reconoció; no recordaba sus nombres ni comprendía ya el idioma malayo. Se limitaba a reír y a hacer gestos. También podría haber llorado, ¿por qué no?

Fueron con ella a su camarote y allí se inclinaron sobre el moisés, mirándose entre ellos. Juntaban las manos con admiración, movían la cabeza y exclamaban: «Oh, Señor, oh, Señor», como si nunca hubieran visto un bebé.

Felicia ya había bañado al pequeñín, le había dado el pecho y lo había vestido con mucho esmero: una chaquetita de auténtico encaje de Bruselas (el último regalo de la madre de Felicia) sobre la camisita y el pañal. Había estado durmiendo pacíficamente

en su moisés, pero ya se había despertado. Era un niño muy hermoso, con algo de pelito negro y unos grandes ojos castaños claros que abría mucho, como si lo asombrase cuanto veía.

El viejo salió inmediatamente para buscar unos mozos que se encargasen del equipaje. Les metía prisa: «Vamos, vamos, no os durmáis, tenemos que marcharnos en seguida». Allí, en el pequeño camarote, no cabían. Felicia tenía al niño en brazos, y el viejo y la vieja llevaron entre los dos el moisés. Los chicos cargaron con los bultos pequeños y una muñeca de trapo con motivo de la cual se pelearon. Los mozos de equipajes llevaban los baúles. Felicia se había despedido de sus compañeros de travesía la noche anterior y estaba dispuesta para abandonar inmediatamente el barco.

A la entrada del muelle esperaba un coche con persianas verdes. Parecía un palanquín, pero lo conducía un cochero y tiraban de él dos caballos: era el único coche de la isla. La gente los miraba, y los dos chicos iban radiantes por despertar tanta atención.

Fueron al paso por el barrio chino, con sus tiendecitas, y después cruzaron un mercado. El viejo sacaba a cada momento la cabeza por la ventanilla para asegurarse de que los portadores los seguían con los baúles y, cada vez que hacía este movimiento, la vieja lo agarraba por su larga túnica para que no se cayera del decrepito coche, lo cual lo irritaba y hacía que intentara soltarse. Esto divertía mucho a los dos niños.

Aún no había mucha gente en las calles, pero los que se cruzaban con el coche se detenían a mirar y saludar.

La niebla empezaba a levantarse. Por todas partes había árboles muy altos con espeso follaje, hasta el borde de la bahía exterior. En las zanjas y por todo el camino, así como en los muros de la fortaleza, crecían la hierba y la maleza, y algunos arbustos. El mundo entero parecía de un verde intenso aquella mañana, y por entre los troncos de los árboles, tan poco espaciados, se veía a cada momento la rielante agua de la bahía con los reflejos plateados del sol... Más arriba aparecía, inmóvil, la ondulante y oscura costa de la otra playa, y, aún más arriba, un cielo aún luminoso.

En el embarcadero los esperaba un gran prao alado, y otro pequeño para el equipaje, con remeros y un timonel.

Los hombres saltaron del prao y los ayudaron a apearse del coche. El viejo señaló a Felicia y luego a los remeros. Felicia hizo un gesto de asentimiento y se rio; los remeros también movieron la cabeza y se rieron, y luego miraron al niño que tenía en brazos y los maravilló su preciosa chaquetita. ¡Vaya, vaya!

Cuando los mozos de equipaje llegaron con los baúles, los trasladaron inmediatamente al prao pequeño. Felicia buscó su bolso, pero el viejo se adelantó, sacó un anticuado monedero de señora con cierre de plata y empezó a contar el dinero solemnemente: para el cochero, para los mozos, uno a uno. Todos intervinieron, discutieron y se pelearon, y luego quedaron tan amigos entre gritos y risas.

Felicia estaba allí contemplando la escena y de pronto reconoció el monedero: era

el que empleaba la abuela en la casa: «Mi monedero, nieta, tráeme mi monedero, por favor». Estaba segura; ahora se acordaba muy bien: aquella era la senda de detrás del Castillo, aquel era el embarcadero de donde partía cuando iba con Suzanna y su padre para visitar el Pequeño Jardín de la bahía interior. Ahora, Felicia había regresado.

El viejo y los dos niños subieron al prao grande. Felicia se instaló en el banco del centro con el bebé en el regazo: ya podía mantenerse sentado, pero no durante mucho tiempo. La vieja, sentada a su lado, protegía su cabeza y la del niño con una sombrilla de papel engrasado, pintado alegremente con flores y grandes mariposas que el pequeñito miraba fascinado, con los ojos muy abiertos. Empujaron el prao y este se puso en marcha, seguido por el otro.

Los remeros, dos a cada lado, hendían el agua con los remos cortos y anchos. Al principio les costaba un buen esfuerzo, pero en cuanto el prao adquirió velocidad solo remaban de vez en cuando. El timonel, a popa, empleaba como timón un remo: unas cuantas paletadas a la izquierda y otras pocas a la derecha. A veces, el prao apoyaba una de las alas en el agua y de pronto, con un ruido sordo, se inclinaba al otro lado y rozaba las aguas con la otra ala.

El sol había barrido la niebla, aunque no consiguió quedarse completamente limpio, y la luz seguía siendo lechosa, plateada y deslumbrante.

Sentía en torno a ellos un continuo siseo: la bahía, el ruido de los remos al entrar y salir del agua, las olas que se estrellaban contra la borda y los radios de las alas, y cuando se acercaban a la playa, oyeron el leve rumor de las olas que morían en la arena de la orilla y contra los arrecifes de coral. También oían el viento que rozaba los árboles. Y por encima de estos sonidos, el continuo y monótono parloteo de la vieja que, por fin, al recordar que Felicia no la comprendía, se interrumpió y le sonrió tímidamente tapándose la boca con el pañuelo blanco y doblado.

El bebé no tardó en dormirse, y Felicia lo puso en el moisés que tenía preparado junto a ella. La vieja cubrió inmediatamente la cunita con la sombrilla y volvió a decir algo señalando a Felicia con un dedo. Con gran dificultad consiguió decir «E-xac-ta a-bue-li-ta», y luego, señalando al pequeñín que dormía feliz arrullado por el murmullo del mar y mecido por los suaves movimientos del prao, volvió a esforzarse y dijo «E-xac-to a-mo Wi-llem», e hizo un gesto en dirección en la que iban.

¿Querría decir que la abuela había vuelto así antaño, con su hijito Willem, al Pequeño Jardín de la bahía interior?

Quizás esa misma mujer hubiera presenciado la escena. El padre de Felicia iba a cumplir pronto los cincuenta años, y era posible que entonces hubiera tenido unos años más que su hijo. ¿Haría quizá cuarenta y cinco años?

La vieja no podía haber tenido por entonces más de veinte años. Ahora podía contar cerca de setenta, como la abuela. Felicia lo calculaba todo cuidadosamente como si fuese de la mayor importancia: hace más de cuarenta y cinco años, casi cincuenta; tampoco hacía tantísimo tiempo. Cincuenta años son poca cosa.

Estaba sentada con la cabeza inclinada para aprovechar un poco de la sombra de

la sombrilla y miraba fijamente al niño pensando en su abuela, que llegaba con su pequeño Willem en el prao, seguramente con una niñera, o quizá sería alguna compañera de juegos del Jardín que se había ido con ella cuando se casó y se marchó con el marido a Java... Más lejos se había ido ella, Felicia, y ahora regresaba... ¿Y qué clase de hombre habría sido aquel marido de su abuela, el marido que murió tan joven?

Antes no había pensado en eso. Ahora siempre estaba pensando en cosas en las que nunca había pensado: en la luz y en el rumor del agua, y en los pequeños movimientos del prao.

Su propio marido era un «extranjero» de un hotel en Niza, lo cual no es de extrañar, ya que tanto ella como sus padres habían vivido en Europa de hotel en hotel. «Ni un día más», decía la madre y, en seguida, a un nuevo hotel. El extranjero que había de ser su marido era un hombre guapo y distinguido; «Parece un diplomático», decía la madre, que estaba encantada con él. Felicia también estaba encantada con aquel hombre, pero no lo decía. El padre, como de costumbre, se callaba. Y el joven guapo y distinguido, ¿qué decía? A veces, cuando por fin se quedaban solos, pronunciaba palabras como estas: «Ese dinero del azúcar que tiene tu madre» y hablaba de una manera algo burlona y a veces también con una pizca de melancolía.

Todo hubo que pagarlo con el «dinero del azúcar». El distinguido pretendiente se había visto envuelto en una «cuestión de honor» en su país, y no podía regresar mientras no se arreglase ese asunto. Nadie sabía exactamente de qué había vivido hasta entonces.

Se casaron, viajaron mucho, vivieron también en hoteles —los más caros—, unas veces con los padres de ella y otras solos. Gastaron una gran parte del dinero del azúcar. La madre de Felicia lo aprobaba todo y se ocupaba de todos los asuntos del joven matrimonio. Así pasaron cinco años hasta que se produjo en Java la crisis azucarera.

Felicia esperaba por fin el nacimiento del hijo que había anhelado todos esos años; lo esperaba en una habitación de un hotel de lujo y sin dinero para pagar la cuenta. En cuanto el marido, nada sabía hacer; ella sabía tocar el piano... Un día, una nota dejada en el marco de un espejo: se iba a América a probar fortuna... Así podría ganar dinero y darles una vida decente a ella y al hijo que esperaban. Se había visto obligado, para pagar el pasaje y demás gastos, a vender algunas joyas de su mujer, «solo por ahora, porque no hay más remedio... Li». Así la llamaba él: Li.

El marido se llevó cuanto quedaba del dinero del azúcar y todas las joyas de Felicia, incluida la serpiente del carbúnculo. Eso no debería haberlo hecho, porque ella le había explicado todo lo referente a esa joya. Además, no debió marcharse antes de que naciera el niño. Ni siquiera había esperado a conocerlo...

Cuando la criatura tuvo unos pocos meses, Felicia pidió dinero prestado a unos parientes que tenía en Holanda para pagar el viaje de regreso. Su padre, por una vez en su vida, se decidió a decir: «Muy bien; en realidad, nuestro lugar está en el

Pequeño Jardín». En cambio, la madre se puso furiosa: «Y ahora vas a quitarnos al pequeñín, a nuestro Willem, y ya no podré llevarlo de paseo ni comprarle nada». Y estuvo llorando. Pero al final se las ingenió para encontrar un poco de dinero con que comprarle aquella chaquetita, que era demasiado cara.

Así que la abuela, viuda reciente, había regresado a su casa en el prao con su hijo Willem. «Sí, así es como ocurren a veces las cosas, nieta».

El niño del moisés se llamaba Willem en honor a su abuelo materno, y la madre también estaba sola, como entonces su abuela. Regresaban para tener un techo y un poco de comida; y Felicia trataría de guiar a su hijito... Crecería, se casaría y sería padre a su vez... «Quién sabe, a lo mejor tiene una niña —pensaba Felicia— que se case algún día y cuyo hijo se llame Willem por su abuelo Willem»; el marido de la hija se moriría o se marcharía, por ejemplo a América, que está muy lejos, y entonces ella regresaría... «Así ocurren las cosas, nieta». ¿Quién, quién lo estaba diciendo? ¿Se lo decía ella, Felicia, a su nieta? No, eso carecía de sentido, porque ella misma era la nieta.

Pensó (nunca se había fijado hasta entonces) en la luz, en el rumor del mar y en el leve balanceo del prao. Repetición, repetición, todo repitiéndose siempre, una repetición tras otra. Siempre lo mismo, ahora, luego y otra vez lo mismo.

El viejo sentado a popa la llamó. Felicia no lo oyó, y la vieja la tocó en un brazo para llamarle la atención. El viejo señalaba a un cabo bajo que había a la derecha y que parecía bloquear la bahía exterior. Por aquel lado, la bahía interior estaba cerrada por sus verdes playas, como un lago. Y por allí estaba el Jardín.

El prao no seguía ya la línea de la costa, sino que se lanzó a cruzar la bahía interior... ¿No había a mano algo que Felicia pudiera romper en pedazos, nada que destrozar?

Se inclinó sobre la borda para llenarse el cuenco de la mano de agua. Estaba fría. Se mojó la cara con ella, se quitó aquel sombrero tan molesto y ridículo, volvió a echarse agua para mojarse bien el pelo y se estiró en su asiento. ¡No, no era su abuela, ni tampoco su nieta! Ella, que se llamaba Felicia, «Feliz», ese era su nombre, llegaba con su hijito para pasar una temporada con la bisabuela de este (¿cuántos niños tienen bisabuela?) en el Jardín de la bahía... ¿Dónde había en el mundo una bahía más hermosa?

El bebé jugaría allí como ella había jugado de pequeña. Jugaría con las conchas y el coral, con los cangrejos de los patos y con los pájaros domesticados; se asustaría con el Leviatán y con el enanito de la palmera. También es necesario que un niño se asuste de algo. Los pescadores lo llevarían en los praos y lo enseñarían a gritar: «¡Señor Viento!...». Y con todo eso, ¿cómo no va a ser feliz un niño?

Pero ella no era viuda: su marido vivía aún, a pesar de todo; y rogó: «¡Que viva, Señor, que viva!».

Dirigiéndose a la vieja, le señaló al niño y le dijo: «¡No Willem, no Willem!», moviendo los labios espasmódicamente y sin dejar de negar con la cabeza. Entonces,

¿cómo se llamaba? No podía encontrar tan pronto un nuevo nombre... «¡No Willem...!». ¡Ah, Wimpie! ¡Wimpie, ya estaba!

El rostro de la vieja, que primero se puso tenso con el esfuerzo por comprender, se relajó luego, pues lo entendía muy bien: ¡No era el amo Willem, sino Himpies! Inmediatamente gritó dirigiéndose a los otros que estaban en el prao: «¡Himpies!». Y entonces empezaron todos, el timonel, los remeros, el viejo, la vieja y los dos chicos, a cantar la canción del niño Himpies de la isla Saparúa, que tenía la barriguita de goma.

Uno silbaba; otro imitaba el sonido de algún instrumento grave; el viejo sacó de pronto un trozo de madera y se puso a marcar el ritmo en el borde del prao; los dos muchachitos batían palmas; y la vieja se apresuró a guardarse el pañuelo en una manga y le dio a Felicia la sombrilla, pues también quería tocar palmas.

Felicia, con la sombrilla en una mano, trataba de entender lo que cantaban, pero solo comprendía el estribillo: «Himpies, el niño Himpies, de la isla de Saparúa».

El pequeño Himpies se despertó. Primero se puso boca abajo, apoyándose en el estómago, en las rodillas y en los codos; luego, de un brinco, dio la vuelta y se sentó muy derecho. Miraba asombrado por encima del borde del moisés. Estaba empapado.

Entonces llegaron al Pequeño Jardín de la bahía interior.

La campana de los esclavos repicaba.

La abuela, de pie bajo los árboles de la playa, con su sarong de seda naranja y su chaqueta blanca, y calzada con zapatos de tacón, agitaba su pañuelito blanco como si hubiera estado allí sin moverse durante aquellos diecisiete años. Estaba un poco más pequeña y más morena, pero aún no había encanecido.

—Bueno, nieta, por fin has venido —le dijo—. He estado esperándote. ¿Has traído a tu niño Willem?

—Se llama Himpies, abuelita.

—¿Te parece un nombre bonito? En fin, allá tú. Buenos días, Himpies, bienvenido —y trató de darle la mano al nene como si fuera una persona mayor—. Ya he empezado a reunir cosas raras para ti en un armarito.

Luego llevó a Felicia, por la escalinata de piedra, hasta la galería lateral y a su habitación, que era la más bonita de las cuatro y que en tiempos había sido el dormitorio de los padres de Felicia. Allí estaba todavía la cama inglesa de metal con todos los tachones que a Felicia, de pequeña, le gustaba tanto contar. Y también estaba allí la cuna de la propia Felicia con sus barrotes de madera.

Una mujer alta y delgada se afanaba por la habitación. No vestía tan correctamente de negro como las demás, sino que llevaba un sarong policromo y una chaqueta larga un poco arrugada.

—Te presento a Sjeba, nieta —dijo la abuela—. Sjeba, esta es mi nieta, que ha regresado con su hijito Willem, es decir..., Himpies. ¿No os conocíais?

—No; no recordamos. —Sjeba chapurreaba un poco de neerlandés. Le cogió a Felicia el bebé—. Tú vienes, chiquitín Himpies, y yo cambio.

El bebé la miró, abrió los ojos aún más que de costumbre, sacó la barbilla y por primera vez le rio a su otra madre, Sjeba.

Felicia examinaba la habitación. Desde la ventana se tenía una espléndida vista de la bahía interior, entre los árboles. Por lo demás, en el dormitorio no se veían más que puertas: una grande de dos hojas que daba a la galería lateral, otra que comunicaba con la habitación de la abuela, y otra más por la que se salía a los escalones de piedra que bajaban hasta el jardín, al huerto de los limoneros.

Era una amplia estancia que contenía los muebles normales: unos sillones, un toallero, un lavabo con la parte superior de mármol y una palangana adornada con flores, un biombo japonés que ocultaba una retrete, un perchero tapado con cortinas blancas, sillas y una mesa, aparte de la cama de matrimonio y la cuna. Sobre el mármol de la mesa había un jarrón con un ramo de flores, y un vaso con aceite y una mecha para alumbrar de noche. Las paredes estaban adornadas recargadamente con lámparas de aceite.

—¿Adónde fueron a parar las tres niñas? —preguntó Felicia.

La abuela la miró:

—¿Las tres niñas? ¿Qué quieres decir?

—Las que estaban pintadas en la pantalla de la lámpara de noche.

—¡Ah, te refieres a esas! Veo que sigues acordándote, nieta. —Repetiría aquellas palabras muchas veces durante aquel día—. Siguen por ahí; espera. —Y salió de la habitación para volver en seguida con una pantallita de cristal que puso encima de la mesa—. Decías estas, ¿verdad?

Era una pantalla de cristal rosa lechoso con un reborde de hierro negro y patas curvadas: bajo un árbol rojo, dos niñas, también coloradas, aparecían sentadas en un columpio y la tercera las contemplaba con un aro y un palito en la mano. Las tres llevaban los mismos vestidos tiesos y rojos con flecos, botas altas y sombreros rojos con lazos. Un perrito colorado saltaba cerca de ellas, y sobre el cielo rosa volaba una banda de golondrinas rojas, a lo lejos, que se dirigían hacia el rojo Sur.

—¡Sí, esas son! —exclamó Felicia. La pantalla estaba ahora donde siempre había estado, y por la noche volvería a filtrarse la luz a través de ella; una luz roja para la noche.

—¡Quién iba a figurarse que lo recordabas, nieta!

En la habitación de la abuela no había habido grandes cambios. Felicia miró un momento la cómoda, con sus patas de garras, pero nada preguntó aquel primer día sobre el cajón especial, el tesoro y los centinelas de la buena fortuna; ni tampoco habló la abuela de estas cosas. Seguía oliendo a incienso, el auténtico incienso árabe: las lágrimas del Profeta.

Al lado estaba el cuarto de los huéspedes. Claro está, forzosamente tenía que haber un cuarto de los huéspedes.

Y la última habitación, la que se encontraba más atrás, era al mismo tiempo salita y comedor: el viejo piano negro, una mesa redonda en medio, debajo de una lámpara de petróleo colgada del techo, un pequeño trinchante, un aparador y, en un rincón, una silla de rota. Adornaban las paredes, muy bien alineados, unos platos de porcelana... Todo tal como estaba entonces.

Pero también había un armarito de laca roja que Felicia no recordaba: en la parte de abajo, unos cajones, y en la de arriba, dos puertas de cristal. En cuanto la vio mirarlo, la abuela se le acercó para decirle: «¡Es el armarito para las cosas raras que le guardo a Himpies!».

Detrás de las puertas de cristal, las cosas estaban aún sin ordenar: en los estantes de arriba, vajillas de porcelana y de cristal para cuando había invitados, vasos verdes para el vino, un gran tazón para té en cuyo exterior se leía «En tu cumpleaños», un cubo de plata para el hielo (como si alguna vez hubiese hielo en la isla), cucharas de madreperla... Debajo, en otro estante, una cesta con frutos cortados de lo más tierno e íntimo de la palmera sagú y pintadas con brillantes colores. Detrás, un ave del paraíso disecada, posada en una ramita. Su cola erguida parecía una fuente de amarillo y oro. Inclina su cabeza satinada como si estuviese picoteando una fruta.

En el estante de más abajo, coral: detrás y a los lados, abanicos del mar transparentes, y en el centro, lo más bonito de todo: la red marina y el lino del mar, en colores morado y amarillo oscuro; un pedazo de cuerda marina y un arbolillo de coral negro. También había una gran concha, un cuerno de tritón, naranja por dentro, con un agujero muy bonito «para que Himpies sople por él».

La abuela abrió también el primer cajón, lleno de conchas, una de las cuales había sido apartada de las demás. La abuela explicó que era «el doble corazón de Venus, nieta; una cosa rarísima».

Los libros del señor Rumphius estaban colocados en el último cajón.

Entre las columnas de la galería lateral había unas palmas en macetas y un diván tapizado con una tela floreada, y ante él, una mesita redonda.

Lo mismo que entonces, unos pájaros domesticados se paseaban por la casa: dos loros verdes, que iban juntos, y un pequeño papagayo verde, cojo. Se movían por la casa con toda libertad, ya que en el Pequeño Jardín no había nunca gatos ni perros.

Hubo que cambiar al bebé, hacerle la papilla y dársela, y luego se durmió de nuevo en su moisés. Felicia y su nieta comieron juntas, reposaron un poco y deshicieron después el equipaje. Sjeba las ayudó en todo.

De vez en cuando, Felicia salía al jardín: a la derecha aún eran visibles, entre las mirísticas, los restos de la casa del plantador de especias, y más allá, en aquella misma dirección, estaban el valle verde con sus aves de corral, el riachuelo tumultuoso y la gran concha blanca, la única, del Leviatán. ¡Y seguían bebiendo allí los pollitos!

Detrás de la casa, el bosque, con las tumbas abandonadas. Felicia, en vez de continuar hasta los montes, se dirigió bajo los árboles hasta el río grande a cuya otra orilla estaba la aldea.

Todo eso era distinto de lo que ella había evocado durante aquellos años.

En la casa, desde luego, había encontrado de nuevo las cosas del pasado; los viejos muebles estaban muy gastados, pero seguían allí; y sus habitantes atendían como siempre sus obligaciones: la abuela, los criados, sus hijos... Y los pájaros se paseaban como siempre.

Las edificaciones anejas resistían, como la casa principal, bastante sólidamente; y la campana de bronce de los esclavos sonaba aún, en el campanario de madera.

Y fuera, los montes con los rosales, las rocas oscuras que parecían estar resbalando hacia el valle; los árboles, las palmeras del bosque por doquier, cada una más grácil, más alta y con más rico follaje que la otra, los plátanos en la estrecha franja de la playa, tan majestuosos con su gris plateado en contraste con el verde intenso de sus hojas; las aguas vivas por todas partes... ¡El Pequeño Jardín! Y, sin embargo, ¿había en el mundo un sitio más desierto, silencioso y abandonado que aquel? Pero no exageremos: era solo un poquito triste, un poco desvaído en sus colores; era pobretón, como decía la madre de Felicia; resultaba deslucido bajo la implacable luz blanquecina del sol, y se hallaba tan terriblemente, tan desoladoramente lejos de todo y de todos...

La gran cocina, instalada en uno de los anejos, estaba siempre llena de gente que charlaba y reía sin cesar, pero sus voces parecían llegar de otro sitio.

La abuela iba de vez en cuando para ver cómo marchaban las cosas y se hacía acompañar por Felicia. Esta veía caras nuevas cada vez que iba, y oía nombres nuevos, nombres inacabables.

—¿Quiénes son todos esos? —preguntaba Felicia—. ¿Es posible que tengas tantos criados, abuela?

—Claro que no, nieta. ¿Cómo se te ocurre pensarlo? Los únicos que son criados míos, desde hace muchísimo tiempo, son los dos que fueron a buscarte al puerto: Sara y Elías. Sara y yo nos conocemos de toda la vida, y su hijo Hendrik es ahora nuestro vaquero. Está casado con Sjeba, a esa ya la conoces, pero no tienen hijos. Otro hijo de Sara y Elías, el que se llama Moisés, es el jardinero. Los dos chicos que fueron con los viejos al barco son de un tercer hijo. Van a la escuela de la ciudad y son muy listos. Se llaman Josué y Suzanna. Hoy les dieron el día libre para que fueran a buscarte con sus abuelos.

—Mi niñera también se llamaba Suzanna.

—Sí, la gorda —dijo la abuela.

—¿Y todos los demás? —preguntó Felicia.

—Trabajan en el Jardín cuando se presenta la ocasión o me sirven de remeros. Algunos de ellos han venido solo para ver a Himpies. Cuando se despierte, tendremos que llevarlo para que lo conozcan.

Más tarde, pusieron al pequeñín en una estera debajo de un árbol, y la gente desfilaba ante él en grupitos, nunca muchos a la vez. Le hablaban, le cantaban una canción, y el crío los escuchaba silencioso y solemne con la muñeca de trapo bien sujeta bajo el brazo. Josué y Suzanna, los dos niños mayores, estaban sentados a su lado, y Sjeba no lo perdía de vista ni un instante.

Felicia acabó de deshacer el equipaje y colocar las cosas en los armarios. Su abuela la ayudaba, y disfrutaba con ello. Lo miraba todo, charlaba y preguntaba mucho. El nombre del marido de Felicia no se mencionó aquel día entre abuela y nieta, ni tampoco después. La abuela también procuraba referirse lo menos posible a «tu madre», pero con frecuencia hablaba de «mi hijo Willem, mi hijo Willem». Cuando terminaron, preguntó:

—Nieta, ¿cómo es posible que no te hayas quedado ninguna joya? ¿Cómo pudo ser? Había muchas joyas, muchas. ¿Acaso tuvisteis que venderlas con la crisis del azúcar? ¿Todas, venderlas todas? ¡Qué pena! Pero por lo menos te quedaba la pulsera de oro para el viaje de regreso; ¿te bastó para costeártelo?

Felicia le dijo que no le había bastado. Tuvo que pedirle dinero prestado a un pariente de su madre, el mismo que por entonces estaba sosteniendo económicamente a sus padres.

—¡Oh! —dijo la abuela sobresaltada—. ¡Entonces tienes una deuda, nieta! Si tienes una deuda, debes pagarla inmediatamente. Las deudas se pagan, nieta.

Anocheció pronto. Había pasado el primer día.

Felicia puso al niño, con moisés y todo, en la cama de matrimonio, bajo el mosquitero. De esa manera no se caería por la noche. La madre no quería que su hijito durmiese aquella primera noche en una cuna extraña.

La lámpara de noche relucía a través de la pantalla roja, y en la galería lateral estaba encendida una gran lámpara de petróleo.

—¿Por qué no dejas abierta la puerta de la galería? —le dijo la abuela—. Así, el cuarto estará más fresco y agradable, y podrán ver a Himpies. Descuida, no lo despertarán.

En efecto, la gente seguía cruzando el río y avanzando, alumbrándose con antorchas, hacia la casa y la gran cocina, que estaba iluminada. Felicia vio hombres y mujeres, a veces un hombre o una mujer aislados, viejos y jóvenes, llegar hasta el dormitorio. Los hombres se quedaban en el umbral y las mujeres entraban, aunque no permanecían allí largamente, pues ¿a quién le puede interesar mirar mucho tiempo a un niño dormido? Y Sjeba estaba siempre allí, en incesante vigilancia.

Felicia y su abuela fueron a sentarse en la franja de playa situada frente a la casa, para refrescarse con la brisa, y veían brillar por entre los árboles la lámpara de la galería lateral.

Había marea alta, y las pequeñas olas morían suavemente casi a los pies de las dos mujeres.

—Les hemos preparado cosas buenas —dijo la abuela—: carne de tortuga con

hierbas; ha estado cocinándose todo el día en un bambú grueso, y esto le da un sabor muy especial. Y también pueden comer pescado frito; Sara lo prepara muy bien con nueces de kanari y pimienta... Le diré que te enseñe a hacerlo así, nieta. También tienen pan de sagú, y salsas de almejas negra y blanca; sí, de las dos clases hay. Además, pueden beber vino de palma, que no se les subirá muy pronto a la cabeza, y —añadió guiñando un ojo— un poquito de buen arak que me quedaba; y, por supuesto, café.

—¡Para tanta gente! Pero, abuela, ¿no costará demasiado? —preguntó Felicia preocupada.

—Hay que hacerlo. Así se ha hecho siempre. Han venido a ver a Himpies, y todo lo que les damos es del Jardín... excepto el arak, que lo tenía yo guardado. Ya sabes que suele emplearse como medicina.

Felicia había movido su silla para poder ver desde allí la puerta de la habitación donde dormía su hijito. En la cocina cantaban; uno tocaba una especie de guitarra; otro, una flauta de bambú.

Y donde estaban sentadas sonaba el rumor del agua.

—¿Estás escuchando la bahía? ¡Qué callada estás, nieta! Tres olas, una tras otra: el padre, la madre y la hija; eso dicen... ¿Las oyes de tres en tres? —Y la vieja las contaba en voz alta.

Felicia volvió de muy lejos, donde tenía el pensamiento, y se encontró allí, sentada donde siempre había querido, en la playa del Jardín de la isla de las Molucas, escuchando el rumor de las olas: el padre, la madre, la hija... No, mejor: el hijo, el hijo, el hijo. Y las olas, como obedeciéndola, empezaron a murmurar: el hijo..., el hijo..., el hijo...

—¿Sigues teniendo vacas, abuela?

—Sí, nieta.

—Patos y gallinas, ya he visto que tienes.

—Sí, por los huevos.

—¿Y una huerta, y todos aquellos árboles frutales?

—Sí, claro, nieta, claro que los tengo aún. —La anciana vaciló un momento pensando en por qué le haría su nieta esas preguntas—. ¿Recuerdas los pomelos rojos?

Felicia la miró en la penumbra:

—¿Por qué no vendemos todas esas frutas en el mercado de la ciudad de la bahía exterior? Podríamos vender también la leche, los huevos y la verdura... Y tú hacías frutas escarchadas, salsas de almejas y escabeche. Y también perfumes, bolas de ámbar y pulseras contra el reuma. ¿Por qué no me enseñas, abuelita?

La abuela se adelantó un poco en su silla y se quedó muy estirada, como si se hubiese tragado una escoba:

—¿Qué quieres decir, nieta? ¿Vender? ¿Sacar dinero de nuestras cosas? ¿Nosotras? No es posible que te refieras a eso. ¡No olvides que no hemos pagado

nada por todo ello!

«Nuestros animales dan leche y huevos; las frutas son de la huerta, y las almejas, de la bahía. Los pescadores me traen coral negro porque yo les doy medicinas cuando enferman... Lo único que hemos de comprar es el azúcar; para la fruta escarchada no se debe usar azúcar de palma, sino de caña. Antes me lo traían todos los años de la plantación de tu madre, de Java, pero ya no. Para las bolas de ámbar tengo que comprarlo todo... Y, claro está, el oro. El Jardín no da oro. ¡Pero no es necesario hacer fruta escarchada! En realidad, tengo muchos tarros guardados, y las bolas de ámbar con oro tampoco las necesitamos. Hace muchos años que no las hago, pero lo importante es que recuerdo perfectamente las recetas de mis frutas y de las bolas de ámbar...».

Se calló, como si le faltase el aliento después de hablar tanto...

Felicia fingió no haber oído sus últimas frases sobre las frutas, el ámbar y el oro, y dijo:

—Bueno, ya ves que también te ves obligada a comprar cosas y has de pagar a la gente que trabaja para ti, y que no puedes dejar de trabajar tú misma... —Le cogió una mano a la abuela para tocar la pulsera de coral negro que le rodeaba la fina muñeca—. Ya ves, abuela, una obra tuya.

—Sí, nieta, pero las manos son también cosa nuestra, algo que nos fue dado, un regalo. —No retiró la mano y tardó un poco en decir—: Comprendo que quieres hacerme ver que tenemos que ganar dinero... para pagar tu deuda —murmuró, y añadió elevando de nuevo la voz—:... y para Himpies, que ha de ir a la escuela... Sí, eso es verdad, irá a la escuela, aprenderá muchísimas cosas y se hará un hombre muy listo. ¿Crees que le gustará ser médico? Entonces le daremos mi piedra de la serpiente, acuérdate, el carbúnculo... En fin, que nos vamos a convertir en dos comerciantes —dijo con una mueca divertida— y, a fin de cuentas, ¿por qué no pueden ser también orgullosas las comerciantes? ¿Verdad, nieta?

Se levantaron y caminaron hacia la casa. La abuela le había explicado ya a Felicia cómo se cerraban las puertas y las persianas. «No has de temer nada aquí. Estamos a salvo». ¿Acaso pensaba en los misteriosos centinelas del cajón especial? La abuela ayudó a Felicia a quitar el moisés de encima de la cama y se quedó allí un rato para verla mudar los pañales al niño, el cual no se despertó durante la operación. Luego puso una esterilla de caucho en la cama del lado de la pared y dejó al niño encima. Dio a Felicia las buenas noches y la besó.

—Desnúdate, que yo vendré luego a colocar el mosquitero —le prometió—. Nieta, que duermas bien con Himpies en el Pequeño Jardín.

Felicia estaba cansada, pero tardó mucho en dormirse. Extrañaba la falta de oscuridad. La lámpara de noche brillaba demasiado con sus obsesionantes niñas —las Tres Niñas— tan coloradas y transparentes. Después de tantas noches a bordo, en la minúscula litera de un estrecho camarote, le resultaba demasiado grande la cama de matrimonio, y el niño estaba allí junto a ella, diminuto y perdido entre las

inmensidades de sábanas y mosquitero. Además, fuera no cesaba el roce del viento en los árboles próximos a la casa, y se oía muy bien el leve oleaje de la bahía interior. Tampoco se callaban los de la cocina, aunque las voces llegaban muy amortiguadas, como de una gran distancia. ¿Estarían bailando en la plataforma de las especias? ¿Cantaban? La flauta de bambú sonaba muy clara, muy cercana, muy dulce...

«El doble corazón de Venus... Esa sí que es una cosa rara».

Al día siguiente le preguntaría a la abuela si se podría encontrar una cama que no fuera de matrimonio. Quizá la hubiera en la casa o, si no, en la ciudad.

III

Pocos días después, la abuela mandó a Felicia con el niño y Sjeba a la ciudad de la bahía exterior para que hicieran las obligadas visitas. «Porque así es como se hace — dijo—: la persona que llega debe ir a ver a las que han permanecido aquí».

Había preparado una lista de nombres, y le explicó a su nieta quién era cada cual y por qué debía visitarlo; solo por cortesía o bien porque podía aconsejarla, y quizá, más adelante, ayudarla. Primero se limitaría a «dejar su nombre» casa por casa, y luego haría las visitas por el orden que se indicaba en la lista, con la duración que también había fijado previamente la abuela. Esta dio también a Felicia pequeños regalos para que los fuese entregando a esas personas: fruta escarchada, salsas de almeja (la blanca y la negra), refrescos...

Iba a visitar, precisamente por la mañana, a la esposa del «capitán de los chinos» y a otras señoras chinas del barrio; y también al «teniente de los árabes», que era un hombre muy influyente que sentía una gran envidia por el capitán, aunque lo ocultaba muy bien. De ningún modo haría estas visitas ella sola: siempre había de ir acompañada por Sjeba y Himpies, y también por Josué y Suzanna. «Primero hay que pedir permiso en la escuela para que les dejen la mañana libre», y asimismo formarían parte de la expedición visitante el guarda, su mujer y sus hijos, que vivían en la casa de la ciudad cuando no había nadie en ella.

«Cuídate de que todos vayan vestidos con esmero», le había advertido a Felicia su abuela con gran interés. Cuanta más gente la acompañase, más elegante sería el efecto. ¡Lástima que la silla de manos resultase tan cara! Felicia no tendría que hablar mucho en esas visitas; solo reírse amablemente de vez en cuando, y «No olvides que no debes levantarte con demasiada rapidez para marcharte, porque eso no se hace».

Debía procurar trabar amistad con los dueños de los dos hoteles —una señora y un caballero—, ya que siempre estaban necesitando toda clase de cosas, y también debía tratar de caer en gracia al médico militar, si se atrevía (era el jefe del pequeño hospital militar), pues en los hospitales también necesitan muchas cosas.

Se alojaría en la casa que tenía la familia en la ciudad, y Sjeba se ocuparía de todo.

Cuando regresó, la abuela estaba impaciente por enterarse de cómo la habían acogido en la ciudad, de qué había dicho este o aquella y de si habían estado cariñosos con Himpies y con ella.

Felicia le contó que la habían recibido muy cordialmente y que estuvieron muy cariñosos con Himpies, y que uno había dicho tal cosa, y aquel, tal otra. Y que si quería podría dar clases de piano en la ciudad, porque allí no había nadie que pudiera darlas.

—Pero, nieta. ¡Ahora quieres dar clases de piano, y también por ganar dinero!

Y cuando Felicia preguntó por qué no arreglaban la casa de la ciudad y la alquilaban, la anciana se indignó más aún: «¿Cómo? ¿Alquilar la casa? ¿Nosotras? No es posible que hayas querido decir eso». Pero al cabo de un rato cedió también en esto: «En fin, qué le vamos a hacer. Hay que hacerlo por Himpies... y por lo otro». Lo otro no se atrevía a nombrarlo claramente, y suspiraba al hacer esa alusión.

El regreso de Felicia produjo una profunda conmoción en la ciudad de la bahía exterior. La pobre señorita del Pequeño Jardín (siempre la llamaban así), que ni siquiera había cumplido los veinticinco años y se veía sola con un niño, ya que el marido la había abandonado —¿o acaso era ella quien lo abandonó a él?—, y se había tenido que refugiar junto a su anciana abuela en un jardín de especias descuidado, con los precios a que se pagaban hoy las especias... Tendrían que contentarse con un plato de papilla de sagú y algún pescado de la bahía. Y lo peor de todo, ¡verse reducida a dedicarse al comercio y ni siquiera avergonzarse de hablar de ello! Claro que el asunto no prosperaría; para traficar y ganar dinero había que nacer.

Pero pasados unos años, la ciudad de la bahía exterior varió de canción. En ese tiempo, Felicia y su abuela habían convertido el Pequeño Jardín en una especie de granja modelo: allí se podían comprar leche, huevos frescos de gallina y salados de pato, hortalizas, frutas y setas, y también escabeches, salsas de almejas y frutas escarchadas, aunque estas últimas cosas había que encargárselas con tiempo.

Por la mañana temprano, el prao de la leche atracaba bajo el toldo, detrás del Castillo. Recogían las botellas de leche y las cestas de verdura y devolvían las vacías. Uno de los criados se ocupaba de estas operaciones. Felicia se embarcaba con frecuencia en ese prao e iba a la ciudad para dar sus clases de piano y visitar el barrio chino —nunca sola, ya que la abuela seguía insistiendo en ello— para negociar con un chino o un árabe sobre las «demás cosas» que estos mercaderes vendían y revendían, cosas de las que no se hablaba, pues nadie de la ciudad debía saber de qué se trataba (¡nadie lo ignoraba!): hierbas medicinales, perfumes secos e incienso mezclado, pero sobre todo pulseras de coral negro contra el reuma, con adornos de oro o sin ellos, y bolas de ámbar en frutas de oro.

Estas otras cosas solían llegar a todas partes: a Java, a Sumatra y hasta a Malaca. Con ellas se ganaba mucho dinero.

Al principio lo ganaba solamente un mercader, pero una mañana, la abuela envió el prao de gala a la ciudad y lo invitó a visitarla en el Pequeño Jardín. Allí lo hizo

sentar en el diván de la galería lateral, beberse un vaso de refresco de vainilla con limón y comerse un pastel de kanari. La anciana se sentó junto a él y lo miró fijamente varias veces, y a partir de entonces todo marchó muy bien.

Habían tenido suerte —no habían sido demasiado desafortunados, diría la abuela— con el Pequeño Jardín. Todo lo que plantaban crecía. Los animales estaban saludables, y la gente, contenta. El orfebre de la ciudad se fue a vivir allí, porque tenía tanto trabajo en la casa del Pequeño Jardín que así le resultaba más cómodo. Y cada varios meses aparecía por allí la vieja —la *bibi*— a la que compraban todo lo que no era «de aquí», como el ámbar gris y el oro, tan valiosos el uno como el otro. A estas negociaciones con la *bibi* no podía asistir nadie, ni siquiera —al principio— la propia Felicia.

La casa de la familia en la ciudad fue alquilada provechosamente. Felicia se reservó una habitación, para alojarse en ella cuando iba a la ciudad. En cuanto a las especias, lograba precios muy razonables.

Pasó la crisis del azúcar. Los padres de Felicia pudieron mantenerse de nuevo por sus propios medios, aunque la madre no dejaba de lamentarse. Inmediatamente contrató a un asesor jurídico, como lo llamaba ella, para buscar la pista del marido de Felicia. ¿En los Estados Unidos? ¿En América del Sur? «¿Ni siquiera lo sabes?». Daba por cierto que el díscolo se había casado de nuevo, «y entonces podremos denunciarlo por bigamia. Para eso son muy severos en América, y acabará en la cárcel, que es donde siempre debió estar». Entonces, Felicia podría conseguir el divorcio y «comenzar una vida nueva», escribía en sus cartas. Si no, tendría que esperar por lo menos cinco años. Y la irritaba que su hija no le contestase sobre este asunto. Luego se ofreció a pagar la deuda, y se pasó varios años tratando de averiguar el importe exacto... ¿Y no necesitaba Felicia un piano nuevo en aquel desierto? Enviaba paquetes con trajes muy bonitos para el niño, trajes que nunca le ponían.

El padre de Felicia, tan lacónico como siempre, escribía una nota muy breve cada mes por encargo de su esposa, con saludos muy cariñosos para Felicia y el pequeño Willem.

Himpies, al crecer, se convirtió en un niño muy guapo y muy simpático, siempre saludable y contento. Todos lo querían. Sin embargo, no se hizo un niño mimado. Costaba mucho trabajo encontrarlo; había que buscarlos a él y a su amigo, un poco mayor que él, Domingoes, hijo del platero y de su joven esposa, el matrimonio que llevaba tanto tiempo viviendo en el Pequeño Jardín.

Daba la impresión de que el Jardín se llevaba a los niños y los escondía: en el agua, la cisterna, los ríos, la poco profunda bahía interior; o en lo verde, en los árboles, el bosque, los rosales de los montes y la selva que se extendía más allá... Una vez se perdieron en la selva y para encontrarlos, por fin, en plena madrugada, hubo que organizar una expedición con antorchas.

En secreto, los dos amigos cruzaban el río y, ya en la aldea de la otra orilla, se ocultaban en la choza del hombre de cabello azul para oírle contar historias sobre su

hijo. Los pescadores se los llevaban en sus praos, o los dos chicos se quedaban jugando en la playa debajo de un prao invertido. ¿Quién iba a seguirles la pista?

La abuela se indisponía a veces, pero siempre se rehacía y reanudaba inmediatamente su trabajo, sus interminables labores de extraordinaria paciencia, como la elaboración del coral negro: ablandarlo en aceite, calentarlo, doblarlo con extremado cuidado... Y estas operaciones se repetían muchas veces hasta que la pulsera adquiría su forma adecuada y el orfebre podía trabajar en ella, haciéndole incrustaciones en oro que representaban cabezas y colas de serpiente.

Y también pesar y pulverizar tan laboriosamente el ámbar gris y el ámbar negro, y añadirles benjuí, almizcle, agua de rosas y raíces para darles consistencia y hacer las bolas de ámbar. El orfebre realizaba la labor de calado de las frutas de oro donde iban las bolas.

Lo que más tiempo le llevaba eran las salsas de almejas: había que limpiar bien los moluscos de manera que no quedase en ellos ni un solo grano de arena. En ello se jugaba la abuela nada menos que su honor. En realidad, lo pasaba muy bien con su duro trabajo, pues sentía una inmensa curiosidad por ver cómo le saldría, y esto le daba a su monótona labor un punto de aventura.

Así transcurría, pacíficamente, la vida en el Pequeño Jardín.

Pero Felicia no estaba tranquila: siempre había algo que «tiraba» de ella. Por un lado, la ciudad de la bahía exterior, que no se encontraba tan lejos del Jardín, pero que parecía pertenecer a otro mundo...

Era la ciudad de las posibilidades: los barcos iban y venían una vez al mes, y en un barco podía llegar alguien o bien podía marcharse otra persona. Y partían y llegaban cartas. Alguien puede echar una carta en un buzón en cualquier parte, pero es preciso que figure en ella una determinada dirección...

Era también la ciudad de las reuniones: al principio invitaban a Felicia a todas ellas, pues escaseaban las solteras o casadas jóvenes europeas. Todos parecían dispuestos a cerrar los ojos en lo referente al «comercio». Con un vestido de noche anticuado y llevando colgado de la muñeca, con una cinta, el abanico de carey y oro de la abuelita, bailaba Felicia en la larga y cálida noche tropical; bailaba, bailaba con este y con el otro. Le encantaba bailar. «Qué bien bailas, Li», pero nadie la llamaba Li. Después, algún joven cortés la acompañaba a casa —la casa que la familia tenía alquilada en la ciudad— por una de las sendas bordeadas con altos árboles, y los iluminaba la luz de la luna.

En la ciudad se decía que eso de acompañar a la señorita del Pequeño Jardín a la luz de la luna no era muy divertido.

Y por otra parte, el Jardín tiraba de ella a través de la bahía exterior, y sentía añoranza del movimiento azul de las aguas de la bahía interior y de su profundo silencio verde, porque allí estarían los dos chicos, Himpies y Domingoes, cogidos de la mano, en el muelle. La estarían esperando. Y más abajo la esperaría la abuela, y también la fiel Sjeba... Añoraba aquello, todas las tareas que le gustaba hacer allí,

todo el dinero que ganaba con su trabajo y el sentido de seguridad que le proporcionaba.

Al final, ganó el Jardín. Sus vestidos contribuyeron a esta victoria. Cuando se le gastaron los vestidos franceses, los zapatos y las medias, Felicia intentó arreglarse algo con unos patrones de la revista de modas *Gracieuse* y telas compradas en el barrio chino, ayudada en la confección por su abuela y Sjeba, pero se desanimó —no quedaba bien— y empezó a rechazar invitaciones para las fiestas de la ciudad. Después pasó una temporada poniéndose unos trajes de algodón que no la favorecían en absoluto y unos zapatos de tacón que le resultaban incomodísimos. Más tarde pasó a usar chaqueta y sarong. No sarongs de seda brillante, como su abuela, sino fuertes, de batik marrón de Java, chaquetas blancas sin adornos de ninguna clase y sandalias de cuero sin apenas tacón. No llevaba medias. Dejó de dar clases de piano, hizo que los comerciantes fueran a verla cuando fuera necesario, para no ir a la ciudad sino cuando no lo podía remediar.

El Jardín la retenía, la envolvía amorosamente; le enseñaba sus cosas y le murmuraba al oído sus secretos...

Y Sjeba la guiaba por los caminos de las montañas, a través de la selva y hasta el pequeño manantial cuya agua cristalina recogía en el cuenco de la mano y bebía. ¡Qué amarga! Ya se lo había advertido Sjeba, que decía esas cosas con tanta vehemencia y que también le había dicho que, cuando se tenía en la boca esa agua, había que bebérsela necesariamente...

Felicia leyó lo que había escrito el señor Rumphius sobre la Mujer de Coral, y visitó el lugar donde esta se había ahogado y donde más tarde la volvieron a sacar.

Y también oyó la historia de las tres niñas.

Después de un día largo y laborioso, Felicia y su abuela se concedían un respiro antes de acostarse. Se sentaban en unas sillas, en la playa, o en el diván si era en la galería. O, sencillamente, en una estera, con los pies colgando sobre el jardín. No hablaban mucho; la abuela repetía alguna receta o quizás un consejo que consideraba que no debía olvidar.

Aquella noche, después de amenazar lluvia, quedó el tiempo seco y caliente, y la oscuridad era muy densa. Un rayo de luz de la galería caía en el espacio abierto frente a ellas, donde estaban los restos de la casa derruida, la que la madre de Felicia había querido reconstruir y había provocado la discusión por la cual se marcharon a Europa, por la que Felicia había conocido a un extranjero en un hotel de Niza, y por la que ella, por la que ella... Las mirísticas crecían cerca de las ruinas.

La anciana, apoyada ahora en la columna de piedra, había estado enferma.

—Nieta, tengo que decirte una cosa. —Y calló unos momentos.

—Dime, abuelita.

—¡Esa casa no debe ser reconstruida!

—Ah, ya lo sé. Entonces no quisiste, y ahora... no vamos a gastar nuestro buen dinerito en una cosa así.

—No es cuestión de dinero —dijo con impaciencia la anciana—. Algún día te sobraré el dinero; eso no me preocupa. —Hizo una pausa—. Mi padre —dijo por fin—, mi padre era el hermano menor de las tres niñas. Mucho más joven que ellas. Ni siquiera llegó a conocerlas.

—Nunca me has hablado de eso, abuela.

—Ya —dijo la anciana con un suspiro.

Y entonces contó la historia del primer cultivador de especias, padre de una familia numerosa con muchos niños, que había vivido en la que fue una hermosa casa —¡Las especias daban tanto dinero!—, con el salón de mármol blanco que llegaba hasta el segundo piso —¡Los barcos de las especias traían el mármol de Europa como lastre!— y con muchos esclavos.

—En la isla de Ternate hubo un mercado de esclavos, y allí iban a comprarlos. Los esclavos de Papúa eran bastante baratos; en cambio, los de Bali, por ejemplo, estaban carísimos.

«La niñera de las tres hijas mayores había sido una esclava de Bali. Era muy hermosa, nieta; todos la admiraban por su hermosura; incluso, me parece, el padre de mi padre, o sea, el padre de las tres niñas. Y por eso la madre de las niñas odiaba a la esclava de Bali. Era un odio mutuo; ¡sí, así pueden ser las cosas de esta vida!».

Y contó cómo habían muerto las tres niñas, las tres el mismo día... ¿Envenenadas? —Ya sabes, ¡el veneno!—. ¿O quizá por una enfermedad? Nadie lo supo jamás.

—Pero una vez, hallándose el padre lejos de la isla, la madre acudió a la policía de la ciudad de la bahía exterior y denunció a la esclava niñera. Entonces la interrogaron en el Castillo. La sometieron a dos interrogatorios. En aquellos tiempos, nieta, todavía se torturaba a la gente y, figúrate, tratándose de una esclava... La joven no confesó ninguna de las dos veces, pero era de Bali, y las balinesas son muy sabias. Puede que conociese remedios contra el dolor. Tuvieron que ponerla en libertad.

«Mi padre dijo una vez que el mal de aquella época era que todos tuvieran esclavos. Era la época de la esclavitud. Cada tiempo tiene su mal, pero en cualquier época, una persona puede ser buena. En los años de la esclavitud, un hombre podía ser bueno con sus esclavos, decía mi padre. Su padre era bueno, pero su madre, no; su madre era cruel. Sí, nieta, eso decía mi padre de su propia madre, y también que no era cierto lo de las tres niñas. Aseguraba que su madre se lo había inventado... Nadie sabe qué pasó ni de quién fue la culpa».

«La gente de aquí, del Jardín, ha venido diciendo durante todos estos años que las niñas fueron envenenadas. Pero esta gente no estaba allí; es imposible que nadie lo sepa. Mi padre decía que no las envenenaron, pero la verdad es que tampoco estaba allí, así que no pudo saberlo... Nadie lo sabe... ¡Oh, qué lástima que no hubieran tenido la bandeja protectora, la bandeja del veneno de Ceram!».

«La esclava vivió aún mucho tiempo, y mi padre la recordaba muy bien. Después de los interrogatorios, la pobrecilla no pudo volver a andar. ¡Ay, nieta, cómo son las

cosas en esta vida! Luego se murió, como todo el mundo, y la casa se derrumbó cuando el terremoto más fuerte... La madre de mi padre estaba en el salón con uno de sus hijos, porque tuvo muchos; quedaron enterrados bajo los escombros y se quemaron vivos».

«Mi padre me decía: “Esta es una casa de mala suerte; no debe ser reconstruida”. Pero no pienses más en lo que pasó ni hables jamás de ello. Porque es preciso evitar que vuelva a suceder. Sin embargo, te lo he contado, nieta. Pero has de repetir conmigo, ya que por eso te lo he contado, has de repetir, para que nunca lo olvides: “La casa no debe ser reconstruida”. Ya sabes por qué. Pero esa parte, la historia, no tienes que repetirla».

Cuando Felicia, obediente, repitió las palabras, la abuela suspiró profundamente y se recostó en la columna.

La voz de Felicia, al repetir la frase de la abuela, «La casa no debe ser reconstruida», sonaba forzada, y es que sentía aversión por todo aquello y tenía que hacer un esfuerzo para seguir allí... No debería haber llevado a su hijito Himpies a aquel sitio, al lejanísimo Jardín, tan distante de Dios y de todos los hombres, el Jardín limitado por todas partes: ríos, bahía interior, montañas... Un jardín en una isla — otra limitación— cercada por el mar, sin siquiera una vereda para huir al mundo. Una trampa dentro de una trampa, y dentro, gente como aquellas dos mujeres que en tiempos se habían odiado, juntas en la trampa, y las tres niñas... Ahora... era distinto, Felicia se daba cuenta de ello, y sin embargo, allí estaba Himpies en su cuna como...

—¡Abuela! —dijo con voz descompuesta—. ¿Estaba aquella casa...?, ¿está el Pequeño Jardín...?, ¿pesa una maldición sobre el Pequeño Jardín? Por favor, dime la verdad.

—¿Una maldición? No debes decir eso, nieta. ¡Desde luego, esa es una casa con mala suerte! Pero la mala suerte no es lo mismo que una maldición, y ¿cómo quieres que el Pequeño Jardín...? No, no, no es posible que pienses eso. Dondequiera que hay gente hay mala suerte, tristeza, también maldad algunas veces, y hasta veneno; ¿te acuerdas del veneno? Pero esto no significa que los que vivimos aquí estemos malditos. No, no digas semejante cosa, nieta. No es bueno decirlo. —La vieja, sentada muy tiesa, movía la cabeza enérgicamente. Tardó un buen rato en calmarse—. Sé por qué lo dices: cuando nos encontramos con el mal, nos asusta, nos aterra, pero no hay motivo para ello. Debemos conservar siempre nuestro orgullo. ¡Siempre muy derechas, sin temblar, con orgullo!

Se recostó en la columna y, al cabo de unos momentos, añadió:

—Para hacer piñas confitadas hay que tenerlas toda la noche a remojo en agua de cal, nieta.

Felicia no prestó atención a la receta. La miraba fijamente:

—A veces ves cosas, ¿verdad, abuelita?

—Sí —respondió la anciana con un titubeo—, a veces me parece..., pero..., pero no con mucha claridad.

—¿Has visto alguna vez a las tres niñas?

—¿Yo? Una vez me pareció..., pero no era cierto.

—Todos los demás que viven aquí dicen...

—¡No lo creas! —dijo la abuela con vehemencia—. Cada uno de ellos repite lo que ha oído a los demás... Siempre se están repitiendo... Una vez, poco tiempo después de haber regresado yo al Pequeño Jardín con mi hijito Willem, me encontraba allí —y señaló un lugar, detrás de la casa, donde empezaba el bosque— con una vieja cocinera que teníamos entonces. Murió hace muchos años; tú no llegaste a conocerla. Aquella mujer veía cosas. Ese día me sentía yo triste; por entonces me daban con frecuencia esos ramalazos de tristeza, como a ti ahora, ¿verdad, nieta?, y la mujer dijo, seguramente con la intención de consolarme y distraerme: «¡Mira, ama, allá van las tres niñas, *chhh...*!». Y al preguntarle yo: «¿Dónde, dónde?», me dijo: «Allí, allí. —Señalaba debajo de los árboles—. ¿No las ves, ama? Allí, allí, las tres», y me indicaba con la mano la altura de cada una: así, así y así, y era como si de verdad las estuviese viendo. «Son unas niñas preciosas y muy simpáticas —dijo luego—. Las dos mayores están siempre riéndose, pero la menor, no».

Cuando Felicia se fue a la cama, la habitación, con sus paredes blanqueadas, sus puertas y persianas grises y toda la gasa blanca del mosquitero, estaba en calma, pero nada misteriosa, sino alegre con su luz colorada de la lámpara de noche y sin nada que evocara oscuros secretos ni temores nocturnos. El pequeñín Himpies dormía en la cuna con los brazos y las piernas muy abiertos, ajeno a todo, y su madre lo estuvo contemplando un momento. Cuando fuese un poco mayor lo acostumbraría a darles las buenas noches a las niñas de la pantalla roja. Y más adelante le contarían la tragedia de las tres niñas que murieron envenenadas —eso no podría impedirlo Felicia—, pero Himpies los dejaría a todos confundidos. Pensaría que Elsbet, Katie y Marregie eran aquellas tres felices niñas coloradas: las dos mayores que se divertían en el columpio y la otra, la seriecita, la del aro y el palito. Himpies no sabría cuál era cada una.

Además de hacer todo su trabajo, Felicia se ocupó de que los criados excavaran los cimientos de la casa derruida. Los escombros, entre los que había muchos pedazos de mármol blanco, podrían servir para reforzar el embarcadero de la bahía interior.

Y cuando el solar quedó limpio, intentó cultivar plantas en él, pero no crecía nada. Cuando se lamentaba a la abuela, esta la miraba en silencio y murmuraba algo como: «¡Qué insensatez!». ¿Cómo había podido creer su nieta que en semejante sitio prosperase nada?

Y la *bibi*...

En aquella misma época, después de su enfermedad, la abuela empezó a hacer asistir a Felicia a sus negociaciones con la *bibi*, «para que sepas cómo se hace».

La *bibi* descendía del prao sin ayuda de nadie, y la campana no tocaba en honor de su llegada. La abuela la esperaba de pie en lo alto de los escalones de la galería lateral, pero luego le daba la mano y la invitaba a sentarse en el diván.

La *bibi* era pequeña y delgada, muy morena; llevaba un viejo sarong de muchos colores y una chaqueta de color liso, verde o rojo oscuro, pero no negro. Nunca se quitaba el chal con que se cubría la cabeza. Los criados cristianos (en el Pequeño Jardín, todos los criados eran cristianos) murmuraban que la *bibi* era musulmana, que había estado en La Meca y que seguramente llevaría a Mahoma bordado en aquel chal. Pero ¿quién iba a atreverse a preguntarle? Mientras la *bibi* estaba allí, toda la servidumbre se mantenía a buena distancia.

La abuela sacaba una fuente, una taza y un platillo, las tres cosas especialmente reservadas para la *bibi* y que siempre estaban apartadas del resto de la vajilla de porcelana. La *bibi* no podía comer de una fuente ni beber de una taza que hubiera sido usada por otra persona. También le hacían el café por separado y se abría para ella un nuevo jarro de fruta confitada. A la *bibi* le gustaban las golosinas. Cuando Felicia exclamaba: «¡Cuánta molestia!», la abuela le decía que así era como se hacía.

Aquel día, presente Felicia, la *bibi* abrió su cesta y esparció todo su contenido por el diván y la mesita. No solo hierbas secas, raíces, bulbos, trozos de madera aromática, tarritos con líquidos diversos, ungüentos, la mejor de todas las aguas de rosas y todos los ingredientes para las bolas de ámbar, el perfume, el incienso y las medicinas, sino también conchas, corales, pequeñas joyas y cosas raras de muchas clases.

Tenía un anillo hecho con una concha blanquísima que parecía mármol, con incrustaciones negras en la parte interior; una pinza seca de bogavante que tenía todo el aspecto de un pequeño cisne; una pulsera de conchas rojas para que los hombres la llevaran en la guerra. Y también cosas de verdad extrañas, como un cuerno de rinoceronte, una piedra de la vida (todos los metales fundidos juntos); un coco de la Palmera del Mar y otras cosas por el estilo, por las cuales pedía precios exorbitantes. Prefería no vender ninguna de ellas si le ofrecían menos; decía que en realidad solo las llevaba para que la gente las admirase. La abuela juntaba las manos extasiada, decía que lo comprendía, hacía señas a Felicia para que la imitase, y luego se metía de lleno en la compra.

Llevaban una balanza. A veces, la abuela probaba algo para comprobar su autenticidad; lo tocaba, lo olía... El regateo se prolongaba mucho. Sin embargo, daba la impresión de que la *bibi* sabía de antemano —y lo mismo la abuela— lo que había de ser comprado y el precio exacto que por fin se fijaría. La abuela ponía aparte todo lo que pensaba comprar. «Tráeme el monedero, nieta». Y en él había exactamente el dinero justo.

La *bibi* volvió a empaquetar cuidadosamente todo lo demás —en trapos, en cajas y en bolsitas, ya que era muy importante que algunas de esas cosas no tocaran las otras— y lo guardó todo en la cesta.

La abuela llevó para la *bibi* más café y más dulces. La *bibi* se levantó, se llevó su seca y morena mano al estómago y declaró que se hallaba completamente satisfecha. La abuela la acompañó hasta el arranque de la escalinata —nunca ni un solo escalón más abajo— y volvió a darle la mano (muy levemente, apenas tocándola).

Los dos niños —Himpies y Domingoes—, que Sjeba había mantenido alejados durante la visita de la *bibi*, acudieron corriendo para ver si la abuela había comprado nuevas preciosidades para la colección. Sjeba sacudió el diván, el tapete de la mesa y los cojines, y exclamó: «¡Gracias a Dios!», mirando a Felicia con furia contenida. ¿Era furia o un sentimiento diferente?

Felicia la miró y también dijo: «¡Sí, gracias a Dios!», y en seguida supo lo que sentía la otra. Sjeba, como ella, temía a la *bibi*.

A veces, en sucesivas visitas, cuando Felicia y ella se quedaban a solas, la *bibi* la miraba fijamente, como si quisiera decirle algo con aquellos ojos tan negros y relucientes, muy hundidos en su oscuro rostro, ojos penetrantes como leznas y al mismo tiempo mortalmente cansados. ¿Y qué deseaba decirle? ¿América del Norte? ¿América del Sur? ¿Vivía él aún? No, no vivía, y aquellos ojos le daban a Felicia un frío de muerte.

Siempre se alegraba cuando volvía su abuela.

Algunas veces, la *bibi* llevaba «joyería». Una vez le presentó a Felicia un paño doblado y lo abrió solemnemente. Contenía perlas.

Felicia, a la que por lo general no le interesaban las joyas, sintió el repentino deseo de poseer aquellas perlas; la fascinaban su suavidad, su redondez y su brillo. Se sobresaltó cuando su abuela le quitó el paño de las manos bruscamente y se lo devolvió a la *bibi*.

—¡Llévate esas perlas del mar, y cuéntalas para comprobar que no falta ninguna!

—Sí —dijo la *bibi*, pero no las contó, sino que siguió mirando intensamente a Felicia—. Son muy bellas —dijo con suavidad, casi sin mover los labios, y señaló el cuello—. Son bellas para llevarlas en un collar. A los caballeros les gusta que las señoras...

—Sí, preciosas —cortó la abuela—, pero envuélvelas en seguida y, de ahora en adelante, no vuelvas a traer perlas a esta casa. *Bibi*, ¡no olvides que al Pequeño Jardín no se traen perlas del mar!

Aquel día todo resultó muy extraño. Por primera vez, Felicia tuvo la sensación de que su abuela era una metomentodo. Ella, Felicia, ya no era ninguna niña, y además llevaba el peso del trabajo más duro. Ganaban mucho dinero, y si se quería comprar unas perlas para un collar, ¿por qué había de impedírselo?

Aquella noche, cuando se quedaron a solas, la abuela volvió a sacar el tema:

—Las perlas del mar son lágrimas; no lo olvides, nieta. (¿Por qué insistía en decir *perlas del mar*? ¿Acaso había perlas que no fueran del mar?).

—No creo en esas cosas —replicó Felicia secamente. Su voz era en ese momento como la de su madre, dura y cortante.

—Ya lo sé, nieta.

—A ti te gusta el incienso árabe y lo compras... ¡También son lágrimas! Por lo menos, eso me has dicho.

La anciana rompió a reír.

—No seas tonta, nietecita; las perlas del mar son lágrimas que derramaremos nosotras mismas, y el incienso, lágrimas que vertió por nosotros, hace muchísimo tiempo, el profeta Mahoma..., según dicen. No es lo mismo.

Durante la siguiente visita de la *bibi* —que esta vez tardó mucho— se repitió aquello. Cuando la *bibi* se quedó a solas con Felicia, le dio una caja de hojas de palmera entretejidas, y en ella había una sarta de cuentas. Felicia no había visto nunca cuentas de collar como aquellas. No eran de cristal ni de metal, ni tampoco de jade; por lo menos, eso creía ella. Más bien parecían de piedra o de barro cocido. Eran opacas y de unos colores misteriosamente atractivos: naranja, ocre, marrón dorado, y algunas tenían pintas negras. Su tonalidad era, por decirlo así, melancólica, como si aquella cajita de palma encerrase algo del otoño, algo del pasado y de la muerte.

Felicia las miraba conteniendo la respiración.

—Son preciosas —dijo la *bibi* en el mismo tono monocorde de la otra vez con las perlas.

—Sí —dijo Felicia, y miró a su alrededor para ver por dónde andaba su abuela—. Sí, quiero comprarte unas cuantas. ¿Cuánto cuestan?

—Son muy caras —respondió la *bibi* con un hilo de voz, pero no dijo el precio.

Ya era demasiado tarde, porque la abuela acababa de volver, y como la vez que le quitó las perlas a Felicia, también ahora le arrancó la cajita, la cerró con un movimiento brusco y se la devolvió a la *bibi*.

—Desde luego, son muy caras —dijo—. Por lo que hoy cuestan dos de ellas, antes se podía comprar un ser humano, ¿verdad, *bibi*?

La *bibi* no respondió, y la abuela prosiguió:

—¿Así que no has sido capaz de recordar que no debías volver a traer perlas al Pequeño Jardín?

Aquella última palabra arrancó a Felicia de los pensamientos en que flotaba.

—¡Perlas! ¡De modo que son perlas! —Miraba furiosa a su abuela.

—¿Son perlas, *bibi*? —preguntó la abuela.

—Sí, pero de las otras, perlas de la tierra —murmuró la *bibi* con voz apenas perceptible. Y se quedó mirando el suelo fijamente.

Felicia se levantó de un brinco, empujó su silla y se marchó sin decir ni una palabra. Estuvo dando vueltas en torno a la casa y por el bosque, se sentó en el borde de la cisterna y se puso a llorar, ella que nunca lloraba... La verdad es que ¿hay algo por lo que merezca la pena llorar? Felicia no quería llorar... Él estaba allá..., ¿dónde? ..., y ella aquí, y era ya el otoño y la vida se iba...

Unos días después, cuando se hallaban las dos sentadas en la playa, dijo la abuela de un modo muy peculiar suyo:

—Fue una lástima que el otro día olvidaras despedirte de la *bibi*. Ahora se nos ha ofendido. ¿Te gustaban las cuentas? Te diré que las sacan de las tumbas antiguas, y por eso las llaman *perlas de la tierra*, no del mar... Son las perlas que no deben existir. Fueron enterradas con alguien y para siempre. No es que traigan forzosamente mala suerte, no, no; incluso hay gente que dice todo lo contrario, y a muchos les gusta poseerlas por lo bonitas que son... A ti también, ¿verdad, nieta? Pero sabiendo ya que estuvieron enterradas con alguien es posible que no lo olvides. Las perlas del mar deben estar en el mar, y las perlas de la tierra deben permanecer en la tierra. Mejor es dejarlo así.

Felicia no sabía qué contestar. Decía «Sí, sí» mecánicamente.

Y otra vez, mucho más adelante, cuando Himpies iba a cumplir los siete años y empezaría a ir a la escuela, volvió a ocurrir aquello, pero esta vez con las sartas de conchas. Fue el final de la *bibi*.

Felicia y su abuela habían estado trabajando en el jardín y olvidaron que la *bibi* llegaba aquella mañana. De pronto, la abuela se acordó y gritó:

—¡Ve tú corriendo! ¡Yo iré en seguida!

Y en efecto, allí estaba ya la *bibi*. No se había sentado en el diván, sino en el borde de la galería lateral, junto a la columna donde solía recostarse la abuela por las noches. Las piernas le colgaban sobre el jardín. La acompañaban los dos niños.

Himpies se hallaba junto a ella, casi echado en su regazo, y la mujer le estaba enseñando las cosas de su cesta. Encima de todo relucía una sarta de conchas blancas, conchas de porcelana.

Himpies había sacado ya otras sartas parecidas y se las había puesto para adornarse, y una la tenía enrollada al cuello, con varias vueltas; otra, enroscada en el brazo, del hombro a la muñeca: y sostenía otra más, la tercera, en las palmas de las manos. La larga sarta blanca le llegaba casi hasta el suelo por ambos lados, formando un arco. El niño llevaba solo una camisa blanca, corta, y pantalones cortos, también blancos. En realidad, eran unos calzoncillos. Himpies estaba muy tostado por el sol, con un color no precisamente moreno, sino entre castaño claro y dorado. Tenía el cabello de un rubio casi amarillo, demasiado largo y peinado liso, hacia abajo, como el de un paje.

Estaba completamente inmóvil y silencioso, con los ojos muy abiertos, y se hallaba a la vez asustado y muy contento. Lo fascinaba el esplendoroso brillo de las sartas de conchas en que se envolvía.

A su lado, la *bibi*, inclinada hacia él, le repetía en voz muy baja: «¡Qué bonito, qué bonito, qué bonito!». Detrás de Himpies, su amigo Domingoes, con un traje azul oscuro, contemplaba aquella maravilla y lo llamaba de vez en cuando: «Déjalo, Himpies, déjalo». Todo ello con un fondo de enormes árboles verdes y el espejear azul de la bahía llena de sol.

Felicia no oyó llegar a su abuela, que se encontraba ahora detrás de la *bibi* con sus zapatillas viejas de andar por el jardín, su arrugado sarong y su chaqueta, Parecía

muy cansada, estaba muy pálida y miraba, como Felicia, al niño engalanado.

—¡Himpies, quítate eso en seguida! No es tuyo. Debes devolvérselo ahora mismo a la... a la buhonera. —Pronunciaba cada palabra como subrayándolas, y llamó buhonera a la *bibi*.

Esta había seguido sentada dando la espalda a la abuela, y sin decir ni una palabra, aceptó las sartas que le devolvía el niño tan a disgusto. La abuela dio unas palmadas y gritó: «¡Sjeba!». Sjeba, alta, delgada y mal vestida, llegó corriendo. Se dirigió hacia los niños e hizo como si no hubiese visto a la *bibi*.

—¡Llévate a los niños, Sjeba! Y que Himpies se lave bien las manos. ¡Que se las frote con jabón!

—Sí, sí, vieja ama —dijo Sjeba con frialdad.

—Cuídate de que los remeros y el timonel coman algo y diles que cuando hayan descansado pueden llevarse a... Pueden llevársela.

Esta vez ni siquiera la llamó buhonera.

—Lo haré, ama, lo haré —dijo Sjeba mientras se llevaba a Himpies y Domingoes, cada uno de una mano. Himpies volvió la cabeza una vez.

Cuando desaparecieron, la *bibi* se volvió hacia la abuela, pero siguió sentada con la cesta en el regazo.

—Al niño le gustaban las conchas —dijo con una voz dulzona en la que se ocultaba una amenaza—: quería jugar con ellas, y además la madre lo vio y no dijo nada.

La abuela la interrumpió irritada:

—El niño es todavía muy pequeño y no tiene juicio, y la madre también es joven aún, y le falta sensatez, pero tú y yo somos viejas y los años nos han hecho sensatas. Sabemos, porque nos lo han enseñado, ¿o vas a decirme que estoy equivocada?, sabemos que esas son las sartas de conchas que se ponen los salvajes alifuras de la Montaña de Ceram cuando van a cazar cabezas de otros hombres, cuando acechan detrás de los árboles para disparar sus flechas, cuando se derrama tanta sangre... —Avanzó otro paso hacia la *bibi*—. ¡Y te atreves a traer aquí esas sartas, al Pequeño Jardín, a mí, que soy cristiana, a nuestros niños, que son niños cristianos que no le han hecho daño a nadie...! ¡Tú y yo sabemos muy bien, porque nos lo han enseñado, que hay un sitio para cada uno! ¿O aún no lo sabes? ¿Acaso no te lo han enseñado?

La *bibi* puso la cesta en el suelo, a su lado, y se levantó. Volvió la cabeza hacia la abuela y, extendiendo ambas manos, dijo:

—Imploro tu perdón, señora.

—Es mejor que se lo pidas a los alifuras de la montaña de Ceram, y también a mi nieto —replicó la abuela.

Pero, tranquilizándose, invitó a la *bibi* a sentarse de nuevo, le llevó café y pasteles y, tras sacar su monedero, le dejó cinco florines en la mesa:

—Toma. Así no perderás el día. Yo estoy muy cansada y me voy a la cama. —Vaciló un momento y añadió—: Es una lástima que vayas a hacer un viaje tan largo,

bibi, porque no podremos volver a verte por el Pequeño Jardín.

La *bibi* captó en seguida la intención de esas palabras y gimió:

—Sí, ¡qué viaje tan largo! Solo Alá sabe si regresaré alguna vez de tan lejos.

La abuela no dejaba de mirarla. ¿Se despediría de ella como siempre, después de tantos años? ¿Le daría la mano? Movi6 la cabeza lentamente y se dirigi6 a su habitaci6n despu6s de decirle a Felicia:

—Nieta, ¿quieres venir conmigo para ayudarme? —Era la primera vez que se lo pedía.

Felicia sali6 con ella dándole el brazo. La *bibi* se qued6 sola en la galería lateral, se bebi6 el caf6 y se comi6 los dulces, guard6 el dinero, recogió la cesta del suelo, descendió por las escaleras y fue hacia la playa, donde se embarc6 en el prao. Los remeros llegaron poco despu6s, así como el timonel, que empuj6 la embarcaci6n.

Mientras se alejaban, alguien dio una campanada, una sola, con la campana de los esclavos, y el sonido dur6 un buen rato sobre la bahía interior... ¡Sjeba!

Luego se produjo otro ruido: el de porcelana rota. La fuente, el platillo y la taza.

—¡Ella no bebe con nuestras cosas ni nosotros con las suyas! —anunci6 Sjeba, apareciendo un instante por el quicio de la puerta para volverse a marchar como una exhalaci6n.

Felicia mir6 a su abuela para ver su reacci6n; normalmente era muy cuidadosa con sus cosas. La vieja qued6 pensativa un momento y luego dijo:

—Esta Sjeba es una gran persona, nieta.

Himpies

I

Así que la *bibi* no volvería más al Pequeño Jardín con las perlas del mar y de la tierra, los perfumes de la «Arabia feliz» ni las lágrimas congeladas de sus profetas.

El viejo orfebre abandonó también aquel lugar; su joven esposa se encontraba muy a disgusto allí, y por fin se salió con la suya. El orfebre se llevó su brasero, sus fuelles y sus moldes: una granada, una cabeza y una cola de caracol..., y también se llevó a su hijito Domingoes.

Himpies vertió sus primeras lágrimas de verdad.

La abuela decidió que había llegado el momento de interrumpir la venta de «las otras cosas»: medicinas, perfumes, bolas de ámbar... Podrían seguir fabricando pulseras contra el reuma, pero sin adornos de oro (a fin de cuentas, el oro no es tan bueno para el reumatismo) y enviarlas directamente a quienes las encargasen por carta. En cuanto a los productos de la finca, solo venderían a los dos hoteles y al hospital militar: leche, huevos, frutas y verduras, pero nada de escabeches ni de salsas de almejas. «Y así, nieta, dejaremos de ser unas mercachifles y no podrán meterse con Himpies en la escuela por ese motivo».

Y por fin llegó la carta, la única carta. Es decir, la esperada.

La había escrito el padre de Felicia: el asesor jurídico de la madre había reanudado sus investigaciones y había dado con una pista, que lo condujo... no a América, sino al Sur de Francia, al otro lado de Marsella, al lado barato, cerca de España. Al díscolo marido no pudo encontrarlo por la sencilla razón de que se había muerto varios años antes. Murió de pulmonía. Según contó la dueña de la pensión donde estuvo alojado, al principio había tenido algún dinero, pero se le acabó en seguida. No parecía que hubiera sido feliz en su soledad. Un certificado de defunción acompañaba la carta, en un pico de la cual escribió el padre con mayúsculas: «R. I. P.».

Felicia y su abuela estaban sentadas juntas en el diván, en la galería lateral, abriendo el correo: treinta ejemplares, los de todo un mes, del diario javanés *Locomotieve*; dos de la revista holandesa de modas *Gracieuse*, y varias cartas con pedidos de pulseras.

Felicia había leído la carta. De modo que no estaba tan lejos: ni en América del Norte ni en América del Sur; a la vuelta de la esquina, como quien dice... Y, sin embargo, suficientemente lejos, con el carbúnculo en su poder y sin haber conocido a su hijo; pero a pesar de todo, estuvo solo y no fue feliz... Miró las tres letras: «R. I. P.»... ¿Significaba aquello que su padre también le tenía cariño? Tendría que enseñarle la carta a la abuela, o decirle... No, no podría. Le resultaría insoportable oírle decir: «Qué lástima, nieta», o «Quizá sea mejor así; ahora, cuando le pregunten

a Himpies por su padre en la escuela, no tendrá que mentir», o bien «Himpies no se entristecerá mucho; no olvides que no llegó a conocerlo», o quizá (no lo diría pero lo pensaría). «¿Y quién tiene la culpa? ¿Acaso tu madre, con todo su dinero...?». O a lo mejor decía: «Bueno, bueno, ya terminó todo, y para él también. Lo importante es que sigamos conservando nuestro orgullo, nieta»... ¡No, no podía darle esa noticia!

Sin embargo, era inevitable que su abuela se enterase. ¿Qué sentido tendría ocultárselo? Y Felicia tendió la carta a la anciana.

La abuela sacó los dos papeles del sobre y los leyó: la nota de «mi hijo Willem» (pues la misiva no pasaba de ser una breve nota), el certificado de defunción y otra vez la nota. Volvió a colocar los papeles en el sobre y se lo dio a Felicia. Estuvo inmóvil un momento; luego empezó a mover la cabeza, mirando no a su nieta, sino al vacío, con los ojos tan cansados como los de la *bibi*, afuera: los árboles, la bahía interior, el cielo... Todo. El mundo. Por fin dijo:

—Sí..., sí, nieta. —Y nada más.

Aquello era peor aún que todo lo que esperaba Felicia.

A la semana siguiente, llevó a Himpies a la ciudad de la bahía exterior, a la casa del maestro donde había de alojarse. Los sábados por la tarde podría ir al Pequeño Jardín en el prao de la leche y regresar el lunes por la mañana.

En la ciudad de la bahía exterior habían dejado de llamarla señorita y la llamaban «la señora del Pequeño Jardín», como si se hubiera convertido en una persona diferente. Y en realidad era diferente, ahora que su marido había muerto y su hijo no vivía con ella en su casa.

Todo cambió: ya nada «tiraba» de ella. No tenía posibilidad ni le cabía elección. En todo se limitaba al aquí y ahora, excepto en una cosa: se preocuparía de que su hijo Himpies adquiriese una buena educación y una cultura, le daría armas para luchar contra las dificultades de la vida; le daría botas y espuelas, un casco y un escudo. ¡Magnífico escudo será siempre el dinero!

Así que en vez de darse ahora una vida más reposada, emprendió toda clase de negocios. Encargó ganado de Bali y semillas de los mejores sitios, pidió consejos al Servicio Agrícola del Gobierno, plantó nuevos frutales y hortalizas, y también cultivó las flores con más esmero y profusión. Incluso intentó sacar arroz, pero no lo consiguió. Y entonces empezó a plantar cocoteros en los montes y eso sí que le dio un resultado estupendo.

La abuela protestaba. Ayudaba a Felicia en lo que podía, pero hablaba muy poco. Los criados —su número aumentaba constantemente en el Jardín— gruñían ante aquel torbellino de actividad. Sobre todo Sjeba, que había tomado la costumbre de quedarse mirando al vacío cada vez que Felicia le mandaba hacer algo nuevo y, frunciendo el entrecejo, decía, arrastrando mucho las palabras: «¿Pooor quéee?».

Además, Felicia se ocupaba cada vez más de su hijo. Entre semana iba a la ciudad para recoger al niño a la salida de la escuela y le preguntaba por lo que había aprendido.

Pero no bastaba solo con la escuela. Felicia seguía practicando muchas horas en el piano para hallarse en condiciones de enseñar bien a su hijo; cantaba con él acompañándose del piano y quería que aprendiese a tocar la flauta de bambú.

Encargó libros para que los leyera el chico y le contaba todas las historias que ella sabía y, por supuesto, todo lo que se refería a la isla.

En la ciudad, Himpies la acompañaba cuando visitaba al francés que tenía la colección de mariposas e insectos: bandejas y bandejas de brillantes colores.

Y también al viejo recluso que poseía la mejor colección de coral de las Molucas, y que también hacía paisajes con el coral, imitando rocas, bosques extraños, huesos blancos de animales y todo lo que deja el agua en la playa. No le gustaba enseñarle aquello a nadie, pero si la señora del Pequeño Jardín insistía...

Además, Himpies tendría la mejor colección, la más bella, de conchas de las Molucas. Y a esto iba a contribuir la *bibi*.

Un día, el timonel del prao llevó una concha envuelta en un paño y dijo que era «de parte de la *bibi*, un regalo para el niño Himpies, para pedirle perdón».

La abuela la tenía en la mano sin saber qué hacer, pues Himpies no estaba allí, pero cuando Felicia la vio, exclamó:

—¡Abuela, creo que es el arpa de Amoret!

O sea, una pieza rarísima, más rara aun que el doble corazón de Venus, e inmediatamente consultó Felicia en el libro del señor Rumphius. En efecto, era el arpa de Amoret.

—¿Qué hacemos con ella? —dijo la abuela.

—¿Hacer? —se extrañó Felicia—. ¿Qué podemos hacer, sino guardarla en el cajón del armario de Himpies?

—No estoy tan segura, nieta —dijo la abuela.

Quería que por lo menos se enterase Felicia de lo que valía la concha, y esto no era difícil, pues en aquellos días siempre estaba comprando y vendiendo conchas.

El arpa de Amoret era una concha muy cara.

La abuela envolvió dinero en un papel, lo puso en una caja, con unos tarros de fruta confitada, se la dio al timonel y le encargó que se la entregase a la *bibi* como muestra de su agradecimiento por el regalo. Pero no la invitó a que volviera al Jardín.

Y así, el arpa de Amoret ocupó su sitio en el cajón de arriba. En cuanto les llegaba una concha nueva, miraban inmediatamente en el libro del señor Rumphius de qué orden, familia, género y especie era. Los nombres latinos eran demasiado difíciles, pero Felicia pensaba que su hijo podría aprenderse de memoria los nombres en neerlandés. De vez en cuando, siempre en domingo, abría los cajones y le hacía repasar la colección. Este repetía los nombres de cada objeto como si estuviese recitando una lección. Y cuando se equivocaba, Felicia se enfadaba mucho. Una vez compró una conchita llamada *Cenicienta*, y para que Himpies pudiera recordarla inventó una historia en la que salían a relucir todos los demás nombres. Por lo menos había un centenar de ellos. Empezaba así: «Una vez salió *Cenicienta* en busca de su

príncipe. Un *burro blanco* esperaba para llevarla, porque ella no conocía el camino. La acompañaba toda clase de animales y pájaros. Delante iban un *tigre blanco* y un *tigre amarillo* para abrir camino; luego, *escorpiones* y *ciempiés*, y también *pequeñas serpientes*. Y en torno a la cabeza de *Cenicienta* revoloteaban *palomas* y *perdices...*».

Y así continuaba Felicia con una larga lista de conchas, todas las cuales tenían nombres de animales y pájaros.

«Y *Cenicienta* encontró el *entierro de un príncipe* —proseguía—, pero afortunadamente no era a su príncipe a quien enterraban».

«Al cabo de cierto tiempo encontró a su príncipe, e hicieron juntos el viaje de regreso. Pero primero intercambiaron regalos: ella le dio un *diente de elefante* y un *ónice marino*, y él le dio el *doble corazón de Venus*. *Cenicienta* llevaba un *manto real*, y el príncipe, una *corona verde*».

»Y no quisieron vivir en una casa —añadía Felicia—, sino en una torre. La llamaban la *torre de Bra*».

La propia Felicia disfrutaba contando ese cuento, y señalaba las diferentes conchas conforme las iba nombrando. Y al terminar veía como se miraban la bisabuela y el biznieto y cómo se sonreían sin decir nada por lo pronto. Les gustaba que Felicia se complaciese en aquello, que se apasionara por las conchas y sus rarísimos nombres... Entonces comprendió Felicia que en el futuro debería dejar solo a su hijo.

Era un muchacho muy obediente y siempre dispuesto a dar gusto. Los lunes por la mañana se marchaba a la escuela de la ciudad sin rezongar, ya que en el Pequeño Jardín no había, claro está, ninguna escuela, y un niño tenía que aprender en alguna parte. Himpies estudiaba, aunque no en exceso; solamente lo necesario. Y no quería aprender las demás cosas. ¿Para qué iba a servirle estudiar piano, tocar la flauta y cantar?

Tampoco le gustaba que le leyesen ni que le enseñaran animales disecados, ni paisajes de coral, ni conchas. ¿Cómo demonios iba a recordar todos aquellos nombres tan raros? Si le gustaba el armarito de las curiosidades era porque pertenecía al Jardín, y a él le encantaba cuanto se refiriese al Jardín.

Lo quería a su manera, sin grandes historias, tal como era y como había sido durante siete años para los dos niños, Domingoes y él. Nunca lo habían visto pensando que era bello, ni se dieron cuenta de su terrible lejanía e impresionante calma, ni percibieron el miedo que latía en el Jardín. Juntos no habían sentido miedo nunca.

No creían en el horrible Leviatán; hasta les pedían siempre a los pescadores de coral que les buscasen otro. Por supuesto, los pescadores no les hicieron caso, porque les habría costado mucho trabajo encontrar uno nuevo y no sabían qué podría pagarles por ello la vieja. Además, seguro que dos conchas de aquel tamaño juntas atraerían los rayos.

Los dos chicos ayudaban a montar y pintar el enanito de la palmera —con una

espina fresca de rota atravesándole el cuerpo—, y cuando fueron mayores siempre eran ellos los que lo subían al árbol. Nada más emocionante que subirse a un árbol muy alto por una escala de rota y permanecer ocultos entre el follaje horas y horas.

Tampoco los asustaban las historias que contaba el hombre del cabello azul sobre su hijo: el asalto a una fortaleza, el retumbar de los fusiles (el hombre imitaba muy bien los disparos), el combate, las heridas, la muerte... A su hijo lo estaban hiriendo siempre; caía herido de gravedad, derramando mucha sangre..., pero nunca se moría.

Los chicos estaban familiarizados con la muerte.

Tenían en el bosque su cementerio particular, donde enterraban a los animales que se les morían: una tortuga herida que tuvieron mucho tiempo en un barreño lleno de agua marina y que les mordía los dedos cuando le daban de comer; un cervatillo; un joven casuario que los seguía a todas partes cuando golpeaban el suelo con el pie, como hacen las hembras de estas grandes aves para llamar a sus polluelos; y muchas ardillas y aves... El loro negro de la pata rota se hallaba enterrado en un mausoleo especial, en el centro del cementerio.

Todos los días pasaban junto a las tumbas de las tres niñas, en el lindero del bosque. Estaban perfectamente enterados de su historia pero no le daban gran importancia. Sabían que cuando alguien toma veneno, recibe una cuchillada, o le pegan un tiro o un flechazo con buena puntería, se muere, o es asesinado o como quiera que se diga... En fin, son cosas que pasan.

También sabían en qué consistían los entierros.

Uno de aquellos años, los viejos Sara y Elías murieron con unas horas de diferencia, y era de noche. Los lavaron, los vistieron con sus mejores ropas y los colocaron en los ataúdes en los que la abuela puso hierbas aromáticas, palo de alcanfor y sándalo salpicados con aceite aromático, y regaló algunas de sus mejores sábanas para cubrir a los muertos. Cuando ya estuvieron bien amortajados, la abuela hizo llamar a la familia de los difuntos, así como al maestro de escuela, para que dirigiese los rezos. Cantaron salmos, aunque es probable que hubieran preferido cantar el viejo lamento de las cien cosas («¡Oh, alma!»), y de vez en cuando gritaban: «e-e-e-e». Pero, como dijo el maestro, lo que el Señor nos da, el Señor nos lo quita. Himpies y Domingoes no vieron esa parte de la ceremonia. Luego asistieron a la preparación de los praos a la luz de las antorchas y a la colocación de los ataúdes en el prao de gala, debajo del pequeño techo sobre el cual se sentaban los que tocaban el gong. En la playa esperaban grandes praos alados para toda la gente que quisiera formar parte del cortejo. Ya no estaban permitidos los entierros en el Jardín; había que utilizar uno de los cementerios próximos a la ciudad, en la bahía exterior.

Esperaron el amanecer, no la salida del sol; el cielo estaba gris; también era este el color, aunque en un tono más suave, de la bahía interior, y los árboles parecían aún más oscuros con su denso follaje humedecido. Entonces, una pequeña procesión de mujeres salió de entre los árboles y avanzó hacia la playa. Todas ellas vestían las mismas faldas negras plisadas y las mismas chaquetas de manga larga. Cada una

llevaba en una mano la pequeña Biblia y el gran pañuelo almidonado, y en la otra, las babuchas de los domingos, con las puntas curvadas hacia arriba, ya que no debían mojarse cuando se embarcaran en los praos.

Delante iba Sjeba, la nuera. Había otras mujeres como ella, altas y huesudas. Todas caminaban lentamente y con gran dignidad como si, además del Libro, las zapatillas y el pañuelo, llevasen algo más en las manos: quizás el secreto de la vida y de la muerte. En cuanto embarcaron en los praos, estos zarparon. El de gala, con los muertos, precedía a los otros. El gong batía a un ritmo lento, y los tambores sonaban apagados, lo suficiente para que los remeros acompasaran sus esfuerzos. El timonel los dirigía, de pie en la popa, erguido y solemne.

La abuela se quedó en el Jardín con los dos niños. Primero se quedó un rato en la playa observando cómo se alejaban las embarcaciones por la bahía interior. Lloró un momento, se secó los ojos y dijo: «¡Adiós, buen viaje!». Se lo decía a los muertos. Luego se volvió hacia los niños y les ordenó que se despidiesen como ella. Y los niños repitieron sus palabras.

Después caminó hasta la campana de los esclavos. No tiró de la cuerda, sino que se fue a la cocina a buscar un mazo, lo envolvió en un trapo y golpeó el bronce con él, lenta y regularmente. Parecía una campana de iglesia. Los niños, muy quietos, estaban a su lado. Y durante todo aquel día, Himpies y Domingoes acompañaron a la abuela por donde quiera que fue, y no anduvieron por ahí de correrías como solían hacerlo.

Pero si en aquellos días los dos chicos estaban siempre juntos en el Pequeño Jardín, ahora Himpies se había quedado sin amigo.

Domingoes iba a otra escuela de la ciudad, y al principio, alguna que otra vez, pasaba el fin de semana en el Jardín, pero el orfebre y su joven esposa se mudaron aún más lejos, a la isla de la que procedían, que nadie sabía donde se encontraba.

Más adelante, varios niños holandeses que iban a la escuela con Himpies pasaron fines de semana en el Jardín, pero no resultó muy acogedor con los chicos nuevos. Se quemaban la piel con el sol, se caían de los árboles, se arañaban los pies con el coral, y uno de ellos pisó un erizo de mar.

Himpies los trataba muy bien, pero no le importaba mucho que fueran con él al Pequeño Jardín o no y, al cabo de poco tiempo, dejaron de ir.

Aprendió a estar solo en el Jardín. A veces se quedaba inmóvil de pronto, con los ojos muy abiertos, y no hacía más que contemplar el Jardín y admirarse de lo hermoso que era. Himpies empezaba a ver las cosas separadamente, aprendía a apreciarlas una a una: un árbol, una roca, una flor, una concha de la playa, un pájaro... A veces lo asustaba estar solo, pero tampoco demasiado. Solo un poquito. Desde luego, no sabía qué le causaba miedo.

Después empezó a hablar con los adultos y a observarlos, y a todos les gustaba mucho tener al chico tan cerca y que Himpies les hablara y los mirara. Y estos adultos eran los aldeanos que vivían a la otra orilla del río, los criados del Jardín, su

otra madre, Sjeba, la bisabuela, y también su madre, Felicia. Con esta no sostenía largas conversaciones. Se querían mucho, pero el muchacho no podía resistir la vehemencia de su madre y la facilidad con que se irritaba. Ya entonces, cuando aún estaba en la escuela elemental, empezó a decir lo que luego diría con tanta frecuencia: «Sin lugar a dudas, señora Pequeño Jardín», y la miraba sonriente, pero ella nunca hacía comentario ninguno.

Cuando terminó los estudios primarios, Felicia lo envió a Java, a un instituto de enseñanza secundaria de Surabaya. Allí volvió a alojarse en casa de un profesor. Una vez al año, durante las vacaciones de verano, pasaba varias semanas en su casa. El viaje era largo y caro.

Al terminar el tercer año, Felicia decidió que aquello era una tontería y que sería muy preferible enviarlo a Holanda, para que cursara allí los dos años de bachillerato que le quedaban. Así podría entablar amistades con sus futuros compañeros de universidad.

Himpies la miró y le preguntó:

—¿Cuánto tiempo?

—¿Quieres decir que cuánto tiempo pasarás en Holanda? ¡Mucho! Dos años que te faltan de bachillerato, o quizá tres, porque siempre pierdes tiempo cuando cambias de sitio. Luego, seis años para hacerte médico, suponiendo que te esfuerces mucho; después, uno o dos años en una universidad francesa o alemana, para especializarte... Es mejor que lo hagas todo seguido, y así te convertirás en un hombre de provecho y ya podrás moverte por el mundo. —Y Felicia resumió, sin compasión por los sentimientos de su hijo ni por los suyos propios—: Tres más seis más dos..., once... Sí, once años.

—No —dijo el muchacho—. Es imposible. Once años son demasiado tiempo.

—¡Demasiado tiempo! ¿Te parecen demasiados once años para aprender una profesión digna de ti? ¿Qué quieres, entonces? ¿Tanto te molestan los estudios? Ya sé que preferirías quedarte en el Pequeño Jardín haciendo el vago, convertirte en un nativo, andar siempre por ahí en pijama y vender huevos y leche, y las especias que ya nadie quiere. Luego te casarías con una mujer con dinero. —Estuvo a punto de decir «con dinero del azúcar»—. O si no, te las arreglarías con un plato de sagú y un poco de pescado frito... ¿Es a eso a todo lo que aspiras?

—Nosotros no vivimos a base de sagú y pescado frito.

Entonces Felicia le explicó la manera en que habían ganado el dinero, sobre todo al principio, haciendo de mercachifles con las «otras cosas» en el barrio chino y en el árabe. Se lo contó todo.

—Y ten presente —añadió— que si esa gente compra las pulseras contra el reumatismo es porque sabe que las hace la abuela. El día que ella nos deje, puedes tener la seguridad de que a mí no me comprarán ni una sola... ¡Demasiado tiempo! ¿Qué quieres decir con eso? Eres todavía muy joven, Himpies, para que te asuste el tiempo.

El muchacho miraba a su alrededor como si estuviese buscando algo; no sabía qué decir. Y, por fin:

—Es que no volveré a ver a mi bisabuela.

—Claro que no —replicó su madre—. Tiene más de ochenta años, y eso es demasiado para los trópicos. —Luego, suavizando el tono de voz, añadió—: Todos nos morimos, Himpies, y en este mundo recibimos únicamente lo que hemos dado.

Himpies volvió a mirarla fijamente:

—¿Y tú? ¿Y mamá Sjeba? ¿Y todos los demás? ¿Y el Pequeño Jardín?

—¡Hombre, debes suponer que nosotros duraremos un poco más! Por lo menos, el Pequeño Jardín seguirá aquí, ten la seguridad.

El muchacho sonrió vagamente.

—Sin lugar a dudas, señora Pequeño Jardín. —Pero sus ojos oscuros de brillantes destellos miraban ya a lo lejos.

II

Cuando Himpies llevaba ya dos años en Holanda, murió la abuela. No es que se hubiera puesto muy enferma, pero en los últimos tiempos parecía haber perdido todas sus convicciones.

Por ejemplo, no había vuelto a usar la palabra orgullo. Una vez le dijo a Felicia:

—Cuando me muera, cambiarás de sitio todo lo que está en el cajón especial, pero sin los pequeños centinelas. De todos modos, se te olvidaría renovarlos como hago yo, porque tú no crees en ellos.

—¿Acaso crees tú? —dijo riéndose la nieta.

—No estoy segura. No debes olvidar que me he pasado muchísimos años sola en el Jardín, sola con mis criados. Sara era amiga mía; ella creía en los centinelas, y yo... a mí, por lo menos, me gustaba creer en ellos.

Echaba de menos al chico y a veces preguntaba por él: «¿Por qué no está aquí Himpies? ¿Dónde está Himpies? —Y luego recordaba que se encontraba en Holanda estudiando—. Le darás mi piedra de serpiente, ¡no lo olvides! Cuando la use, puede meterla en leche para extraerle el veneno... —Se interrumpía bruscamente—. ¿Acaso no crees tampoco, nieta, en la piedra de serpiente?».

A veces se inquietaba: «¿Tenemos aún bastante dinero? ¿Por qué ha de convertirse Himpies en médico militar, con uniforme?». Y no se calmaba hasta que Felicia le explicaba que todavía les quedaba suficiente dinero para que Himpies pudiese terminar los estudios de medicina sin necesidad de hacerse médico militar, como el que había en el hospital de la ciudad.

—Muy bien, nieta, no permitas que Himpies lleve uniforme.

Por última vez volvió a hablar de las tres niñas.

—No debes olvidar a las tres niñas, nieta... El olvido es mala cosa. —Murmuró

algo sobre la joven esclava y los tiempos de la esclavitud. Luego añadió—: No hace tanto como parece, nieta. Además, mi madre procedía de aquí, era una criatura de nuestra isla, quizá del mismo Pequeño Jardín, y quizá también la madre de ella... No sé... —Y se quedó moviendo la cabeza.

Uno de sus últimos días fue llamando a todos sus criados uno por uno, y también a gente del pueblo, y a cada uno le dio un recuerdo. Otro día le dijo a Felicia con el ademán de estarle entregando algo:

—El Pequeño Jardín es para ti, nieta. No es que olvide a mi hijo Willem. Quiero muchísimo a mi Willem.

Y fue nombrando a todas las personas a quienes había querido más en su vida:

—... y a mi marido, a mis padres, a mis cuatro hermanas, a ti, queridísima nieta, y a Himpies... —Parecía querer decir algo más, pero estaba muy cansada y se quedó dormida. Poco después se murió tranquilamente, durante la noche.

Se la llevaron en el alba gris. Asistieron todos. Cuando se alejaban ya los praos, Felicia recordó, demasiado tarde, que no había quedado nadie en la playa para despedirla, para desearle buen viaje y tocar la campana de los esclavos. La abuela había muerto; no podía tocar la campana en honor a sí misma. Y los niños, ¿dónde estaban?

Entonces comenzó una de las épocas más difíciles de la vida de Felicia.

La preocupaba Himpies. Vivía este en casa de un profesor que tenía una familia numerosa. También se alojaban allí otros compañeros, y Himpies no tenía tiempo. Escribía muy de tarde en tarde. A veces se le pasaban meses sin mandar ninguna carta. Vivía en la misma ciudad holandesa en la que habían vivido los padres de Felicia cuando se hundió el mercado azucarero. Por cierto, la madre de Felicia padecía muchos achaques y escribía unas cartas muy confusas, llenas de lamentaciones; el padre escribía con regularidad, pero con el mismo laconismo de siempre: el joven Willem era una excelente persona. No había que preocuparse por él. Se abriría paso en la vida. Y muchos saludos.

El Jardín seguía allí, medio sumergido en su propio verdor. Sjeba hablaba cada vez menos. Durante horas enteras, Felicia permanecía sola escuchando el bordoneante silencio, ni siquiera el viento, el mar y los árboles, sino tan solo el silencio fundido con la masa de rumores de la naturaleza como un único y aplastante silencio.

Pero le quedaban el trabajo y las ganancias. Trabajaba muchísimo y ganaba dinero en grandes cantidades. Cuando murió su madre, resultó que había mucho más dinero del que se creía. Felicia lo heredó, junto con su padre.

La gente de la bahía exterior decía: «La señora del Pequeño Jardín es rica».

Aquellos días empezó a hacer expediciones por toda la isla. En cuanto se marchaba se encontraba mejor: en un prao o, sobre todo, caminando, escalando los montes por rocas y precipicios... Nada le parecía demasiado empinado o lejano. Se bañaba y nadaba en todos los arroyos claros que cruzaba.

No iba sola. Sjeba empezaba preguntando por qué, pero acababa por acompañarla, y también varios criados mayores, uno de ellos con su fusil. A veces visitaban sitios adonde no debían ir.

En aquellas salidas empezó Felicia a buscar antigüedades: objetos raros de porcelana y loza, muebles curiosos, objetos de cristal, en fin, de todo. Llevaba medicinas, como le había enseñado su abuela, y dinero. Nunca tenía miedo. Todos la conocían: era la pequeña mujer blanca de la bahía interior, una señora un poco rechoncha con sandalias, vestida siempre con un sarong y una chaqueta sencillas. La seguían tres nativos: Sjeba, alta y desgarrada, y dos hombres de edad avanzada vestidos de negro, uno de ellos portador de la bolsa con medicinas, víveres, ropa limpia y el monedero gris con la plata, y el otro, armado con un fusil.

Así, la casa del Jardín se llenaba de cosas muy bellas: aumentaban las filas de platos de porcelana por las paredes —*famille verte* y *famille rose*—; jarras para el agua con cabezas de dragón y león; muebles negros labrados, a veces con incrustaciones...

En la habitación de los huéspedes había ahora una cama con dosel de madera negra que lucía una piña dorada en cada esquina.

Felicia no quería cambiar nada en la casa, pero acabó ampliando la salita con una arcada y una escalera que conducía hasta la amplia veranda, frente al huerto de los limones. A cada lado había una cisterna, las dos alimentadas por el arroyo del bosque; en su superficie flotaban flores de loto. La gran cisterna tuvo que quedarse como estaba.

Tuvo tiempo sobrado para estas reformas. Ni siquiera habían pasado cuatro años de los once que su hijo iba a permanecer en Holanda.

Pero cuando Himpies cursaba su primer año en la universidad, comunicó por carta a su madre que no deseaba proseguir sus estudios, pues quería ingresar en la academia militar y hacerse oficial del ejército holandés —para lo que se necesitaba poco tiempo—, y esperaba que a ella le parecería bien.

Felicia se sentó en el borde de la galería lateral con la carta en la mano y se recostó contra una columna. ¿Qué podía hacer? ¿Ir a Holanda? ¿Coger a su hijo por la mano y obligarlo a continuar la larga carrera que se negaba a seguir? ¿Podría ella abandonar el Jardín? No, porque eso sería el final de este. Felicia miraba el espacio donde había estado la vieja casa y contempló todo lo demás, toda la tristeza que parecía cubrir el Jardín con una sombra palpable.

Se puso en pie de un brinco y entró en su habitación para contestar a su hijo. Decidió decirle que hiciera lo que le pidiera el corazón, y luego le contó todos esos detalles del Pequeño Jardín que al muchacho le gustaría saber.

Felicia y Sjeba estaban bajo los plátanos de la playa. El resto de la gente de la casa se mantenía a distancia, porque todos temían un poco a la señora del Pequeño Jardín, pero no podían contener la curiosidad. Y tampoco esta vez se acordó nadie a tiempo de tocar la campana de los esclavos.

Felicia no diría «¡Ya estás aquí!» ni «¡Te he estado esperando!», como antaño había dicho la abuela. Nada pudo decir: cuando el alto y guapo desconocido del hotel de Niza, con su uniforme blanco, desembarcó del prao y se lanzó hacia ella, su corazón dejó de latir un instante.

Pero cuando estuvo más cerca ya no era el hombre de Niza, sino otro distinto, con otros ojos, con los ojos cálidos, oscuros y de brillantes destellos del chico llamado Himpies, que dijo: «¡Hola, madre, por fin he vuelto!» y la abrazó, y «Hola, madre Sjeba, veo que sigues aquí; ¡cómo me alegro de que estés todavía en el Jardín!». Y también la abrazó, y después fue saludándolos a todos, dándoles palmadas en la espalda, mirándolos, riéndose y repitiendo: «¡Ya estoy aquí otra vez!» y «¡Qué estupendo que sigas aquí!». Y así iba saludándolos a todos y riéndose, y lo quería saber todo de golpe: ¿Cómo estaba Felicia? ¿Y el Jardín? ¿Y los cocoteros? ¿Y las vacas, la leche y los huevos? «¿Cómo te las arreglas, madre?»... Y también: «Ya te dije que no volvería a ver a la bisabuela», «¿Sigues haciendo pulseras?», «¿Por qué no me dejas que te ayude?», «¿Se han muerto también los loros?», «¿Dónde voy a dormir?», «¿Cómo siguen en la aldea?», «¿Y el viejo del pelo azul? ¿Ha asaltado su hijo otra fortaleza?», «¿Dónde demonios anda Domingoes? ¡Un día de estos acabaré descubriéndolo!», «¿Duermes ahora en la habitación de la bisabuela? ¿Has cambiado algo allí?», «¿Dónde has encontrado todas estas preciosidades?».

Estaba mirando las cosas raras del armarito. Abrió el cajón de arriba, el de las conchas del cuento de la Cenicienta, e inmediatamente cogió el arpa de Amoret.

—¿Cómo se llama, que no recuerdo? La *bibi* me lo dio... Tienes que contarme otra vez lo de la Cenicienta y su príncipe, que no vivían en una casa, sino en una torre, la... No, no me lo digas, lo sé: la torre de Bra, ¿verdad?

Felicia abrió otro cajón, en el que se hallaba el «tesoro» extendido en un trozo de seda de Palembang, y Himpies preguntó:

—¿Por qué has hecho eso? ¿Dónde están los centinelas de la buena fortuna? ¿Te dio permiso la bisabuela? —Y se rio mucho. Luego preguntó—: ¿No sabe nadie adónde ha ido Domingoes? —A ratos tarareaba unos compases de la única canción malaya que conseguía recordar—. ¡Todo sigue igual! —Y se reía, echando la cabeza hacia atrás.

Fue examinándolo todo con gran curiosidad. Observó la novedad de la nueva veranda y las dos cisternas con lotos, y cuando vio la hermosa cama con las cuatro piñas doradas en el cuarto de los huéspedes, lanzó un silbido de admiración y exclamó: «¡Vaya, vaya con la señora Pequeño Jardín!», se quedó mirándola muy divertido y volvió a reírse.

Luego se calmó. Mientras merendaban juntos en la playa, a Felicia le parecía que su hijo no había cambiado mucho. Quizás estuviera un poco más eufórico que antes, aunque eso podía deberse a la emoción de la llegada. Siempre había sido muy cariñoso con todos y, a la vez, un poco introvertido, y esto último no lo había perdido. Cuando ella le preguntaba algo, el joven esperaba unos momentos, como si no la hubiera oído, y luego respondía vacilante: «Sí», o bien «Sí y no...».

—¿Por qué no has venido con tu abuelo?

—Traté de convencerlo, pero no se atrevió; quizá si hubiera podido traerse en el barco los perritos de la abuela... Madre, el abuelo es muy simpático.

—Sí —dijo Felicia.

¿Acaso no se había dado cuenta Himpies de lo abatido y abúlico que se había quedado el viejo después de pasarse la vida junto a una mujer rica y dominante, o era que su padre había sido siempre así y ella no supo verlo?

—¿Era cariñosa tu abuela contigo?

Himpies vaciló y por fin dijo:

—No mucho. Quiero decir, no tanto como el abuelo..., pero todo lo hacía con buena intención, y siempre quería comprarme cosas.

Felicia lo observaba a hurtadillas: era guapo, muy agradable, aunque quizá no tanto como parecía. Su hijo con uniforme; le sentaba bien, pero ¿por qué ese uniforme? Nunca hubo oficiales en la familia. Y de pronto recordó las palabras de su abuela: «No permitas que Himpies lleve uniforme». ¿Se lo diría? No, ya era demasiado tarde.

El joven tarareaba intentando reconstruir toda la canción pero se calló. Había recordado que su madre siempre le prohibía tararear.

—¿De manera que voy a dormir en la habitación bonita? ¿Estás segura de que debo dormir con las tres niñas coloradas?... ¿Siguen ahí?

—¡Claro, como siempre! —dijo Felicia.

Había reservado para su hijo la habitación delantera, la de las dos grandes ventanas. La cama quedaba justo enfrente, y Felicia sabía exactamente qué iba a hacer su hijo: abrir las ventanas de par en par, para poderse quedar en la cama bajo el mosquitero contemplando los árboles y la bahía interior, bajo las estrellas y la luz de la luna; se quedaría allí escuchando el rumor del mar y el roce del viento en los árboles. Desde que era niño, le resultaba insoportable dormir en una habitación cerrada y oscura.

Cuando se acostó aquella noche, seguía silbando la canción malaya.

Se llamaba «Contemplándote desde muy lejos».

¿Tan desgraciado había sido en Europa?

El subteniente von Tal y Cual pasó año y medio en la guarnición de la ciudad de la bahía exterior (se lo arregló su comandante, tan simpático). Pasaba todos los permisos que podía conseguir —casi todos los domingos— en el Pequeño Jardín; y se llevaba por turno a todos sus compañeros y a las esposas de estos.

Todos eran jóvenes y agradables. Muy agradables, según Himpies; demasiado verdes, según Felicia.

Todos la llamaban Mamá Pequeño Jardín, y pasaban mucho tiempo charlando con ella. Se lo contaban todo: la lentitud con que se ascendía, las preocupaciones monetarias, las cosas de sus niños y, a veces, que querían más a otro hombre o a otra mujer que no era el suyo o la suya; y en general, comentaban con ella todas las dificultades de esta vida, y le confesaban que no les gustaba demasiado aquella isla de las Molucas, tan lejos de la patria y con solo un barco al mes, y que añoraban mucho Holanda.

Después se bañaban en la bahía interior o en la cisterna grande, u organizaban un pícnic en la ladera del monte. Se sentaban en torno a la mesa del comedor en sillas antiguas y comían *rijsttafel* en la vajilla de porcelana *famille verte* con ribetes dorados; y junto a los cubiertos de plata, al lado de cada fuente, había una cuchara de auténtica madreperla de nautilo, con vetas irisadas rojas y verdes. Y no faltaba el pescado asado con nueces de kanari, limón y pimienta roja... ¡exquisito!

Por la noche bailaban en la nueva veranda. Cuando los limoneros estaban en flor, el aire se cargaba de un aroma intenso y dulzón. Felicia tocaba el piano, y Himpies era muy hábil para dirigir la orquesta improvisada. Había farolillos chinos en los árboles, y el Pequeño Jardín estaba muy alegre.

Cuando se cansaban de bailar, las parejas paseaban por la playa. Las mujeres llevaban abanicos, para refrescarse a sí mismas y a sus acompañantes, y para cubrirse los labios mientras murmuraban a la luz de la luna.

Luego, Felicia interpretaba a Chopin o a Schubert, nunca las canciones de la isla; nunca «La noche es demasiado larga, amor mío, y el camino, demasiado distante»; nunca «El gong llama desde lejos, desde muy lejos»; ni siquiera «Contemplándote desde la distancia».

Y había otras cosas de las que nunca hablaban Felicia ni Himpies con aquella gente nueva, por muy agradable que fuera: Martín el marinero portugués, la hija del Rajá, la Bailarina de la Concha... Ni tampoco del hombre del cabello azul, que pertenecía a Himpies y Domingoes juntos, como el Leviatán y el enanito de la palmera. Eran cosas de los niños que habían sido ellos dos y de la niña que había sido Felicia. Cuando los invitados pasaban junto a las tres tumbas del lindero del bosque, la madre y el hijo contestaban con evasivas a las preguntas: «Ah, tres niñas que murieron aquí en el Jardín hace mucho tiempo».

Y por mucho que recorriesen los bosques y los montes, ninguno de ellos habría podido encontrar, sin ayuda de Sjeba, la fuente del agua amarga.

En aquellos fines de semana se «perdían» las llaves del armarito de las cosas extrañas y de los libros del señor Rumphius. ¿Cómo iban a hablarles a estos recién llegados de la Mujer de Coral, con su vestido de flores, de la que había estado enamorado el señor Rumphius?

El mejor amigo de Himpies por aquel entonces era un joven oficial médico al que llamaban Oso, un gigante con pies como canoas y unas manazas que parecían palas, aunque de movimientos suaves. Lanzaba palabrotas a cada instante pero, para no ofender a Mamá Pequeño Jardín, cuidaba su lenguaje cuando ella estaba cerca y solo se permitía de vez en cuando algún exabrupto como «¡Que Dios se apiade de mí!» o algo por el estilo.

Este joven era muy extremado en sus simpatías y antipatías: una mujer era un ángel de los cielos, lo más exquisito del mundo o, por el contrario, una vil arpía; y un hombre era la persona más noble o un tipo miserable, sin término medio. Junto a él resultaba Himpies un poco gris aunque, si se miraban sus ojos destelleantes, se veía que siempre ardía en él un fuego interior.

En la ciudad de la bahía exterior vivía una mujer joven que nunca iba al Pequeño Jardín con los demás. Felicia no la había visto ni la vería nunca, pero oía hablar mucho de ella a los otros. Esta mujer era también esposa de un oficial, y tenía una hijita. Su marido estaba de expedición en Nueva Guinea, y eso era siempre cuestión de mucho tiempo. Mientras, ella preparaba su regreso a Holanda con la niña. Había sido un matrimonio desgraciado. El marido no quería concederle el divorcio, pero por fin consintió que se fuera a vivir con su madre y se llevara a la niña. La madre era irlandesa y vivía en una aldea perdida de Irlanda. Tenía muy poco dinero. La joven no tenía prisa por marcharse.

Oso era el que más hablaba de ella: Toinette, que así se llamaba, era todo lo bueno a la vez: un ángel de los cielos, la más exquisita de las mujeres y de una belleza incomparable, con su pelo negro y sus ojos verdes, «Ya sabe usted, es por su ascendencia irlandesa», y la niña Nettie era aún más bonita y más agradable que la madre, aunque esto pareciera imposible. «Lástima que fuese una criatura muy nerviosa —decía el doctor Oso, apenado— pero ¿qué se podía esperar con la desgracia de tener un padre semejante, el tipejo más miserable de este mundo...?». Y seguía hablando interminablemente de la madre y de la hija. «Y cuando por fin descubra ese miserable que hay otro hombre en su vida, le quitará a la niña...». Pero se interrumpió bruscamente, asustado de sus propias palabras.

Un domingo por la noche, antes de acostarse, Felicia y su hijo estaban solos en el comedor, cerca del armarito de las curiosidades. Himpies abrió el cajón de arriba, como solía hacer con frecuencia para repasar las colecciones, y preguntó a su madre si podría llevar al Pequeño Jardín a una señora conocida suya, la esposa de un oficial, para que pasara una breve temporada allí con su hija: la niña había estado enfermita... Y mientras se lo decía, Himpies miraba fijamente a su madre. Felicia no había podido nunca resistir esta mirada.

—Bueno, muy bien.

—Quizá la niña, que se llama Nettie —dijo Himpies con una sonrisa— se distraería con las conchas, y estoy seguro de que le gustaría muchísimo el cuento de la Cenicienta... ¿Querrás contárselo?

—Himpies —dijo Felicia con dureza— no te metas en una *perkara* con una mujer casada. Eso no trae más que grandes disgustos y penas para todos.

Había empleado la palabra malaya *perkara*, un término despectivo: un lío.

Himpies no respondió nada al principio. Seguía de pie junto al armarito rojo, alto y esbelto con su uniforme blanco. Se inclinó sobre el cajón, metió en él la mano y sacó una concha, no el doble corazón de Venus, sino el arpa de Amoret, y se la acercó al oído, pero era demasiado pequeña para captar el murmullo del mar, el eterno rumor del mar verde, eternamente verde. Luego volvió a colocar la concha junto a las otras y cerró el cajón.

—Sin lugar a dudas, señora Pequeño Jardín. —Solo dijo eso, pero sin sonreír ni mirarla. Y entonces se fue a acostar.

Felicia, ya en la cama, pensó: «Ahora está ahí en su cama, tan cerca de mí, contempla el paisaje por la ventana y está triste.

»Y en su cama, en la ciudad de la bahía exterior, yace la joven casada del cabello negro y los ojos verdes, y también está triste. Y habrá acostado con ella, en su misma cama, a la niña y la tendrá muy abrazada. Es posible que la niña también esté triste.

»En algún lugar de Nueva Guinea, en plena selva, estará el “tipejo miserable” de que habla Oso, el marido, en su cama de campaña. Y estará triste, ¿o es que los tipos miserables nunca se entristecen? Y aquí estoy yo, también triste en mi cama. No quiero entristecerme, porque ya ha habido bastantes penas en mi vida y soy ya demasiado vieja... ¡Y para colmo, van a vivir aquí!».

Pero no fueron: aquel jueves, el día en que zarpaba el único barco del mes en dirección a Java, desde donde se podía embarcar hacia cualquier sitio adonde se quisiera ir, se marcharon la joven casada llamada Toinette y su hija Nettie. Partieron del modo más inesperado.

Cuando Oso fue a comunicarle a Felicia la sorprendente noticia, casi estaba llorando:

—Figúrese usted, marcharse así una mujer como Toinette, como si huyera, sabiendo muy bien que todos nosotros... En fin, que todos la apoyábamos. ¡Y pensar que ni siquiera nos ha dejado una palabra escrita, ni siquiera una nota!

Felicia pensó en aquella otra nota...

—A mí tampoco me gusta que un marido o una esposa salga huyendo —dijo—, pero ¿qué podía haber hecho esa mujer? Usted mismo me dijo que el marido le habría quitado la niña si se hubiese enterado que había otro hombre. —Oso la miró con suspicacia—. Debió decirle a Himpies que se marchaba, ¿no cree usted? —añadió Felicia.

—¿Cómo quiere que yo lo sepa? —respondió Oso—. Himpies no me lo cuenta

todo.

—¿Cuánto ha durado esto? —insistió Felicia—. ¿Cree usted que han vivido juntos todo este tiempo?

Oso se enfadó:

—No sé por qué me pregunta estas cosas, Mamá Pequeño Jardín, ni qué quiere usted saber, pero no tiene más que preguntárselo a Himpies... Además, ¿cree que habría sido tan censurable?

—Si pregunto no es porque crea que es censurable, sino por saberlo —dijo Felicia.

Ambos guardaron silencio, y luego dijo Oso:

—Por lo menos hay un consuelo: el poco tiempo que duró.

Felicia no comentó estas palabras. ¡Pobre Oso! ¡Como si en estas cosas del corazón influyera algo el que duren poco!

Un rato después regresó Himpies al Jardín. No dijo nada, y Felicia tampoco.

Le había comprado un buen prao velero capaz de hacerse a la mar. Estaba atracado en un pueblo de la otra orilla del istmo, ya en el océano. Allí podrían conseguir con facilidad una tripulación. Himpies y Oso hicieron varios cruceros bastante largos hasta las otras islas, y algunas veces los acompañó Felicia, pero no muchas.

Sabía que ni la bahía ni el campo, ni una travesía por mar, podían aliviar la tristeza. ¿Hay algo que pueda aliviar la tristeza, o no cabe más solución que atravesarla muy lentamente?

Oso fue trasladado.

Y entonces enviaron a Himpies a aquella expedición, para sustituir a otro oficial que se había puesto enfermo. Era una expedición sin importancia, muy cerca, solo a Ceram. Se trataba únicamente de hacer un pequeño despliegue de fuerzas ante los alifuras de la montaña, los indígenas que estaban dando muchos disgustos a las autoridades holandesas por su exagerada afición a cortar cabezas.

V

Al regresar de su viaje a la ciudad en el prao vacío de la leche, Felicia encontró el correo, y en él, una carta de Himpies. Escribía pocas veces, pero sus cartas eran larguísimas. Hablaba de todo y de todos, y solía numerar los asuntos, como para evitar que se le olvidase algo.

Primero: ¡No te puedes imaginar a quién me he encontrado aquí! A Domingoes en persona, después de casi veinte años (en fin, señor Himpies, no es tanto tiempo como tú crees); y a veces, cosa que divierte a todos, me llama Subhimpies en vez de subteniente, pero nunca sin el *sub*.

¡Ahora es un sargento universalmente respetado!

No sabes lo simpático que está. En realidad, no creo que haya cambiado en absoluto. Es más bien serio, reservado, pero siempre lo he recordado así. Cumple espléndidamente y es muy apreciado entre los soldados, a pesar de su

severidad. Les dice: «¡Escuchad, porque el principio de todo es escuchar!». ¡Qué divertido, este Domingoes! Predica en la iglesia para las tropas indígenas. Fui una vez, y te aseguro que predica bien, aunque en plan un poco tétrico, como si fuera un profeta. No sé, puede que se deba a la solemnidad del malayo. Aquel día citaba a Isaías. Ya sabes, aquello de las islas: «Guardad silencio ante mí, oh islas; las islas lo vieron y temieron; los extremos de la Tierra se espantaron y se acercaron entre sí».

¿Lo conoces, verdad? Es un pasaje muy hermoso. Esas islas que nos unen a todos.

Segundo: De los demás de aquí, el capitán que está al mando del destacamento no es tan simpático; es un poco engreído, y ni siquiera ha olido todavía las islas. Le parece mal que un subteniente tenga amistad con un sargento porque, según dice, la familiaridad engendra falta de respeto.

El médico (simpático) hace todo lo posible por habituarse a las islas: siempre está pescando, colecciona conchas y coral, y se interesa por la magia. No es partidario de esta expedición: dice que la caza de cabezas significa para la comunidad indígena una reserva de material anímico para los jóvenes que entran en la mayoría de edad. ¿Para qué tenemos nosotros, incomprensivos occidentales, que meternos en los asuntos espirituales de los indígenas?

De todos modos, el buen doctor se enfrió un poco el otro día cuando trajimos un racimo de cabezas recién cortadas que encontramos en una aldea de la montaña. Los alifurats las habían dejado en su precipitada huida hacia un lugar aún más elevado.

Pobres cabezas, no solo de personas mayores, sino también de niños pequeños. Salen tan confiados a jugar en el campo, lejos de su aldea, y los guerreros de otro poblado, ocultos entre los árboles...

Estos guerreros son hermosos (por lo menos eso dice el doctor, que lo ha leído en un libro), con sus ornamentos rituales, desnudos, con un cinturón de corteza blanca y el cabello atado en un moño sobre un coco vacío o un pedazo de madera y adornado con plumas de ave del paraíso y, encima de este tocado, una corona de conchas blancas, relucientes conchas de porcelana blanca del tamaño de un huevo. Y llevan otra sarta alrededor del cuello, unos grandes anillos amarillos en las orejas y unos adornos de hojas verdes en los brazos y en las piernas.

Estoy dispuesto a creer que son hermosos y me gustaría ver alguno, pero yendo yo también ataviado como ellos para la guerra. Por otra parte, creo que tendríamos que curarlos de esa costumbre de cazar cabezas, tenga que ver con la magia o no.

Tercero: Volviendo al cuartel, me eternizaría si te contase cómo son nuestros hombres, así que me limitaré a un individuo que, sabe Dios por qué razón, le ha tomado un gran cariño a tu hijo Himpies.

Este hombre es, sencillamente, un asesino múltiple. Se trata de una historia complicada. Para vengarse de uno de los invitados a un banquete de bodas, logró que una mujer medio idiota echara arsénico en el café de todos. Así estaba seguro de que no se le escaparía el objeto de su venganza. Un número considerable de invitados quedó inmediatamente tieso para siempre. Se descubrió que el arsénico era suyo y, aunque tenían que haberlo colgado varias veces para que pagase tantos crímenes, decidieron que era preferible perdonarle la vida, aunque condenándolo a cadena perpetua. Ahora es un viejo arrugado, pero se conserva muy fuerte. En vez de seguir en la cárcel, está con nosotros. Sobre todo, tiene unas manos poderosas aunque, como ya te he dicho, no las empleó directamente en el envenenamiento. A veces lo miro y siento un escalofrío.

Cuando estamos en campaña me cuida de un modo conmovedor. Por su gusto, limpiaría de obstáculos toda la selva, miraría detrás de cada árbol y allanaría todos los senderos, y figúrate si habrá senderos... ¿No te sientes muy tranquila al saber que me cuida alguien así?

Cuarto: Me marché tan precipitadamente que no llegué a decirte muchas de las cosas que pensaba haberte dicho.

Desde luego, no debería haberme hecho oficial. Lo siento sobre todo por ti, ya que no te gustaba en absoluto que tu hijo fuese militar. En cuanto a mí, soy todavía muy joven, y espero que quieras ayudarme una vez más. Lo mismo le sucede a Toinette: mientras su niña sea tan pequeña, tendrá que dedicarse a cuidarla, claro está, pero Toinette es también muy joven, y quizá tengamos tiempo suficiente; quizás haya todavía posibilidades para nosotros. Me gustaría dejar el ejército y perfeccionarme en la técnica agrícola, aprender a plantar palmeras, y luego viviríamos en el Jardín los tres juntos.

Pero todo eso está aún muy lejos y no depende de mí que se acerque el momento.

Además, empleando una típica expresión de Domingoes, diré que estoy contento. Eso es lo que todos sentimos aquí, al menos por ahora: contento de vivir en nuestra comunidad, esta comunidad de hombres sin mujeres, luchadores de buena voluntad.

Y yo también estoy contento, como el que más. Contento con Domingoes en primer lugar, con los soldados, incluso con el capitán y el médico, y con mi fiel asesino; contento con esta isla, otra isla y también hermosa como la nuestra, pero muy diferente... Incluso el oleaje de este mar abierto es muy distinto del minúsculo oleaje de la bahía interior. Aún no me he acostumbrado del todo, pero me gusta quedarme dormido con ese ritmo.

Domingoes y yo estuvimos hablando de ti el otro día. Te admira muchísimo (¿se acordará de verdad o será por lo mucho y bueno que habla la gente de ti?) y se hace lenguas de lo bien que cocina la señora del Pequeño Jardín, aún mejor que su abuela; elogia a más no poder nuestro pastel de kanari y nuestras salsas de almejas, y se

maravilla de lo eficaz que eres para todo y de ese gran sentido práctico que te hace ver ante todo los hechos. En fin, que eres una persona con quien se puede contar.

Y, efectivamente, eres así. Yo en cambio soy muy diferente, madre. ¿Acaso soy un cobarde? En mi mente, todo lo veo muy relativo. Desde luego, distingo entre el bien y el mal y, a mi manera, trato de atenerme al bien, pero creo que es muy difícil evaluarlo. Y me pregunto si no deberemos aceptar todo lo que nos ocurre, la vida misma; en fin, si no deberemos aceptarlo todo, sea largo o breve, agradable o doloroso, tal como nos llega y sin pararnos a pensar en ello.

A veces pienso en la bisabuela, que decía: «Seamos orgullosos, tenemos que conservar nuestro orgullo». Tú creías que en realidad se refería a la valentía. Pues sí y no, porque es muy posible que de verdad se refiriese al orgullo. Hay algo en esa palabra que sobrepasa el sentido corriente. Y también es notable que no nos permitiese emplear la palabra feliz, lo mismo que tenían su sentido los centinelas del cajón. ¿Crees que hiciste bien al tirar los pequeños centinelas de la buena fortuna? En fin, hay tantas cosas en que pienso..., pero sería difícil hablarte de todas ellas. Cúdate, madre, que a mí me cuidan muy bien mis hombres.

Tu hijo, que te quiere mucho,

H.

P. D.: Gracias por todas las cosas que me has mandado, las salsas y todo lo demás. Lo comparto con Domingoes.

P. D. II: Nunca me habías contado la historia de las tres niñas coloradas; ¿por qué? Salúdalas de mi parte, y también a madre Sjeba y a todos los que, en mi pensamiento, forman parte del bendito Pequeño Jardín.

Felicia, sentada, leía la carta.

El sol lucía aún, pero las montañas y los bosques que bordeaban la orilla, vistos desde el prao en que ella iba, eran oscuros, silenciosos, y se silueteaban a lo lejos, de manera que la bahía interior parecía más ancha y abierta que de costumbre.

La carta la hacía feliz y a la vez la apenaba. La alegraban los elogios de su hijo y la entristecía que estuviese tan lejos.

Como a casi cada momento, también ahora pensaba en él. En ciertos aspectos, Himpies era mayor para sus años, como si estuviese ya preparado para darle a su vida, aún incompleta, todo el sentido y el valor que debía tener; para poner en su justo lugar, por ejemplo, un amor desgraciado, una profesión equivocada, las cosas que faltan, que se pierden, que fracasan... Esto era más propio de un hombre a quien la vida hubiese enseñado mucho, un hombre capaz de aprender las lecciones de la experiencia.

Y de pronto, su exclamación infantil: «¡Diré que estoy contento!...». Pero ¿era tan infantil como parecía?

Domingoes, sargento y predicador; el estirado capitán; el médico interesado por la magia; el asesino múltiple; los soldados; la descripción de un alfura de la montaña, esplendoroso con su sarta de conchas de nívea blancura; las pobres cabezas cortadas; el oleaje; el Jardín; su juventud; la mujer llamada Toinette; un tarro de salsa de almejas; las islas de Isaías... ¿Acaso todo ello junto no constituía una vida completa? La vida que no debemos examinar demasiado de cerca... El prao perdió de pronto velocidad y casi se paró.

¿Qué sucedía?

Algo se había soltado en un ala, según dijo el timonel, y había que asegurar los cabos de rota porque, si no, estaban expuestos a zozobrar. No tardarían mucho.

A Felicia la fastidió el incidente —¡siempre ocurría algo!—, y miró a lo lejos y luego al agua de la bahía interior. No hacía viento; el agua estaba clarísima, con sus juegos de luces verdes y azules, y apenas se movía...

De repente aparecieron tres tortugas jóvenes, las tres del mismo tamaño, con los caparazones muy brillantes y casi rojos. En ellos se distinguía perfectamente un dibujo simétrico de rayas y puntos marrón, amarillo y negro. Movían la cabeza arriba y abajo. A pesar de lo jóvenes que eran, tenían esa cabecita de viejo calvo con el cuello arrugado; sus ojillos brillaban bajo los adormilados párpados y sobre la boca grande y amarilla como el pico de un pájaro.

Se sumergieron con las aletas hacia arriba, como si se estuvieran ahogando y luego volvieron a ascender y, muy juntas, nadaron una encima de otra, pero sin tocarse, con una gracia que parecía estudiada y que sin embargo era natural. Entonces, tan inesperadamente como habían aparecido, desaparecieron en la profundidad líquida.

Felicia volvió a mirar a la lejanía y, sin saber lo que decía, ladeó la cabeza y preguntó: «¿También contento con las tres jóvenes tortugas?».

—¡Vamos, tú! ¡Muévete! —gritó la señora del Pequeño Jardín con su voz más dura—. ¿Cuánto va a durar esto? ¡Si no quieres volver a casa hoy, yo sí!

Cuando desembarcaron, el agua estaba tan quieta, sin la menor ondulación, que los árboles y el pabellón blanco se reflejaban claramente en la bahía interior, lo cual sucedía muy raras veces.

Al día siguiente, Felicia permaneció en el Jardín y bajó a la playa un par de veces para pasar un rato debajo de un plátano.

A última hora de la tarde, un prao atracó en el embarcadero. ¿Visitas? No esperaba a nadie. Un militar alto, el comandante en persona, el mismísimo comandante, que por cierto era un hombre muy agradable. La saludó, se sentó como si hubiera ido a merendar y no dijo gran cosa al principio, pero se aclaraba la garganta porque, sintiéndolo muchísimo, había ido a comunicar una mala noticia: se había recibido un mensaje que decía que el hijo de Felicia estaba herido. Había recibido un flechazo de un alfura de la montaña, en una emboscada... Estaba gravemente herido.

—Puede usted decírmelo.

—Sí —dijo entonces el comandante.

—¿Cuándo? —le preguntó la madre, como si tuviera importancia.

—Ayer por la tarde —dijo el comandante. El mensaje había llegado en un prao, y aún no tenían detalles.

Ayer por la tarde, ayer por la tarde... Fue mientras ella contemplaba a las tres tortugas jóvenes que danzaban en el agua.

Cuando el comandante se levantó, Felicia lo acompañó al prao agradeciéndole que hubiese ido personalmente. Después de permanecer un rato mirando la bahía interior, se volvió, subió a la galería lateral y luego fue a la cocina.

Había anochecido.

En la espaciosa cocina estaba ya encendida la lámpara colgante, y también varias de las instaladas en las paredes. Había mucha gente: todos los criados, los trabajadores contratados para recoger las especias, los remeros y las mujeres. De la aldea llegaba una balsa con más hombres... Como la noche en que Felicia había llegado al Pequeño Jardín con su hijito Himpies y todos fueron a recibirla, habían ido por el que no estaba allí y para acompañar a la madre durante toda la noche. Ahora, como entonces, todos se mantenían serios y silenciosos, distanciados, porque ellos no importaban, ni tampoco importaba Felicia; se trataba del hijo, del hijo de ella, de los hijos de todos ellos, de los hijos de los hombres en la vida y en la muerte.

No hablaban; seguían sentados o de pie donde estuvieran y la miraban. Sjeba se acercó y se quedó muy cerca de ella, casi rozándola.

Felicia le cogió las manos unos momentos y luego, con un gran esfuerzo, logró dominarse.

—Encárgate de que haya bastante café. —Le entregó el llavero que llevaba en el cinturón, debajo de la chaqueta—. Y arak —añadió— y pasteles. Que preparen todos los platos que sean necesarios. Que te ayuden las demás mujeres, para que no falte nada. La noche es larga... Yo estaré en la casa.

—Y salió de la cocina.

Felicia puso su sillita en la habitación de su hijo y se sentó junto a la cama de este como si estuviera acostado en ella. Alguien había hecho la cama; tenía sábanas limpias, y también habían cambiado las fundas de las almohadas. Habían levantado el mosquitero, que colgaba de los ganchos de plata.

Fuera reinaba la oscuridad.

La lamparilla nocturna con la pantalla de cristal y las tres niñas coloradas se hallaba en su sitio, pero Felicia no la encendió, ya que se veía lo suficiente en el dormitorio con la luz que llegaba de la lámpara colgada en la galería lateral. Las dos hojas de la puerta estaban abiertas de par en par, y así tenían que seguir toda la noche. También habían abierto por completo las dos ventanas de detrás de la cama.

De vez en cuando entraba alguien un momento, y pronunciaba unas palabras o se quedaba sentado en silencio junto a la cama.

Mientras, Felicia recordaba a todos los que no estaban allí, a los muertos y a los ausentes, y durante un momento le pareció que estaban todos en la habitación con ella turnándose junto al lecho: la abuela, sus padres...

Tampoco faltó aquella noche su marido, el padre de Himpies, a quien este se parecía y, a la vez, no se parecía. Felicia movió la cabeza. «Fue una lástima que no esperases entonces; por lo menos podías haberlo visto una vez», dijo en voz baja, casi susurrando, como si pudiera consolarlo.

Oso: Este lanzaba tremendos improperios, porque a Himpies lo habían... ¡Cállate,

Oso!

Toinette debería haber estado allí con ella entonces, las dos juntas, y la niña podía haber dormido en la habitación de los huéspedes..., pero la culpa la tenía ella, Felicia, porque ni siquiera quiso entristecerse aquella otra noche pensando en ella.

Ya muy avanzada la noche, entró una mujer. Felicia la miró. Cuando estuvo junto a ella, la mujer le cogió las dos manos, se las levantó y se las sostuvo unos momentos, lo cual le produjo a Felicia un alivio indecible. Luego le volvió a dejar las manos en el regazo. Y nada más, porque se marchó en seguida. Felicia la miraba mientras se alejaba, pero no pudo reconocerla. ¿Quién sería? ¿Acaso la Bailarina de la Danza de la Concha?

También fue a visitarla el hombre del cabello azul, a cuyo hijo habían matado hacía tantos años. Felicia se levantó y le acercó su propia silla.

—Siéntate, Bappa —le dijo cogiendo otra silla. Hablaron un poco sobre sus respectivos hijos. Luego, Felicia lo acompañó hasta la puerta y le dijo:

—Gracias por haber venido, Bappa. —El hombre estaba viejísimo y ya ni siquiera se teñía de azul el cabello.

Felicia pensó: «Su hijo murió en combate, como se suele decir». Pero el suyo había caído en una emboscada, lo que era muy distinto. Y por primera vez pensó: «Mi hijo murió asesinado».

Por lo visto, había llegado Domingoes. Sí, allí estaba el sargento Domingoes, que también servía en Ceram.

—No cuidaste de mi hijo —le dijo con amargura Felicia.

Les llevaron café.

Llegó más gente.

Una mujer muy joven, que esperaba un bebé, se inclinó sobre ella y le dio unas palmaditas en las manos.

—El niño de la señora —dijo.

Después, Felicia estuvo un rato con los ojos cerrados. Una copa de arak.

—Vamos, bébasela. —Era Sjeba... Una bandeja con pasteles.

Y más gente.

Las tres niñas de los vestidos colorados seguían en la pantalla, dos en el columpio y una con el aro y el palito. Se encontraban allí, pero como no estaba encendida la luz, parecían borrosas, pequeñas y sin importancia, como si ya nada tuvieran que ver con aquel lugar.

Pasó la noche.

El cielo empezó a ponerse gris, y la bahía interior, de un gris más claro. Los árboles estaban empapados de rocío y casi negros. La pequeña procesión de mujeres con las Biblias y los pañuelos no salió de entre los árboles en dirección a los praos como cuando murió la abuela, porque para su hijo no habría praos.

Felicia se levantó de la silla, desenganchó el mosquitero y lo guardó cuidadosamente debajo del colchón. Después salió de la habitación y cerró la puerta a

sus espaldas. La lámpara seguía encendida en la galería lateral.

VI

Más tarde se enteró de todos los detalles. Era una pequeña patrulla: su hijo, Domingoes y unos soldados que eran casi todos presidiarios utilizados por el ejército.

No habían llegado a establecer contacto con los indígenas alifuras y regresaban ya. Habían descendido por el empinado terreno montañoso y se detuvieron a tomar aliento en un calvero de la selva. Su hijo estaba de pie, sin gorra y con el cuello desabrochado (a Felicia le parecía estar viéndolo con la cabeza un poco echada hacia atrás), cuando de detrás de los árboles partió una flecha que atravesó el cuello desnudo de Himpies.

Cayó al suelo sin sentido.

Los demás no supieron qué había ocurrido exactamente. ¿Era una flecha envenenada? ¿Una de esas flechas con punta dentada para la caza del hombre? ¿Cómo sacarla? El viejo presidiario se adelantó y dijo que sabía qué había que hacer. Primero hizo una camilla con ramas, lo más ligera posible. Colocaron a Himpies en ella, y luego el viejo le extrajo la flecha. Domingoes quiso vendar la herida, pero el presidiario le dijo:

—Manténgala apretada por los bordes con los dedos.

Llevaron la camilla por turnos de cuatro, turnándose también para mantener cerrada la herida. Caminaron con la mayor rapidez que pudieron, pero la cosa era muy difícil, porque tenían que ir pendientes de la herida. Por último, el viejo se negó a que lo relevasen de esta tarea. Uno de los hombres corrió y se adelantó para avisar al médico, pero tardó mucho en encontrarlo.

Himpies no llegó a recuperar el conocimiento. Siguió respirando mucho tiempo, aunque débilmente, pero cuando por fin llegaron al cuartel, murió desangrado. Ya era casi de noche.

A primera hora de la mañana siguiente lo enterraron con honores militares en una colina cercana a la costa.

El viejo presidiario tuvo un ataque de histeria, y pedía perdón a gritos, llorando y diciendo que había sido culpa suya.

Más adelante, Domingoes fue a visitar a Felicia.

Ella habría preferido no verlo. Al principio encontraba consuelo en que le hablase de su hijo o simplemente en estar junto a las personas que lo habían conocido, pero ahora algo se resistía en su interior.

Sin embargo, no escribió a Domingoes para pedirle que no fuese a verla.

Llegó a última hora de la tarde y merendaron juntos bajo los árboles de la bahía. Domingoes era un hombre corpulento, con el pelo rizado y corto. Vestía uniforme, y su cara era agradable. Felicia no lo habría reconocido. Hablaron de cosas sin

importancia. La que hablaba en realidad era ella: ¿Había tenido un buen viaje?, ¿terminó ya la expedición militar?, ¿qué se proponía hacer ahora?, ¿vivían aún sus padres?, ¿así que su padre había muerto?, ¡qué pena!

Domingoes fue contestando cortésmente, pero con muy pocas palabras, a las preguntas de Felicia.

Esta le preguntó si recordaba a la abuela.

—Sí, señora, recuerdo a la abuela de la señora.

—Tu padre hacía cosas preciosas. Aún conservo algunas. Si quieres, te las puedo enseñar. ¿Quieres que te dé una como recuerdo?

—Sí, señora —dijo el muchacho.

El nombre de su hijo no fue mencionado hasta entonces. Aquello no estaba bien: a Himpies le habría parecido mal.

Más tarde, bajo la lámpara, hicieron juntos una lista de los hombres que habían formado la cuadrilla, porque Felicia quería recompensarlos a todos ellos por sus esfuerzos, hacerles un regalo a cada uno... Sobre todo, al viejo presidiario.

—¿Te parece bien que envíe una petición para que le reduzcan el tiempo de condena? —preguntó.

Domingoes la miró.

—No sé si serviría de algo —dijo—, porque mató a doce personas, según creo, y eso es demasiado para que lo perdonen.

A Domingoes le regaló el reloj de oro con cadena de su hijo, y su cuchara de madreperla. Himpies había pedido la cuchara aquel día para tenerla en la mano, porque la mano, según dijo, tiene buena memoria. También le dio una fruta de oro con una bola de ámbar, aunque pensó que a aquel muchacho no iba a servirle de mucho.

El resto de la tarde transcurrió rápidamente. Después de cenar, Domingoes dijo que quería visitar a algunas personas en la aldea, y a Sjeba y Hendrik. Podía dormir con ellos.

—El amigo de mi hijo duerme en la habitación de los huéspedes —dijo Felicia secamente. No lo oyó llegar por la noche.

A la mañana siguiente, Domingoes tardó en marcharse, Felicia y él recorrieron todos los viejos lugares. Estuvieron en el valle verde y tranquilo, cerca de la enorme concha blanca donde bebían los pollitos.

—¡El terrible Leviatán! —dijo Domingoes.

—¿También sabías eso? —preguntó Felicia.

Domingoes afirmó con la cabeza y dijo:

—El señor Himpies...

Subieron a los montes. Aquello estaba tan hermoso como siempre.

Al regresar, pasaron por delante de las tumbas de las tres niñas y se detuvieron allí un momento.

—Nunca las vi —confesó Domingoes.

—No, ni yo tampoco —dijo Felicia—. Me temo que nadie las vio.

—El señor Himpies sí, porque siempre hablaba de las chicas de los vestidos colorados, de modo que debió de verlas.

—No creo —dijo Felicia. Pero no entró en explicaciones.

—No queríamos confesar que no las habíamos visto nunca —añadió Domingoes.

Y Felicia:

—Sí, es verdad.

Caminaron por el bosque, y dejaron atrás los árboles cantarines, las palmeras aren, donde estaba colgado el muñeco, y el arroyo, y hablaban ya con naturalidad de «mi hijo», y «Himpies», y «el señor Himpies», como si ya no fuese un nombre prohibido.

Se sentaron a descansar un rato en un banco, cerca del sitio donde antes se bañaban los dos chicos.

Felicia guardaba silencio. Había querido preguntarle si lo miraba mientras lo llevaban en la camilla, si lo llamaba por su nombre y le decía... Si le enumeraba sus cien cosas, como hacían cuando jugaban en el Pequeño Jardín, cuando él vivía y era joven —los jóvenes siempre debían vivir— y si no pudo apartarlo de la trayectoria de la flecha..., pero no dijo nada.

Empezaron a hablar de nuevo, no sabían por qué, del viejo presidiario.

—¿Qué clase de hombre es? —preguntó Felicia—. Mi hijo me hablaba de él en una carta. ¿Crees que es malvado?

—Claro, la señora me pregunta eso porque sabe que ha matado a tanta gente..., pero su intención no era esa.

—¿Suele hablar de ello?

—Sí.

—¿Y crees que está arrepentido?

—No, muy arrepentido no creo que esté. Pero tiene la esperanza de verse algún día en libertad.

—¿Añora su país?

—Sí, siente nostalgia de su tierra y confía en que la mujer que lo denunció siga viva, porque así podrá... —y Domingoes hizo sobre su propio cuello el ademán del estrangulamiento.

Felicia vio aquella mano morena y fuerte, una buena mano, apretando un hermoso cuello; en el mismo momento sintió en la nuca un helado estremecimiento... Una vieja mano arrugada, sarmentosa como una garra sobre el cuello blanco de niño, un cuello tan vulnerable y todo rojo de sangre. Se quedó rígida y después se echó hacia atrás, como para defenderse.

—¿No intentaría...? ¿No le haría daño a Himpies? ¿Estás seguro de que no?

Domingoes se retiró inmediatamente la mano del cuello, la miró como si no comprendiese, y luego se rio tanto que se le arrugó la cara.

¿Él? ¿Hacerle daño él al señor Himpies? ¿Cómo puede pensar eso la señora? Se

portaba con él como una vieja gallina con su pollito preferido, siempre cacareando a su alrededor y amparándolo con sus alas... Teníamos que contenernos para no reírnos, y el propio señor Himpies, aunque se enfadaba al principio, acababa riéndose también. Precisamente, cuando se le clavó la flecha se estaba riendo con nosotros del viejo...

Cuando llegó la flecha; sí, tan suavemente; una cosa que ni siquiera se explica uno que hiera...

Felicia estaba sentada junto a Domingoes en el banco, aunque ella prefería la franja de playa que se extendía frente a la casa. A aquel sitio no solía ir. Los finos chorros de agua que arrojaba la boca abierta del león caían con un leve ruido en la cisterna donde se bañaban los niños y a la que ahora solo acudían los pájaros. Y con su brusquedad habitual, le preguntó de pronto si quería abandonar el servicio, si no estaba cansado de ir tanto de un lado a otro y no ansiaba volver a la isla. Pues bien, si lo deseaba, mientras ella estuviera en el Pequeño Jardín (mientras viviera, siempre estaría allí) lo ayudaría a instalarse en la isla. No tendría que preocuparse demasiado de los detalles. Sería como si fuese su hijo adoptivo, el hermano adoptivo de su hijo Himpies. Podría casarse y formar una familia en la isla.

Domingoes la miraba fijamente. Sus ojos, vistos desde tan cerca, parecían más oscuros y un poco melancólicos... No, muy melancólicos. Y con la misma brusquedad con que ella le había hecho la propuesta, respondió él que no. No quería instalarse allí, y cuando Felicia insistió: «¿Por qué no? ¿Es que así, de pronto, ha dejado de gustarte el Pequeño Jardín?», él, casi inconscientemente, recitó dos versículos del Salmo —El que va en barcos por el mar verá las obras del Señor y sus maravillas en las profundidades— y los recitó en malayo, el malayo de la Biblia, que es distinto del corriente. Felicia había aprendido de niña los salmos. Se los había enseñado Suzanna, sobre todo el ciento cuatro, y lo había olvidado casi todo. Solo recordaba unas cuantas palabras: *laj-laj*, la cigüeña, y Hua, que significa «el Señor». Tardó un poco en comprender lo que había dicho Domingoes.

—¿Quieres ser marino? —preguntó.

Él se rio.

—¡No, marino no! Pero es que la vida puede ser como navegar en un barco, señora.

Más tarde, Felicia lo acompañó al prao y lo vio cruzar la bahía interior. Por supuesto, tampoco esta vez tocaron la campana. Últimamente lo descuidaban todo. Y allá iba el sargento Domingoes, que prefería ser un soldado sin un céntimo a instalarse en el Pequeño Jardín. Y su hijo, el hijo de ella, había sido asesinado por un alfura de la montaña. A su hijo no deberían haberlo asesinado.

TERCERA PARTE

En la bahía exterior

El comisario

El otro jardín encantado de la isla se hallaba en la bahía exterior. Era mucho más reducido que el Pequeño Jardín. En realidad, no era mucho mayor que un jardín corriente de cualquier casa. Estaba cerca de la ciudad y de la carretera. A un lado, la bahía exterior, y al otro una franja impenetrable de altos y espinosos bambúes con una enorme verja de hierro a la entrada.

Desde la casa descendía el suelo en pronunciada pendiente hasta la playa.

Solo una de las habitaciones databa de los viejos tiempos y tenía muros de ladrillo anticuados, tan gruesos como la altura de un hombre, con altas ventanas y un suelo de mármol blanco y negro, algo agrietado. En general, era una casa destartada. Sin embargo, aquella habitación debía de haber sido en los buenos tiempos la «sala del domingo».

El resto de la casa había sido construido con posterioridad: una galería cerrada, más habitaciones; y solo la parte inferior de los muros era de ladrillo. El resto lo formaban planchas encaladas.

Enfrente de la casa había una veranda pintada de verde con unos escalones medio derruidos que conducían al jardín y a la ancha y breve vereda de plátanos que descendía hasta la playa. Esta era una playa pequeña y abierta, a cuya izquierda y derecha había más plátanos, y en el centro, un viejo embarcadero de madera. Al final de este se levantaba un mástil de madera y hierro, demasiado alto para que su finalidad fuera solo facilitar el atraque de los barcos. Más bien parecía haber sido un poste para colgar lámparas de aceite y petróleo en su extremo superior, una luz tranquilizadora en la bahía exterior; pero desde luego ya no se empleaba con ese fin.

El muelle se adentraba mucho en la bahía; cuando la marea estaba alta, había allí mucha profundidad y podía atracar un prao grande. La corriente era fuerte en aquel lugar.

Pero el jardín estaba desierto. La vieja casa se hallaba vacía y cerrada; en torno a los barrotes de la puerta de hierro había una cadena con un candado, y ramas espinosas se entretejían por los barrotes. Ninguna de estas precauciones era necesaria, ya que a nadie se le ocurriría entrar en el jardín; ningún prao querría atracar en el muelle. ¡Claro que no!

¿Quién iba a querer encontrarse con el comisario que vagaba día y noche por la casa y por el jardín, y que a veces pasaba grandes ratos en el embarcadero, de espaldas a la bahía?

Había sido hacía mucho tiempo el comisario y administrador de una de las islas más pequeñas próximas a Dobo, donde están los pescadores de perlas. Se suponía que había sido muy rico, pero tenía mala fama. ¿Había robado aprovechando su cargo oficial, o quizás había hecho chantaje o ejercido la usura? Nadie lo sabía exactamente.

La primera vez llegó solo. Compró el jardín de la bahía exterior, y restauró y amplió la vieja casa: puso nuevas puertas y persianas y renovó todas las cerraduras. Colocó barrotes para asegurar todas las ventanas, excepto las de la sala del domingo. ¿Acaso no quería estropear aquella estancia? Aunque de todos modos, tenía unos postigos muy pesados y seguros. También hizo poner un gran cerrojo y la cadena con el candado en la verja de entrada.

Después de ocuparse de esta reforma, regresó a Dobo para recoger sus cosas: muebles, porcelana antigua, las mujeres, el dinero y las perlas.

Cuando su barco atracó en la isla, el comisario hizo que le trasladasen todo inmediatamente a la casa. Los mozos que cargaban con los pesados muebles envueltos en esteras, los baúles y todo lo demás, no tenían que ayudar a desempaquetar, sino que habían de marcharse en seguida. Así, nadie pudo ver nada, salvo que había cuatro mujeres: tres viejas y feas y una joven y esbelta, cuyo rostro quedaba oculto por un espeso velo.

La verja se cerró en cuanto salieron los porteadores, y a partir de ese momento nadie pudo entrar en el jardín. Y ninguno de los habitantes de la casa fue nunca a la ciudad ni traspasó la verja.

Es decir, excepto la vieja que hacía los recados. Se llevaba ella misma lo que compraba en la ciudad, pagaba al contado y nunca hablaba. Cuando encargaba cosas pesadas, como bidones de petróleo o sacos de carbón, tenían que llevárselos hasta la puerta a una hora determinada, y las tres viejas los arrastraban al interior. Y sin embargo, se decía en la ciudad —¿quién lo decía?— quiénes vivían en la casa, cómo eran las habitaciones y qué sucedía allí dentro.

En la sala del domingo había unos muebles negros labrados de la época del dominio portugués: un banco tan ancho y largo que podía dormir en él un hombre, dos sillas con brazos bajos, una mesa y una cómoda negra con adornos en relieve y cierres de plata. Cuando se abría la cómoda, sonaba una campanilla: *ping-ping-ping*.

Y en el suelo de mármol blanco y negro había unos jarrones de barro como los que usaban los chinos en sus juncos para guardar la sal y el pescado en conserva: unos eran de color marrón, y otros, de un verde muy raro, con cabezas de leones de fauces abiertas.

También se hablaba de las perlas que poseía el comisario:

Una sarta de ochenta perlas blancas.

Una grande en forma de pera, en una cadena. Esta perla no era blanca ni negra, sino de color acero con un leve matiz de madreperla: un solitario.

Y luego los pendientes, con dos perlas rojas exactamente iguales y sin ninguna mácula, dos perlas gemelas.

Las tres viejas, las brujas, hacían todo el trabajo y tenían que custodiar a la joven.

Esta era la amante del comisario. De gran belleza, tal vez fuera árabe (las mujeres más bellas del mundo son de Arabia), y vestía un sarong de seda verde y roja, una seda iridiscente, y una chaqueta de brocado verde oscuro, rígido con tanto bordado de

oro. En torno a los ojos se ponía unas ojeras azuladas de kohl. Tenía una nariz delicadamente curvada, quizás un poquito pequeña, y una boca como una flor roja, aunque quizás un poquito grande.

Y su piel sería oscura, cálida y muy morena.

Cuando llevaba las perlas, nunca todas ellas a la vez —quizás el collar blanco o la perla grande y gris en la frente, entre los dos arcos negros de sus cejas—, ¿quién podía ser más bello que esta mujer?

Apenas salía al jardín. Solía quedarse en la sala del domingo, pero cuando brillaba la luna, cuando la marea estaba alta, los dos amantes se sentaban muy juntos en el muelle: la mujer, en los últimos escalones, inclinada sobre el agua, sosteniendo las perlas a la altura de la superficie para levantarlas luego hacia la luna. El agua del mar y la luz de la luna son buenas para las perlas. Y el hombre la miraba...

Eso se decía, pero ¿quién, quién lo decía?

Y una mañana, temprano, encontraron al comisario en la bahía exterior, ahogado. La marea lo había depositado en la orilla, no lejos del jardín.

Llevaba un pijama de algodón blanco y unas sandalias.

¡El comisario se había ahogado!

¿Cómo se había ahogado? No, no es que se hubiera ahogado. ¡Lo habían asesinado! Era lógico que lo hubiesen matado por las perlas.

Llegó la policía a la casa y rompió las cerraduras de la verja. La casa también estaba cerrada por dentro. Los policías la rodearon, gritando «¡Abran, abran inmediatamente!».

Las mujeres aparecieron en la ventana de los barrotes y dijeron que no podían abrir porque no tenían llaves. Entonces, ¿qué había sucedido?

Cuando las mujeres supieron que el comisario se había ahogado, levantaron los brazos y exclamaron: «¡Alá, apiádate de nosotras! ¡Alá, apiádate de nosotras!».

Los policías forzaron otra cerradura, sacaron de la casa a las mujeres y las condujeron a la ciudad. Dos agentes se quedaron en la casa y la registraron por completo.

Todos los armarios y cajones estaban cerrados; todo hubo de ser abierto con ganzúa. Cuando abrieron la cómoda de ébano, sonó débilmente la campanilla, y en un cajón, que también estaba cerrado, aparecieron las perlas, y eran exactamente las que se había dicho —¿quién lo dijo?—: un collar blanco, un solitario gris y dos pendientes con perlas rojas gemelas.

También encontraron mucho dinero, y papeles. La mayor parte del capital del comisario seguía en Dobo, prestado a interés usurario y administrado por un chino. Esto se supo por los papeles hallados. Las cuatro mujeres quedaron detenidas en la ciudad e interrogadas. La joven no era árabe, sino una mestiza china. Y no era muy bella; solo delgada y pálida. Una joven más bien tímida.

Era hija de un tendero de Dobo, un chino, mientras que su madre era una papú de la costa, donde hay mucha sangre mezclada. Las tres viejas eran tías de la joven por

parte de madre.

Resultó que no era la amante del comisario, sino que estaba casada legalmente con él y que, por tanto, heredaría toda su fortuna, ya que no tenían hijos.

Al principio, las mujeres se limitaron a responder de forma tan escueta como les fue posible, y con gran recelo, a las preguntas que les hacían: «Sí», «No», «Quizá», «No sé»... Apenas sabían nada de nada.

—¿Quién era este comisario?

—No sé.

—¿De dónde era?

—No sé.

—¿Lo conocían desde mucho antes de que su sobrina se casara con él?

—No. Desde poco tiempo.

—¿Dónde ganó todo ese dinero?

—No sé.

—¿Dónde adquirió esos objetos tan valiosos?

—No sé.

—¿Y las perlas?

—Tampoco lo sé.

—¿Le gustaban a usted? ¿Se las ponía con frecuencia?

De pronto, la joven empezó a tartamudear y a enrojecer, asustada.

—¡Yo, llevar yo las perlas! ¡No, nunca! Nunca las he visto.

—¿Que nunca las ha visto usted?

—No.

—¡Vamos, no querrá hacernos creer...!

—De verdad que no.

—Pero las perlas son para ponérselas ¿no?

—Eso dicen...

Las cuatro llamaban al difunto *el comisario*. También la joven.

—El comisario solía llevar a la casa un cubo de agua de mar para bañar las perlas.

El agua de mar es buena para las perlas, pero yo no las vi nunca.

—Bueno, entonces ¿cómo sabe usted que las bañaba?

—No lo sé, sino que me lo figuro.

—¿Dónde guardaba las perlas?

—En un cajón de la cómoda negra.

—¿Las sacaba con frecuencia?

—Sí.

—¿Estaba usted delante?

—No.

—Entonces, ¿cómo lo sabe usted?

—Porque cuando el comisario abría la cómoda negra, sonaba la campanilla.

—Pero ¿cómo podía usted saber que entonces sacaba las perlas?

—No es que lo supiera, sino que me lo figuraba.

Luego, poco a poco, fueron hablando con mayor libertad, y las cuatro dijeron aproximadamente lo mismo: todo estaba bajo llave, y el comisario llevaba encima todas las llaves de la casa: las de los cajones, las de los armarios, las de las habitaciones... Era un gran manojito, en un llavero. No permitía que las mujeres vieran absolutamente nada.

Siempre estaba paseándose por la casa y vigilándolo todo. Cuando oscurecía, aún era peor: revisaba varias veces la cerradura de la verja, examinaba cuidadosamente los matorrales, daba dos o tres vueltas completas a la casa, revisaba todas las habitaciones, sobre todo la sala del domingo, y volvía a cerrar todas las puertas. Las cuatro mujeres quedaban encerradas en la casa. Antes de oscurecer marchaba hasta el extremo del muelle, porque desde allí se abarcaban muy bien la casa y el sendero, y permanecía de espaldas a la bahía sin cesar de vigilar hasta que ya no se veía nada. Solo entonces se decidía a marcharse. A veces seguía dando vueltas a la casa después del anochecer, incluso cuando llovía.

—¿Por qué hacía eso? ¿Acaso tenía miedo de los ladrones?

—Sí... No... No sé.

Y entonces las cuatro mujeres, una tras otra, en el interrogatorio por separado, fueron poniéndose inquietas y reservadas hasta confesar con los ojos bajos:

—El comisario era celoso, muy celoso de..., de todo, pero especialmente de las perlas, y por eso tomaba tantas precauciones.

—¿Qué más hacía? ¿Bebía mucho?

—No, no mucho.

—¿Nunca se emborrachaba?

—No podía, porque tenía que vigilar.

—¿La maltrató a usted alguna vez?

—No...

—¿Le tenía usted miedo?

En eso vacilaron las cuatro y, por fin, confesó la joven en voz baja:

—Sí, quizá...

La actitud de las mujeres causó buena impresión a la policía, porque no se contradijeron, y las cuatro parecían muy asustadas y tímidas, incapaces de hacer el menor daño.

—Díganos exactamente lo que hizo usted aquel día. —Y las cuatro, por turno, fueron diciendo lo que habían hecho ese día, que era lo mismo que hacían siempre. Las tres viejas trabajaron; una de ellas había ido a la ciudad para hacer las compras, otra había limpiado la casa y después había lavado la ropa, y otra estuvo arreglando el jardín. Luego cenaron juntas. Y la joven se había pasado el día haciendo punto. Siempre estaba dedicada a esta labor.

—¿No salía nunca?

—No... Sí... A veces.

Por la tarde, cuando terminaban el trabajo y el sol perdía algo de fuerza, bajaban a veces a la playa las cuatro para tomar un poco el aire.

—¿Iba también el comisario con ustedes?

—Sí, nunca podíamos salir solas de la casa.

—¿Estuvieron ustedes en la playa aquel día?

—No... Sí... Aquel día también.

—¿Con el comisario?

—Sí, con el comisario.

—¿Y luego regresaron ustedes a la casa y él cerró las puertas?

—Sí, claro que las cerró.

—¿Qué llevaba puesto?

—Un pijama blanco y unas sandalias.

—¿Se vestía así con frecuencia?

—Sí, nunca salíamos, y él no recibía ninguna visita.

—¿No les preocupó a ustedes que no volviera aquella noche?

—No, el comisario se pasaba muchas noches fuera de la casa.

—¿Dando vueltas alrededor de ella?

—Quizá.

—Entonces, ¿no oyeron ustedes nada?

—No.

—¿Ni más avanzada la noche? ¿No oyeron ningún grito ni nada parecido?

—No.

Por separado, las cuatro habían contestado lo mismo y con la voz igualmente insegura. Y la autopsia no descubrió nada que contradijese estas declaraciones.

Un hombre en todo su vigor físico, sin señal alguna de violencia en el cuerpo... Los peces se lo habían estado comiendo, y tenía los pulmones llenos de agua: se había ahogado.

La policía volvió a interrogar a las mujeres por separado.

—¿Sabía nadar el comisario?

—No sé.

—¿Nunca se bañaba en el mar?

—Sí, algunas veces, pero no se alejaba de la orilla... Hay tiburones.

—Y usted, ¿se ha bañado en el mar alguna vez?

Cada una de las cuatro respondió vacilante a esta pregunta, pero era una vacilación tan breve que apenas se notaba.

—No, bueno, sí, alguna vez...; nos bañamos un par de veces.

—¿Con el comisario?

—No, cuando nos bañábamos, él se quedaba en la playa mirando.

—¿Se han bañado ustedes recientemente?

—No...

—¿Aquel día no?

—No, ¡desde luego que no! Antes, antes.

—¿Cree usted que pudo haberse suicidado?

Las cuatro, por turno, se asustaron otra vez y dijeron que quizá, pero no creían...

Todo coincidía, pero las llaves no habían aparecido. El gran manojito de llaves del que todas ellas hablan hablado no se encontró en el ahogado, ni en el jardín, ni en el muelle, ni apareció en la playa al bajar la marea. ¿Lo llevaría en la mano en el momento de caer? ¿Se le habría caído del bolsillo de la chaqueta del pijama al ahogarse?

Las mujeres estaban asombradas y muy inquietas.

—¡Le hemos dicho a usted que las llaves no aparecen! —dijo el policía.

Esto no resultaba claro para ellas, y su *No me parece claro* sonaba mucho más inseguro que un *No sé* o un *Quizá*.

Las dejaron en libertad.

Tomaron una habitación en un pequeño hotel en el barrio chino. No estaban dispuestas a pasar ni una sola noche en la casa.

Cuando tuvieron que ir a recoger sus ropas, pidieron que las acompañara un policía porque, según decían, tenían muchísimo miedo.

Más adelante, entregaron a la joven el dinero, los papeles y las perlas. Parecía como si no supiera qué hacer con todo aquello. Vacilante, firmó el recibo con una cruz. Las tres viejas pusieron también cruces, y luego en otro documento, porque la joven declaró que deseaba vender todo lo que había en la casa. Y también ponía en venta la casa y el jardín.

Los muebles, las vajillas de porcelana, la famosa cómoda negra con los cierres de plata fueron vendidos, pero nadie quiso comprar la casa ni el jardín, ni siquiera alquilarlos.

Las cuatro mujeres tomaron el primer barco en dirección Dobo. Subieron a bordo a primera hora de la mañana. La joven vestía un sarong rojo y azul y una chaqueta blanca con encajes, y calzaba sandalias de terciopelo. Un velo de gasa oscura cubría sus cabellos echados hacia atrás y recogidos en apretado moño. No se cubría el rostro, que se había empolvado excesivamente. En una mano llevaba una sombrilla de papel engrasado para proteger su tez que, aunque muy morena, podía pasar por la de una mujer blanca, y en la otra mano, un bolso de satén negro.

El bolso tenía dos compartimentos con dos anillos de plata que se cerraban empujándolos por el centro. En uno de los compartimentos guardaba el dinero y las llaves, un pañuelo blanco, un tarro verde con colonia para el mareo y un tubo con pastillas de menta. En la otra mitad iban los billetes del barco, todos los documentos y las perlas: el collar blanco, el solitario y los pendientes de perlas rojas gemelas, en una cajita vieja de píldoras rellena con algodón.

Aunque no se había puesto las perlas, sí lucía sus nuevas joyas de oro, alfileres para el pelo, soberanos ingleses como botones de la chaqueta, anillos y pesadas pulseras en forma de serpientes retorcidas en sus finas muñecas. Le gustaba mucho

más el oro que las perlas, y ahora podía comprarse joyas, porque era rica. Una de las viejas llevaba la caja de oro y plata en que la joven guardaba las hojas de betel y una pequeña escupidera de plata.

Las cuatro mujeres no parecían ya tan tímidas y abatidas. Estaban emocionadas ante la perspectiva del viaje que iban a emprender. Lo miraban todo con gran curiosidad, se daban unas a otras con el codo y se reían nerviosas, tapándose la boca con las manos.

Así partieron en dirección a Dobo, y nadie de la isla volvió a verlas.

¡No, no lo crea usted! ¡Es una mentira, un disparate! No hay ni una palabra de cierto en todo eso.

El comisario fue asesinado. Sí, asesinado por su esposa y las tres viejas brujas.

Aquella tarde, cuando se paseaban por la playa y se remojaban a la orilla, solo remojándose y jugando con el agua, y mientras el comisario las contemplaba, la mujer joven, su esposa, lo llamó porque se había adentrado mucho en el mar y la marea estaba subiendo. Tenía el sarong empapado. De pronto, la joven había tropezado con algo afilado, o quizá la hubiera mordido un pez.

—¡Socorro, socorro!

Sentía un dolor muy intenso y le sangraba mucho un pie. El miedo la hizo adentrarse más en el mar, y se cayó después de haber gritado con todas sus fuerzas por encima del ruido de las olas y del viento.

El hombre corrió hacia ella tal como estaba, con las sandalias y el pijama, y cuando estuvo cerca de ella y se inclinaba para ver qué le había ocurrido en el pie, ella se le agarró, echándose cuanto pudo sobre su espalda y sin dejar de chillar.

Entre el estruendo del mar y los chillidos penetrantes de la mujer, el comisario se mareó, perdió el equilibrio y cayó.

Ella cayó también, pero encima de él. Detrás esperaban las tres viejas, y entre las cuatro lo mantuvieron dentro del agua —ni siquiera necesitaron tenerlo mucho tiempo— y luego lo arrastraron hacia el muelle, donde la corriente era más profunda y peligrosa.

Las cuatro fueron después a cambiarse de ropa, lavaron en agua dulce la que se había empapado de agua salada y enterraron en el jardín el pesado llavero que le habían quitado al muerto... excepto la llave con la cual se habían encerrado en la casa. Esa la enterraron en el suelo de una habitación.

¡No, no, no lo crean ustedes! Es una sarta de mentiras. ¿Cómo iban a poder cuatro mujeres con un hombre tan fuerte?

Pero es que las viejas son a veces muy fuertes, y quizá le hubiesen dado de beber al comisario algo que lo marease y debilitase. Todas las *bibis* venden esas pócimas.

También es posible que no lo hubieran planeado, pero al ver que las cosas se les ponían tan favorables...

¿Por qué lo hicieron? ¿Por las perlas?

Quizá.

¿O sería por el miedo que le tenían?

Nadie lo sabe.

Pero el comisario ha regresado al Jardín. Eso es seguro; lo sabe todo el mundo.

Y ahora, todo lo que hay en el pequeño jardín (este sí es pequeño de verdad), las hojas de los árboles de especias, el viento fresco de la bahía que envuelve a la casa, las olas... Todo ello murmura, murmura...

Que la casa esté siempre bien cerrada. Que no haya ni una puerta, ni un postigo abierto. Que nadie viva allí jamás. Que la casa se vaya derruyendo lentamente...

Cerrad la puerta con los cerrojos y candados, para que nadie entre jamás en el jardín.

Que los árboles de especias sigan abandonados; que crezcan, fructifiquen y esparzan sus semillas por el suelo. Que la maleza crezca y lo enmarañe todo.

Los clavos saldrán rodando y se pudrirán; la nuez moscada madurará y su piel verdeamarillenta estallará; el rojo coral del macis perderá su color, y el viento se lo llevará, mientras que las relucientes nueces negras caerán a la tierra dura y seca.

Ningún prao cruzará hasta aquí por la bahía exterior; ningún prao atracará en el muelle del jardín ni atará sus cabos al poste de la lámpara.

El muelle se irá deshaciendo, e incluso el poste de madera y hierro se cubrirá de orín con el agua del mar.

¡Dejad solo al comisario! ¡Dadle tiempo para que lo olvide todo! El jardín y la casa, sus muebles de ébano y sus vajillas de porcelana, la jarra verde del agua, sus criadas, su esposa y las perlas.

Dadle tiempo para que perdone a las cuatro mujeres, si es que lo asesinaron. Él debe saberlo.

Dadle tiempo.

Porque así acabará marchándose ya, que este no era su verdadero hogar. Pero el comisario necesita tiempo, mucho tiempo...

Esto ocurrió el mismo año en que el subteniente Himpies cayó herido de muerte por una flecha de los indígenas alifuras de la montaña.

Constance y el marinero

Un joven funcionario holandés tenía alquilada por aquel entonces, para él y su familia, la casa que poseía en la ciudad la señora del Pequeño Jardín. El matrimonio tenía una hijita de dos años, llamada Sophia Pia en honor a su abuela. Los criados la llamaban señorita Sofi, de manera que en la práctica era ese su nombre. En la casa vivían seis criados, además de la cocinera, y todos ellos estaban emparentados. El viejo Matheus era el principal. En realidad no debería haber sido criado, sino el jefe de alguna aldea cristiana de una de las otras islas. Debería haber sido un rajá, como llamaban a esos jefes, aunque nunca se hubiera puesto un caftán de brocado ni un turbante con cinta. Aunque solo se hubiese vestido con pantalones de algodón a rayas y una chaqueta y, para ir los domingos a la iglesia, unos pantalones negros y una chaqueta con mangas de brillante bombasí y los pies descalzos —como los llevaba ahora—, debería haber sido un rajá.

Desde tiempos inmemoriales, dos familias habían luchado en su isla por el puesto de rajá. De vez en cuando, la lucha era a vida o muerte, y la familia de Matheus había perdido varias veces seguidas.

El viejo hablaba de esto con absoluta resignación: la otra familia era muy numerosa, con muchos hombres jóvenes y fuertes, mientras que la suya era pequeña, y la mayoría de sus miembros, viejos o débiles. Y es sabido que los jóvenes derrotan a los viejos; los fuertes, a los débiles, y los muchos, a los pocos. Así ocurre siempre y es lo natural. Además es muy justo, porque a la larga, los jóvenes son los viejos, y los fuertes, los débiles, y los muchos se convierten en los pocos.

«Pero muchos que son los primeros serán los últimos», decía Matheus.

Sin embargo, no había sido capaz de permanecer en casa y presenciar todo esto pasivamente. Había dejado a su esposa y a sus hijos en su isla, y los visitaba una o dos veces al año. Él se había marchado a la bahía exterior, y allí vivía. ¿A qué podía aspirar un viejo sin preparación alguna, sino a convertirse en criado de una buena casa?

No es que le gustase mucho, pero siempre llevaba a unos cuantos parientes y se le daba muy bien distribuir el trabajo entre ellos. Por ser Matheus un viejo tan respetable y sensato, cualquier casa podría considerarse afortunada de poder contar con él como criado principal. La mayor parte del trabajo lo hacían Lea —la hermana de su mujer— los tres hijos de esta, y su sobrina Pauline, la hija ya mayor de uno de los hermanos de Matheus.

Mamá Lea era una mujer enorme, muy negra y fea, con una boca siempre riendo y llena de grandes dientes blanquísimos. Nadie comprendía de dónde había salido aquella hija tan delicada que tenía: la llamada Lisbeth. La niña parecía una muñequita con unos espesos rizos negros, ojos profundos del color de la uva tinta y unos dientes de reluciente blancura, pero su piel era bastante clara, color café con mucha leche.

Tenía nueve o diez años, pero Mamá Lea la vestía de mujer, y cuando Matheus le dijo que Lisbeth ya tenía edad para trabajar, peinó a la niña con un moño, y Lisbeth se convirtió en la niñera de la señorita Sofi.

Su trabajo consistía en quedarse sentada con Sofi en una estera, debajo de un árbol, desde después del desayuno hasta que hacía demasiado calor, y luego otra vez por la tarde, desde que la niña se levantaba de la siesta hasta que se ponía el sol. Tenían muñecas para jugar, un perro de terciopelo, y un ave auténtica: una cacatúa domesticada que la señora del Pequeño Jardín le había regalado a la niña. La primera palabra que aprendió a decir Sofi fue *ca-ca-túa*.

Pauline cosía y planchaba. Pauline era un misterio. No se parecía a ninguna de las demás. Era como si no perteneciese a la familia, y guardaba las distancias. Obedecía al viejo —¿quién era capaz de desobedecer a Matheus?—, pero nada más. Esta joven no muy alta vestía siempre con colores sombríos que la hacían parecer aún más negra de lo que era. Se refugiaba en una constante reserva, como si aquel rostro oscuro y bien controlado escondiera un terrible secreto. Siempre estaba sola.

Hasta que llegó Constance.

La cocinera cayó enferma, y como Matheus no pudo encontrar ninguna otra pariente que supiera cocinar bien, hubo que contratar a una mujer de la ciudad. Como no pertenecía a la familia de Matheus, no podía alojarse en la casa, sino en la ciudad, donde siempre había vivido. Era una mujer independiente. Miraba por encima del hombro a las demás y afirmaba que eran de la selva.

No era guapa. Su rostro era redondo e infantil; peinaba su reluciente cabello con un moño pequeño y bajo, y cuando llegaba del mercado, con su falda y su chaqueta y con la cesta de la compra encima de un pañuelo doblado que se ponía en la cabeza; cuando pasaba bajo los árboles y se acercaba a la casa por la vereda, para luego subir por los escalones de la entrada, y pasaba por la galería de la enredadera verde con flores azules, hasta la cocina..., todos se quedaban parados un momento, contemplándola.

Andaba casi sin doblar sus largas piernas, sin mover apenas las caderas ni las rodillas. Los músculos de su cuello redondo y suave, la espalda tan recta, los hombros redondos, todo ello contribuía a mantener muy derecha la cabeza que sostenía la pesada cesta, y movía los brazos rítmicamente al andar; nunca los llevaba colgando, sino que los balanceaba, como si sus manos fueran pesas. Esto daba a su andar un aire a la vez lánguido y majestuoso: como andaría en una procesión alguien que personificara la Cosecha o el Verano. En vez de la vieja cesta de la compra podía haber llevado en la cabeza una bandeja con piñas doradas o una jarra de agua, de bronce, brillando al sol.

Pauline adoró a Constance desde el primer día. La seguía por todas partes, hacía por ella los trabajos más desagradables y la defendía con la voz temblorosa de indignación cada vez que alguien la criticaba.

Constance había estado casada de verdad, pero nadie sabía por dónde andaba su

marido. Tampoco lo sabía la propia Constance. Ahora tenía un amante, como estaba mandado..., pero su caso era diferente, porque tenía uno distinto cada día. Y lo malo era que, mientras que a ella le importaban un comino todos sus amantes, a ellos les importaba muchísimo Constance. Siempre se estaban peleando unos con otros, la esperaban para hablar con ella una vez más —la última vez— y la amenazaban con matarla o con suicidarse: todos sufrían, excepto Constance. Porque en el fondo de su corazón solo había una cosa que la conmoviese.

Una vez, por casualidad, el joven funcionario y su mujer la habían visto transformada.

Fue a última hora de la tarde, en una plazuela del centro de la ciudad.

Lucía la luna, pero el follaje de los altos árboles era tan denso que ocultaba la vista del claro cielo nocturno. Debajo, entre el polvo y la oscuridad, temblaban las llamas de las antorchas que daban un resplandor rojizo. Había mucha gente.

En el suelo se extendía una larga maroma de rota, hecha con varios trozos unidos por varios fuertes nudos. Esta maroma cruzaba por el centro de la plaza y, en cada extremo, un grupo de hombres esperaba para empezar a tirar de ella.

Aparte, los tamborileros estaban sentados junto a sus instrumentos. Había tambores muy grandes y otros pequeños; algunos tan ligeros como tamboriles. Unos los tocaban con los puños cerrados y otros con las palmas de las manos. Solo uno usaba las yemas de los dedos.

Pero todos los tambores se armonizaban perfectamente, y su música no era nunca un conjunto anárquico de sonidos, sino que conservaba y mantenía un ritmo severo, un penetrante latido. De vez en cuando cambiaba el ritmo. Servía para animar a los hombres mientras se esforzaban terriblemente tirando de la maroma, y aliviaba su cansancio.

Cuando un equipo ganaba por fin, los tambores se callaban de repente y dejaban a los hombres, incluidos los vencedores, completamente agotados. Algunos se tiraban al suelo en el mismo lugar en que estaban, y otros se sentaban jadeantes.

Entonces intervenían las mujeres, que cantaban hasta que los hombres recobraban el aliento.

Las mujeres se sentaban en filas formando un cuadrado: por ejemplo, cinco filas de cinco mujeres o seis filas de seis, todas juntas y vestidas igual, cada una con un gran paño blanco doblado sobre la cabeza.

Cantaban diferentes canciones, sobre todo la monótona canción de la lucha de la maroma, que luego se convierte en una canción de amor. Batían palmas acompasadamente y marcaban algunos pasos al ritmo de la música —atrás y adelante—, pero sin moverse apenas del sitio.

Los tambores empezaban de nuevo a sonar suavemente...

«El tambor llama de lejos, de muy lejos...»: eso era lo que decía la canción. Se limitaban a acompañar a las cantantes marcando levemente el compás.

Pero luego —no de pronto, sino paulatinamente—, con cuidadosos dedos, manos

y puños, el sonido de los tambores se iba intensificando, y su ritmo dominaba poco a poco todo lo demás. La letra de la canción, la melodía, todo se perdía en el obsesionante *tam-tam* de los tambores.

El joven funcionario y su esposa tardaron en descubrir a Constance. Por fin la vieron en la primera fila. Era difícil reconocerla entre tantas mujeres que parecían iguales.

A la temblorosa luz de las antorchas, a su rojo resplandor, entre el humo y el polvo, el rostro de Constance aparecía casi negro. Lo humedecía el sudor y brillaba como si lo hubiesen pintado con aceite. Constance miraba fijamente hacia delante con los ojos muy abiertos, como si no viera nada. Y parecía exactamente igual que la mujer que tenía al lado, y la otra, y la otra...

Ya no eran filas de mujeres que cantaban, bailaban y batían palmas, sino una extraña masa oscura y cuadrada cubierta con la blancura de los tiesos paños doblados en muchos dobleces. Aquello parecía una balsa humana que se balanceaba sobre el agua —adelante, atrás, adelante— siguiendo el ritmo de los tambores y exactamente como estos quisieran.

—¿Has visto ya bastante? —le preguntó el joven funcionario a su mujer—. No he visto en mi vida cosa tan aburrida como esta. No comprendo qué diversión puede encontrar en ello la hermosa Constance.

Cuando regresaban iba pensando la mujer si su marido creía realmente que aquel fascinante espectáculo era aburrido. Tenebroso, amenazador, excitante, lleno de ancestrales terrores, pero ¿aburrido? ¡De ninguna manera!

Constance, con los muchos amantes que nada le importaban... Pero es que tenía un amante al que no podía olvidar: el tambor. No un tambor, sino todos los tambores, el ritmo de todos ellos, y probablemente nunca encontraría un amante más tierno ni más apasionado.

Al día siguiente, naturalmente, estaba cansadísima y tenía que levantarse tarde. Ni siquiera avisaba: Pauline sabía que aquel día debía encargarse de la cocina. Por fin aparecía Constance, tranquila y moviéndose con su gracia habitual; sonreía a Pauline y hacía oídos sordos a los gruñidos de Matheus.

Pero un día, la Constance de tantos amantes —uno cada día— cometió un desliz. Hasta entonces, sus aventuras eróticas habían sido asunto exclusivamente suyo, pero ¡esta vez...! Imagínense ustedes que aquel nuevo amante era un marinero, y una mujer que ya no es muy joven y tiene algún dinero, «una de la ciudad», no puede mezclarse con un marinero.

¡Fue terrible!

Y ni siquiera era un marinero de la Marina Real ni de los barcos de pasajeros, que siempre tienen mucho dinero y son gente de paso, sino de un guardacostas del Gobierno, la peor clase de marinero.

Tampoco era «uno de los nuestros», ni siquiera de ninguna de las islas. ¡Un individuo de Macasar, que ni siquiera sería cristiano!

Matheus estaba furioso. No volvió a dirigirle la palabra a Constance, y prohibió a Mamá Lea que le hablase (gran sacrificio para Mamá Lea, porque se desvivía por hablar). Los hermanitos de Lisbeth corrían detrás de Constance por la calle y la insultaban, y la propia Lisbeth intentó enseñarle a Sofi con gran paciencia la canción del marinero borracho.

Solo Pauline siguió siéndole fiel, pero estaba muy preocupada y no cesaba de advertirle: «¡Ten cuidado, Constance, ten mucho cuidado porque de este asunto no puede salir nada bueno! ¡Ya verás como pasa algo malo!», como si pudiese predecir el futuro.

La cosa empezó una tarde, a la hora de la siesta. Pauline llegó corriendo, entró en el dormitorio de los amos sin llamar siquiera y se detuvo en seco entre las camas. Traía la cabeza encogida entre los hombros y se apretaba el cuerpo con los antebrazos, como si así le impidiera derrumbarse, y adelantaba las manos con un violento temblor.

También le temblaba la boca, y tanto que apenas podía hablar:

—El marinero..., el marinero de Macasar... Ha venido con un cuchillo... Constance... La está asesinando.

Estaba tan aterrada y temblaba tan fuertemente que el funcionario se levantó de su cama de un salto, agarró a Pauline por un brazo y gritándole: «¡Vamos! ¿Dónde, dónde está ese hombre?», salió dando tumbos de la casa, descalzo y en pijama. No podía andar bien, descalzo. Su mujer, en bata, corrió tras él.

El dormitorio daba a la galería posterior y detrás estaba el jardín, inundado de sol y vacío a aquella hora. No se veía absolutamente a nadie. Detrás de una ventana, Mamá Lea y Lisbeth miraban con ojos espantados. Los chicos se habían escondido en los matorrales del fondo del jardín.

¿Por qué no estaba allí Matheus?

La casa se hallaba muy próxima a los edificios anejos. A la derecha, cerca de la galería trasera, se encontraba la cocina. La puerta de madera de la cocina estaba cerrada, y ante ella había un hombre. ¡Aquel debía de ser el marinero!

No llevaba uniforme, sino un largo sarong, y encima, una chaqueta negra. Un fino pañuelo oscuro le envolvía la cabeza, como un turbante.

A Constance no la veían. ¿Habría logrado huir a tiempo? La puerta de la cocina estaba cerrada. Podía cerrarse muy bien por dentro con unos grandes travesaños, y también los había para atrancar las ventanas, de manera que Constance podía estar relativamente a salvo.

El marinero tenía la cara casi pegada a la puerta y la golpeaba con la mano izquierda, no violentamente, sino de un modo suave aunque insistente, y en la mano derecha tenía, hacia abajo, un cuchillo corto, pero de aspecto peligroso.

—Oiga, ¿está usted loco? —gritaba el joven funcionario mientras corría hacia él con Pauline.

El marinero dio bruscamente la vuelta, apoyó la espalda en la puerta de la cocina

y quedó inclinado hacia adelante mirando torvamente.

La esposa del funcionario sabía lo que iba a ocurrir: primero su marido, luego Pauline, luego ella; después, dentro de la casa, la pequeña Sofi, en su cuna, y después Constance, en la cocina... Luego correría por las calles y por fin lo prenderían. Así sucedía siempre, así lo dirían en el periódico: «Un marinero pierde la cabeza; mata a cuatro adultos y una niña. [...] El primero fue un joven funcionario...». A la esposa de este casi se le paró el corazón de puro susto.

Después vio la cara del marinero. No era una cara «tenebrosa», sino joven, de joven animal acosado, alerta, pero al mismo tiempo llena de asombro.

—¿Se ha vuelto usted loco? ¿Qué va a hacer con ese cuchillo? ¡Démelo!

El joven funcionario estaba ahora frente al marinero y extendía el brazo para que le diera el cuchillo.

El marinero lo contempló un momento: otro hombre joven como él, no muy alto. Pero él iba en pijama y con las manos vacías.

¿Qué iba a hacer?

Sin decir una palabra, el marinero dirigió el cuchillo contra el funcionario, pero en ese mismo instante, Pauline se lanzó de un salto entre los dos hombres, como una gata, y antes de que supieran lo que iba a hacer, se apoderó del cuchillo y salió corriendo, apretándolo con ambas manos.

Durante un momento pareció como si todos hubieran enloquecido.

Una oleada de furia ensombreció la cara del marinero: abrió los ojos tanto que parecía se le iban a salir de las órbitas. Y hasta el blanco de los ojos se le oscureció. El funcionario gritaba furioso:

—¡Pauline, loca, qué estás haciendo! ¡Dame ese cuchillo inmediatamente!

Pero estaba ya muy lejos y seguía apretando el cuchillo para que no se lo quitaran. Le sangraba una mano, y estaba dispuesta a escaparse de la finca. El joven funcionario no podría alcanzarla descalzo. Acabó por encogerse de hombros y dijo:

—Esa idiota... —Y se volvió hacia el marinero, que también parecía haberse calmado—. ¿Cómo puede usted...? —añadió el funcionario. E interrumpiéndose, miró al otro, y entonces los dos empezaron a sonreír.

—Tiene usted razón, señor —dijo el marinero—. Perdóneme. —Y se rascaba la cabeza.

Anduvieron juntos por la acera frente a la casa.

El marinero se detuvo.

—Una mujer como esa —dijo señalando la cocina con el pulgar— vuelve loco al hombre más sensato. ¡Créame, señor! —Y se golpeó varias veces la frente con la mano, con sus dedos largos y morenos inclinados hacia atrás.

—Bueno, hombre, entonces le conviene a usted dejarla —le aconsejó el funcionario.

El marinero sonrió de nuevo.

—¡Cuánta razón tiene usted, señor...! Perdóneme. —Se puso firme, a pesar del

sarong y la chaqueta, e hizo un saludo militar—. ¡Le deseo toda clase de dichas, señor!

El funcionario, con su pijama arrugado, devolvió el saludo:

—¡Lo mismo le digo!

En efecto, ¿qué otra cosa podía decir?

Y así terminó aquello.

El marinero siguió caminando, y el joven funcionario volvió a su casa, con gran asombro de la esposa:

—¿Cómo?, ¿ya vuelves? —Pero la mujer se quedó donde estaba para ver si pasaba algo más.

Porque el marinero seguía por la vereda bajo los árboles, y ahora Pauline, que había vuelto, estaba llamando en la puerta de la cocina. Al cabo de un rato, la abrió Constance con gran cuidado y, cuando vio que el cuchillo lo tenía Pauline, salió.

Estaba aún pálida, pero pronto le volvió el color y empezó a caminar con su majestuoso paso. Pauline iba junto a ella con el cuchillo.

—Constance, ten cuidado... —le decía en voz baja—; ten cuidado, Constance.

Pero Constance no la escuchaba. Miraba al marinero y él la miraba a ella.

Y ya que eran amantes, ¿por qué no se arreglaban de una vez y se marchaban juntos, dejando a Pauline con el cuchillo? Podían caminar por la orilla de la bahía exterior tan azul, podían ir cogidos de la mano, protegiéndose Constance del sol con una gran palma verde. Muy bien podían amarse de nuevo Constance y su marinero. Pues no, allí seguían los dos parados, mirándose fijamente a cierta distancia.

El marinero no era muy alto ni muy moreno, sino esbelto, ágil y, sin embargo, muy fuerte. Había algo en él que evocaba el aire libre; se le notaban los grandes espacios que había recorrido, el mar con sus olas de blancas crestas y sus tormentas, una gran profundidad verde de agua salada con peces plateados cruzándola por todas partes. Él podía haber sido uno de aquellos peces.

Y sobre todo era muy joven.

Comparada con él, Constance estaba plantada demasiado firmemente en el suelo, ahora que se había parado. Era como si la envolviese un aire demasiado denso y cargado, como si pesara sobre ella el mundo de las antorchas, el polvo y el morbosos latido de los tambores.

En verdad, Constance no era ya joven. Lentamente, con su tono despectivo, empezó a pinchar al marinero:

—¿Qué te proponías, viniendo aquí en pleno día? Ponerme en evidencia delante de todos, ¿verdad? ¡Marinero, ni un solo día has dejado de estar borracho! Y has traído un cuchillo... ¿Creías que me asustarías? ¡Ja, ja, asustarme tú! Pero ¿qué clase de hombre eres? Desgraciado, no eres hombre en absoluto. —Pauline seguía a su lado con el cuchillo.

El marinero permanecía inmóvil, pero sus ojos iban incesantemente de la una a la otra.

Luego hizo un chasquido con la lengua y dijo casi alegremente:

—Unas mujerzuelas, eso es lo que sois las dos. —Y sin pronunciar una palabra más, empezó a caminar por la soleada vereda sin mirar hacia atrás ni una sola vez.

Constance sintió el impulso de echar a correr tras él, pero Pauline la sujetó por las muñecas, gritándole:

—¡Constance, no te pierdas, que te matará!

Constance intentó soltarse, pero Pauline la sujetaba con fuerza y, por fin, dándose por vencida, se encogió de hombros y se dejó llevar por ella.

En cuanto vieron a la esposa del funcionario, Pauline exclamó:

—¡Señora, usted misma lo ha visto; Constance no puede volver a su casa mientras el marinero esté en la ciudad! Tendrá que quedarse aquí. Puede dormir en mi habitación. No puede ir por las calles, porque ese hombre la mataría. La señora lo comprende, ¿verdad?

Constance las miraba como si estuvieran hablando de otra persona.

Y cuando la joven señora, después de titubear un poco, dijo que podía quedarse allí, Constance ni siquiera la escuchaba.

—Enséñame el cuchillo —le dijo a Pauline. Lo tomó en sus manos, lo examinó cuidadosamente y después se lo enseñó a la señora del funcionario.

Era un precioso cuchillo, de excelente acero, fino, muy afilado y terminado en punta. El mango parecía demasiado pesado para la estrecha hoja. Estaba envuelto con fibra de rota para que se acomodase mejor a la mano.

Constance pasó un dedo por el filo y dijo:

—¡Ay, cómo cortará esto! —Y al decirlo cerraba los ojos voluptuosamente.

Cuando Pauline quiso recuperar el cuchillo, Constance la miró sorprendida.

—Pero mujer, si este cuchillo es mío.

Pauline protestó, y la otra le replicó fríamente:

—Vamos a ver: ¿a quién vino a matar?, ¿a ti o a mí?

—No, a mí no —se apresuró a contestar Pauline—. A ti, Constance, a ti.

Constance se quedó con el cuchillo.

Y todos se fueron a descansar.

Más tarde, a la hora de la merienda, regresó Matheus. Había estado en la barbería y se había bebido un vaso de vino de palma (se le notaba en el aliento, desde lejos). Cuando dejó en la mesa la bandeja con el té para el funcionario, soltó de buenas a primeras que Constance no podía seguir en la casa. Él se encargaría de buscar otra cocinera.

El joven funcionario accedió inmediatamente.

—Matheus tiene razón. Esta vez ha salido bien, pero la próxima vez podríamos encontrarnos con un asesinato en la casa... ¡No, gracias!

Su mujer pensó que exageraba.

—He prometido que Constance se quedará aquí mientras el marinero siga en la ciudad.

—¿Qué necesidad había de eso? —preguntó el funcionario irritado.

Pero a Matheus le pareció sensata esa medida de precaución:

—No será mucho tiempo —dijo—. Dentro de diez días zarpará su barco para Nueva Guinea, adonde va en viaje de inspección. Es un viaje muy largo, y tardará mucho en volver. Déjenla ustedes aquí esos días, y mientras buscaré otra cocinera.

Así que Constance permaneció en la casa aquellos diez días.

No tuvo que hacer nada: Pauline se encargó de todas sus tareas. Guisó, fregó los platos y los cacharros de la cocina, la mantuvo limpia y fue al mercado muy temprano todas las mañanas.

Dentro de la cesta grande llevaba otra pequeña donde metía las cosas especiales y exquisitas que compraba para Constance, cosas que pagaba con su propio dinero si no bastaba con la sisa: fruta fresca o en dulce (y esto salía muy caro), nueces, pasteles e incluso ramos de flores atados con hojas de platanera. Además, compraba material para una chaqueta nueva, que estaba cosiendo a toda prisa en la máquina de coser, con una larga fila de botones muy pequeños y diminutos ojales en ambas mangas, para que ajustasen muy bien.

Fue a casa de Constance a recoger su ropa, y se la lavó y planchó. Todos los ratos libres los pasaba junto a ella, en una estera, a la sombra de algún árbol, o en la galería, frente a su habitación. Hacía friegas a Constance mientras esta yacía cuan larga era en la estera. Este masaje se lo daba sobre todo en las muñecas y los tobillos, porque ahí es donde se aloja el cansancio, y también en la nuca, donde se acumulan las penas y las preocupaciones de los seres humanos. Pauline sabía dar muy bien el masaje, y mientras cantaba con su voz profunda y agradable todas las canciones, todos los salmos que sabía.

Pauline se apoderaba sigilosamente de los pocos limones del único limonero que había en el huerto y los dejaba hervir a fuego lento hasta que estallaban. Después de enfriarlos al relente durante una noche entera, extraía aquel líquido gelatinoso que olía deliciosamente y lo usaba para lavar el cabello de Constance. Se lo frotaba con el jugo del limón y luego lo aclaraba con agua fría de lluvia, lo secaba y peinaba, y mientras le cantaba todas las canciones que sabía.

Constance se dejaba hacer todo esto.

No volvieron a mencionar al marinero. Nadie había vuelto a verlo.

Diez días de vacaciones pagadas para Constance; y para Pauline, diez días de cielo en la tierra. Pero diez días son poco tiempo.

En la bahía exterior sonaron tres toques de sirena, y el eco los reprodujo en los montes. Matheus levantó la mano y dijo:

—Ya se va y no volverá.

Y Constance también se fue. A ella no le importó, porque tenía su propia casa, sus muebles y también algún dinero. Cuando buenamente sintiera ganas de hacer algo,

buscaría una nueva colocación y la encontraría en seguida. Pero por ahora iba a estarse sin hacer nada. Era casi luna llena, el tiempo en que se celebraban las luchas de la maroma.

Tenía muy buen aspecto, pues había descansado mucho y estaba muy favorecida, con su ropa toda limpia y recién planchada. Llevaba la chaqueta nueva que le había hecho Pauline, con las mangas muy ajustadas hasta las muñecas, el cabello reluciente y con olor a limón, y una flor tras la oreja. Así salió de la casa del funcionario, muy derecha, con su paso rítmico y majestuoso, moviendo los brazos desde los ágiles hombros, lentamente, como si las manos la cansaran.

Pocos días después estaría bailando y cantando en el juego ritual de la maroma, sudorosa, irreconocible, medio desmayada con el ritmo obsesionante de los tambores... ¡Constance!

Pauline fue con ella para ayudarla en la mudanza, según decía. Poco tuvo que mudar: la vieja cesta, propiedad de Constance, su ropa y el cuchillo del marinero. Pauline cargó con todo para que ella fuera más cómoda.

Luego hubo tres semanas de silencio.

A veces, el silencio era tan profundo que desde el jardín se oía perfectamente el rumor del mar. Todo volvió a ser como antes, y Matheus siguió siendo el respetable viejo, el jefe de los criados.

Mamá Lea hacía todo el trabajo y aún le sobraba tiempo para echar una ojeada a los niños en el jardín, mojar el mechoncito de pelo castaño claro que adornaba la frente de la señorita Sofi y cepillararlo hacia arriba, y peinar el rizado cabello negro de Lisbeth, tirando de él hacia atrás con tanta fuerza que la chica tenía que cerrar los ojos.

Los niños jugaban horas y horas en el jardín con la muñeca roja, y la cacatúa se instalaba junto a ellos.

Pauline cosía y remendaba. A veces desaparecía un rato: siempre para ver a Constance. Matheus se lo toleraba, y solo le había prohibido ir por las noches al juego de la maroma bajo la luna. Cuando Matheus prohibía algo, era imposible saltarse la prohibición.

En la cocina había alguien nuevo, pero no una cocinera, sino un cocinero que se llamaba Jacob. Era aún más viejo que Matheus; un tipo nada sociable, con una enmarañada pelambreira gris. Nadie le hacía caso. Insistía en encender la lumbre con leña en vez de carbón, y las nubes de humo que salían de la cocina —y no por la chimenea— eran la segura señal para saber si Jacob estaba allí. No guisaba muy bien, y no había manera de hacerle comprender que a algunas personas no les gustaban los huevos de tortuga. La esposa del funcionario, que odiaba los huevos de tortuga, empezó a fraguar el regreso de Constance. Primero tenía que convencer a su marido y a Matheus.

Pero después de aquellas tres semanas de silencio, Constance ya no pudo volver.

Matheus lo anunció por la mañana temprano cuando sirvió el café. Pauline estaba a su lado con la cara abotargada y húmeda de tanto llorar.

—¡Calma, Pauline! Tengo que decírselo al amo y al ama. Señor, ha habido un accidente —dijo Matheus lentamente y con énfasis—. Constance ha muerto. ¡Tranquilidad, Pauline! Anoche estuvo en la fiesta de la maroma. Era ya muy tarde cuando volvió a su casa, y la acompañaba un hombre. Sus vecinos lo vieron, pero no pudieron saber quién era. Por la mañana, cuando fueron al pozo, vieron que la puerta de Constance estaba abierta. Pensaron que habrían entrado ladrones mientras ella dormía y quisieron advertirla, pero nadie respondía a las llamadas. Entonces entraron y la encontraron muerta, bañada en sangre.

—¿La han asesinado? —preguntó el funcionario.

—¡Cállate, Pauline! Sí, señor, muerta a puñaladas.

Entonces Pauline fue incapaz de seguir conteniéndose y repitió casi las mismas palabras que había dicho antes:

—¡El marinero, el marinero de Macasar con su cuchillo! —Pero lo dijo de un modo diferente, como una niña sollozante sacudida por una inmensa tristeza. Se había quedado muy quieta, con las manos fuertemente apretadas.

Los otros se miraron. ¿El marinero? Pero si el marinero se había ido a Nueva Guinea. Era imposible que estuviera en la isla.

Matheus dijo amablemente, como si se estuviera dirigiendo a una niña pequeña:

—Escucha, Pauline, escucha; ya te he dicho que si Constance ha sido asesinada, y eso no puede negarlo nadie, no la ha matado el marinero. Es absolutamente imposible. Piensa que su barco zarpó hace tres semanas y está allá, en Nueva Guinea. —Matheus acompañó estas palabras con un amplio gesto de distancia—. El marinero está en su barco y no aquí. ¿Cómo quieres que haya asesinado a Constance?

Pauline dejó de llorar, sorbió ruidosamente y gritó:

—¡Sí, con su cuchillo!

¿Acaso se estaba volviendo loca?

—Que le den bromuro —le dijo el funcionario a su esposa—. Que Mamá Lea se esté con ella todo el día, y esta noche le daremos una píldora, un somnífero... ¿No es eso lo mejor, Matheus?

—Sí, señor —dijo Matheus, pensando que, efectivamente, aquello era lo único que se podía hacer, porque Pauline tenía ahora una enorme pena, aunque se le iría pasando, pero esto no lo sabía ella aún.

Todos se compadecían de Pauline, y a Constance no volvieron a mencionarla. Pero en la ciudad se decía que la policía andaba buscando al hombre que se había ido con ella a su casa aquella noche. Era un espectador de la lucha de la maroma, y mucha gente lo había visto y podría identificarlo.

Lo detuvieron al cabo de unos días. Confesó en seguida. Era un hombre de la isla, de la ciudad de la bahía exterior. ¡El propio marido de Constance! Hacía muchos años que la había abandonado para marcharse a Java, porque ya entonces era Constance

mujer de amantes, pero al cabo de los años, el marido sintió la nostalgia de su tierra y regresó. La vio en la fiesta y luego se fue con ella a su casa.

Nada habría ocurrido si ella no lo hubiese provocado, si no lo hubiera «humillado». Al final le dijo que lo mejor que podía hacer era marcharse. ¿Para qué había vuelto? Como siempre que asistía al rito de la maroma, estaba soñolienta. Había señalado al cuchillo, que se hallaba sobre un banco, muy brillante.

—¿Ves ese cuchillo tan afilado? Es de mi amante, un marinero. Ya sabes que estos marineros siempre tienen el cuchillo a punto. Por eso es preferible que te marches, porque él va a venir más tarde. —Entonces se rio y bostezó aparatosamente.

De repente, el marido lo vio todo rojo, y cuando recuperó la sensatez, Constance yacía en el suelo, en un charco de sangre que cubría el propio cuchillo. El hombre no entendía qué había sucedido. Sintió un gran pánico, limpió el cuchillo como pudo y salió corriendo, olvidando incluso cerrar la puerta. Solo recordaba que había escondido el cuchillo en una zanja: ya se lo enseñaría a la policía. Pero cuando esta lo llevó al lugar que él había indicado, el arma había desaparecido.

La historia circuló por toda la ciudad de la bahía exterior, y la gente se preguntaba si lo ahorcarían o no, ya que se había apresurado a confesarse culpable. Pero ¿por qué había mentado en lo del cuchillo? ¿O es que alguien lo había quitado de en medio?

Un día en que el joven funcionario estaba sentado a solas en su habitación, leyendo, entró Pauline. Se sentó en el suelo ante él —esto nunca lo hacía— y quiso abrazarle las rodillas como una suplicante.

—¡Por amor de Dios, Pauline! —dijo, molesto, el joven—. Levántate, por favor, y dime lo que te pasa.

Pauline se levantó temblorosa y quedó inclinada con los brazos cruzados.

—Señor, le pido por lo que más quiera que vaya a la policía, al juez, a todo el mundo, y les diga que no crean a ese hombre, porque es un malvado que está mintiendo a propósito... ¡Él no la mató! Quien la ha matado es el marinero; ya sabe, el marinero de Macasar, y la mató con su cuchillo. Tiene que decirles que yo..., que Pauline —y se golpeaba el pecho con un puño—, que Pauline puede ser testigo. ¡Lo juraré sobre el Libro y también sobre la Caja!

La Caja es el cepillo donde se deposita en la iglesia el dinero para los más pobres de la isla.

—Y también lo juraré sobre... —vaciló un instante, pero acabó decidiéndose con un tremendo valor—, también sobre el... el Agua.

Era terrible que hubiera pronunciado estas palabras.

El Agua era el agua de la lepra, y decirle esto a un europeo, que no tiene derecho a saber... Miró alrededor, temiendo que Matheus pudiese haberla oído, y luego juntó las manos en humilde súplica:

—Se lo ruego, señor, se lo ruego...

Parecía estar pidiendo limosna. Al principio el joven le preguntó:

—¿Acaso estabas tú allí, Pauline, para tener esa seguridad tan grande? ¿Cómo te

atreves a hacer esa declaración? ¿Es posible que creas que si ese hombre ha confesado y se está jugando la cabeza es por divertirse?

Pero cuando Pauline repitió «El marinero..., el cuchillo...», con aquella certidumbre tan machacona en la voz, procuró tranquilizarla:

—Quizá creas que el marinero, en vez de embarcarse, se ocultó en algún sitio... Verás lo que voy a hacer: en cuanto el barco regrese, hablaré con el capitán y se lo preguntaré. Si me dice que no, que el marinero no iba con ellos, se lo comunicaré inmediatamente a la policía. Si dice que sí, que el marinero embarcó en el guardacostas, será que estaba en Nueva Guinea y no aquí, y será imposible que haya asesinado a Constance. ¿Me oyes, Pauline? ¿O estás pensando en otra cosa?

—Sí —dijo Pauline, vacilante. Sí, sí, había oído al amo.

Ocho semanas después de zarpar del puerto de la bahía exterior, el blanco guardacostas del Gobierno regresó de su viaje de inspección.

Había muchos barcos anclados en la bahía exterior. Dos de la Marina Real, un carguero, un carbonero... La ciudad se llenó de pronto de animación y bullicio. Había marineros por todas partes.

Aquel mismo día, el funcionario abordó al capitán del guardacostas a la entrada del club y le preguntó por el marinero, aunque se sentía ridículo y lamentaba haberle hecho aquella promesa a Pauline.

El capitán supo en seguida a quién se refería. Su tripulación era pequeña. ¡Claro, el marinero de Macasar! —por cierto, un excelente marinero—, naturalmente que había ido con ellos; ¿por qué no había de ir?

Murmuró algo de que una de sus criadas era pariente suya y no intentó dar más explicaciones.

Cuando volvió a casa, llamó a su esposa y a Matheus, y los tres trataron una vez más de hacer comprender a Pauline que el marinero no podía haber asesinado a Constance, porque aquella noche estaba en Nueva Guinea. ¡Lo había dicho el propio capitán del barco! El cuchillo que ella le había quitado para dárselo a Constance no era ya el cuchillo de aquel hombre, y eso lo sabía ella mejor que nadie.

—Y aquí acaba este asunto para siempre —decretó Matheus con severidad—. No lo olvides, Pauline: se ha terminado para siempre.

Pauline había escuchado con calma y, cuando terminaron de hablar, preguntó:

—Entonces, ¿el marinero ha vuelto? ¿Está aquí, ahora? —Y señalaba con el dedo el suelo de la habitación.

Cuando le dijeron que sí, se marchó a sus ocupaciones sin hacer comentario alguno.

Al día siguiente estuvo inquieta, vagando continuamente por la casa, el jardín y los edificios anejos, sentándose a veces en algunos de los muchos escalones de piedra, mirando hacia delante fijamente para volverse a levantar al cabo de un rato.

Estuvo con los niños, pero no jugó con ellos ni les cantó, como solía hacer. Sentada en el borde de la estera, dando la espalda a los niños, alisaba la fina arena amarilla que tenía en la palma de la mano y dibujaba en ella con un dedo, mirando a veces hacia atrás para ver si la observaban. Luego borraba lo que había grabado en la arena, se levantaba y se sentaba en otro sitio.

Se hacía tarde; el sol perdía su fuerza, y el jardín estaba en calma, esperando la noche.

La joven esposa bebió sola su taza de té en la galería delantera, porque el marido había ido a jugar al tenis; Mamá Lea extendía los mosquiteros sobre las camas y los remetía por debajo. Jacob, el cocinero, se había ido a su casa, y Lisbeth guardaba ya los juguetes. Solo la pequeña Sofi seguía en el jardín, sentada en la estera, con la muñeca roja y la cacatúa, esperando a que Lisbeth se los llevara también, y un poco más allá estaba Matheus, recostado en un árbol, fumándose un cigarrillo que acababa de liar.

Pauline no había visto a Matheus.

Se sentó de nuevo en el borde de la estera y empezó a trazar dibujos en la arena con una ramita. No tuvo la precaución de mirar alrededor, porque se creía sola con aquella tonta criatura. Surcó la arena con unos trazos rápidos y cortos; luego dejó a un lado la ramita y estudió su obra con lúgubre intensidad.

Había dibujado el cuchillo del marinero, la fina hoja puntiaguda y el pesado mango forrado con fibra de rota. Al cabo de unos momentos empezó a murmurar muy bajito; sus labios se movían sin cesar.

Estaba tan abstraída que no vio que la pequeña Sofi avanzaba hacia ella arrastrando la muñeca... hasta pisar con sus piecitos descalzos el dibujo y borrar en seguida lo que quedaba de él con el largo vestido de la muñeca, que arrastraba por el suelo.

Pauline, lanzando un grito, se puso de rodillas.

—¡Mira, mira, mira lo que has hecho! Mi cuchillo, mi precioso cuchillo... ¡Ay, ay! —gemía desesperadamente.

Sofi se detuvo para ver qué le ocurría a Pauline, que chillaba tanto.

Furiosa, Pauline agarró a la criatura por los hombros y la sacudió con todas sus fuerzas.

—¡Mira, mira lo que has hecho!

La sacudía con tanta violencia que la cabecita del mechón castaño se balanceaba como si fuera demasiado grande y pesada para el débil cuello que la sostenía, y la muñeca roja que Sofi apretaba con todas sus fuerzas se movía de izquierda a derecha con violentas sacudidas.

—¡Mira lo que has hecho!

Le dio a la niña tal empujón, que Sofi cayó al suelo con un ruido sordo y con las piernas por alto. La cacatúa chilló y agitó las alas, y Pauline se volvió inmediatamente e intentó agarrar al ave, que chillaba sin cesar y la picoteaba en las

manos... Entonces apareció Matheus junto a ella. La levantó por las muñecas y, sin decirle una palabra, la miró con tremenda intensidad. Durante un momento pareció como si también fuese a atacarlo a él. Luego la soltó y le dijo:

—Vete a tu habitación, Pauline, y cierra la puerta.

Ella se marchó sin decir nada.

La niña estaba otra vez sentada, muy derecha. Primero abrió mucho la boca para empezar a llorar, pero cambió de idea, atrajo hacia sí la muñeca roja, le sacudió la arena del vestido, le miró tiernamente los ojos negros como cuentas de collar y empezó a decirle en su media lengua lo que pensaba de Pauline. Pero cuando vio que Matheus estaba a su lado, tiró la muñeca, tendió los brazos al viejo y rompió a llorar lastimeramente.

Él la cogió en brazos con la muñeca, se puso a la cacatúa en el hombro y se dirigió hacia la casa, donde dejó a la niña en el regazo de la madre.

—La señorita Sofi se ha caído —dijo.

La cacatúa bajó de su hombro y se instaló en la mesa, junto a la bandeja del té, para que le dieran un terrón de azúcar.

Matheus no se retiró, y poco después, sin más preliminares, pidió una semana de permiso: quería visitar su isla, y al día siguiente salía el prao del correo. La señora lo miró un momento sorprendida, ya que Matheus había estado en su tierra recientemente.

—Y Pauline también pide permiso para visitar su isla —añadió el viejo.

—Pero a mí no me ha dicho nada.

—No, señora.

Con Sofi y la muñeca roja en su regazo, la joven señora reflexionaba sobre aquella petición: el prao tenía que surcar un gran trecho de alta mar, y para una embarcación tan frágil era muy peligroso.

—¿Por qué no esperan ustedes al paquebote? —preguntó.

Matheus la miró:

—No, señora, imposible. Sería demasiado tarde.

La niña estuvo llorando mucho tiempo hasta que se quedó dormida.

Aquella noche daban en la ciudad un baile de gala para toda la oficialidad de los barcos.

—Preferiría no ir —dijo la joven esposa—. Prefiero quedarme con Sofi. Está un poco rara. No sé qué le sucede.

El marido se rio de ella: cuando ellos dos salían de noche, Mamá Lea y Lisbeth dormían en la habitación del matrimonio con la niña, y a veces también Pauline, mientras que Matheus y los dos hermanos de Lisbeth dormían en la galería trasera.

—Mujer, ¿no te parece que con seis personas estará bastante atendida nuestra Sofi? Si ocurre algo, nos pueden avisar en seguida.

La esposa vaciló.

—Bueno —dijo por fin—, pero no quiero que Pauline se quede con la niña.

No sabía por qué lo había dicho. No había visto lo ocurrido en el jardín.

Cuando regresaron de la fiesta, ya muy tarde, Matheus y los dos chicos estaban profundamente dormidos en la galería trasera. El viejo Matheus se despertó sobresaltado y se incorporó en su estera. Parecía muy cansado e inquieto.

—Me he quedado dormido —dijo frotándose la frente.

—¿Y qué tiene eso de malo? —dijo el funcionario—. ¿Pretendías pasarte toda la noche despierto?

—Habría sido mejor para mi estar despierto, señor.

Mamá Lea y Lisbeth salieron del dormitorio tambaleándose de sueño, arrastrando sus esteras y almohadas.

—La señorita Sofi ha sido muy buena; no ha llorado ni una sola vez —dijo Mamá Lea.

—Te agradezco mucho que hayas cuidado tan bien a la nena, Mamá Lea, y a ti también, Lisbeth. Mañana os daré algo bueno, y también a Sofi y a Kakka.

La niña Lisbeth rompió a reír estruendosamente a pesar de la hora. La cacatúa, en la jaula de bambú donde la encerraban de noche para que el gato no la atacase, abrió un ojo muy redondo y miró intrigada para ver quién se reía.

—¿Vamos? —dijo el marido.

La joven señora tenía la impresión de que esta era una gran familia feliz: estos tres, los seis, e incluso la cacatúa Kakka.

Solo estaba cerrada la puerta del dormitorio a oscuras de Pauline.

A la mañana siguiente, todos se levantaron más tarde que de costumbre.

El joven funcionario fue a su oficina. Era el día en que se celebraba en el club la partida de cartas semanal, y no iba a comer en casa.

Matheus y Pauline permanecieron en sus habitaciones e hicieron el equipaje, aunque el prao no salía hasta la puesta de sol. La travesía se tenía que hacer de noche, ya que la corriente era más favorable.

Mamá Lea estuvo limpiando la casa.

La joven señora sacó una silla al jardín y se sentó cerca de los niños.

Cuando Jacob, el cocinero, volvió de la compra, tenía noticias. Matheus y Mamá Lea hablaban con él y movían mucho la cabeza.

Más tarde, Mamá Lea le dijo a su ama:

—Señora, anoche hubo una pelea... Marineros, como siempre. —Y se encogió de hombros despectivamente.

Cuando la joven estaba merendando, su marido volvió a casa.

Sin saludarla siquiera, se dejó caer en una silla, muy cansado y acalorado. Tiró el sombrero en otra silla, sacó un pañuelo, se enjugó el sudor de la cara varias veces seguidas y miró el té que su mujer le había servido, pero no lo probó.

—He estado en el hospital militar —dijo por fin, malhumorado—. Por eso me he

retrasado tanto.

—¿En el hospital militar? ¿Qué tenías que hacer allí?

—Asistir a una autopsia.

—¿Una autopsia...?

—Sí, sí, una autopsia... ¿Acaso no has oído hablar nunca de las autopsias? —Por el tono de su voz, se habría dicho que estaba furioso con ella—. El idiota del médico me ha pedido que asistiese oficialmente a una autopsia, y no he tenido más remedio que ir. ¡Es un espectáculo como para recomendárselo a cualquiera!

—¿Horrible, verdad? —preguntó ella, asustada.

—¿Horrible, una autopsia? —Se encogió de hombros varias veces—. No, no está tan mal. —Parecía menos irritado—. Lo peor ya lo tienen hecho previamente; lo peor es cuando hacen picadillo a un ser humano y lo dejan como para tirarlo al cajón de la basura.

Su mujer lo miró, asombrada.

—Pero, pero...

—Claro, tú qué vas a saber. —El funcionario se impacientó de nuevo—. Nunca te enteras de nada... Anoche, cerca del puerto, hubo una de esas peleas... En el hospital hay muchos heridos... Y uno ha muerto.

—Sí, Mamá Lea me lo ha comentado... ¿Eran marineros?

—Claro que eran marineros... ¿Quiénes querías que fuesen? Siempre es lo mismo: marineros de un barco y de otro, y luego, nadie sabe quién ha empezado... Siempre hay una oscuridad completa, y nadie ve a nadie. Con ellos había una mujer, según ha dicho uno de los heridos, o quizá fueran varias. Es posible que la riña fuese por un asunto de faldas. Por supuesto, la policía llegó demasiado tarde, y para colmo de males se empeñó en hacer una autopsia para determinar la causa de la muerte... ¿Para qué? De nada va a servir.

Su mujer tenía la impresión de que seguía hablando, pero no lo escuchaba. Estaba pensando en otra cosa. De pronto, él se interrumpió y preguntó:

—¿Sabes quién era?

—¿Quién era quién? —dijo ella, desconcertada.

—¡Por Dios, quién va a ser! El hombre del que estamos hablando, el muerto. ¿Te figuras quién era?

—No, ¿cómo voy a saberlo?

—El marinero de Constance.

—¿El marinero de Constance?

—Sí, mujer, el de aquel día. —Imitó la voz temblorosa de Pauline—: ¡El marinero, el marinero de Macasar, con su cuchillo...!

Al cabo de un rato, el marido empezó a hablar de nuevo. Hablaba mirando al vacío y tamborileando con los dedos de una mano sobre el reverso de la otra.

—Al principio no me di cuenta, pero más tarde... No tenía la cara desfigurada por completo, aunque sí bastante cambiada. No sé si lo recordarás de aquella tarde. Yo,

sí. Era guapo, aunque esta palabra no resulta adecuada para un hombre... ¡Un hermoso ejemplar! Además, me pareció buena persona. ¡Con la facilidad con que podía haberme matado con su cuchillo! —Se estremeció—. En fin, un cuerpo tan joven y sano, curtido por el sol y el viento del mar, llega cualquiera con un cuchillo, y ¿qué te figuras que queda de él? Después de perder toda la sangre, con la piel bronceada convertida en un amarillo sucio, un horrible color amarillo de cera, y todas esas heridas con los bordes vueltos y la carne saliéndose fuera... ¡Ah! ¡Qué estúpido desperdicio de vida! —exclamó con amargura.

—¿Encontraron el cuchillo? —preguntó ella.

—Es probable —le respondió, indiferente—. Yo qué sé. Quizás esté en el fondo de la bahía exterior; pero ¿qué importa?

Se oyó una discreta tos. Matheus y Pauline estaban allí, en la galería delantera. Ambos iban vestidos de negro, con los trajes de los domingos: Matheus, con pantalones largos y una chaqueta con mangas; Pauline, con una falda plisada, chaqueta larga y zapatillas negras.

Matheus dijo que habían ido a despedirse del amo y del ama.

Cuando ella miró a Pauline, se sobresaltó. ¡No era Pauline! Incluso con aquella ropa tan sombría parecía otra persona, más joven, como si de pronto se hubiera quitado de encima una pesada carga. No era su cara, ni su boca, ni su frente lo que había cambiado. Todo el cambio venía de la secreta alegría que animaba sus ojos negros. Algo desconocido para todos le producía una infinita alegría interior.

—¡Bueno, bueno! —dijo Pauline con una voz cantarina que no se parecía en nada a aquella voz tétrica y pasional suya.

—Cállate, Pauline —le dijo Matheus, pero repitió lo que ella había dicho—: Bueno, bueno... Tenemos que marcharnos; es tarde. —Su voz sonaba a resignación y fastidio en comparación con la de la joven.

Los dos chicos esperaban en el jardín con los bultos. Matheus tomó a Pauline de la mano y bajaron los escalones, pero en el último, Pauline se volvió y dijo, antes de que Matheus pudiera impedirselo:

—Bueno, me voy. Y el marinero, el marinero de Macasar fue quien mató a Constance, con su cuchillo.

Después siguió tranquilamente a Matheus.

El joven funcionario y su esposa permanecieron en la galería delantera.

—¿Tardará mucho en volver Matheus? —preguntó él.

—Dijo que una semana.

—¿Y Pauline?

Al principio, la joven no contestó.

—¿Y Pauline? —insistió el marido.

—¿Pauline? —repitió ella lentamente y sin mirarlo—. ¿Crees que va a regresar? No, no creo que Pauline vuelva nunca.

El marido y su mujer se cogieron de la mano de repente. Un momento después

pasó ante ellos la pequeña comitiva de todas las tardes: delante Sofi, con su muñeca roja en los brazos; Lisbeth tras ella, y la cacatúa, que daba saltitos, cerrando la marcha. Los dos miraron a las niñas y a la cacatúa como si las vieran por primera vez en su vida. La mujer se echó a llorar.

El marido le dio su pañuelo.

—Mujer, no debes llorar —le dijo.

El catedrático

I

Un timbre en el pasillo; una cabeza en la puerta:

—Supraptu se presentará en el despacho del director.

Raden Mas Supraptu, inclinado sobre sus fichas, levantó la cabeza. Esperaba esta llamada y, sin embargo, lo sobresaltó. Se levantó de su asiento, e inmediatamente se produjo en el amplio laboratorio un zumbido de voces. Los demás ayudantes le decían: «¡Este Supraptu, vaya suerte...!», «Cuidado con los cazadores de cabezas...», «Tráeme un ave del paraíso cuando vuelvas...», y cosas por el estilo.

Supraptu asentía a todo con la cabeza y solo decía: «Sí, sí», pero el corazón le latía al galope y una oleada de calor le alteraba el cuerpo.

¡Por fin le tocaba algo bueno! ¡Por fin era él! Se trataba de un viaje de estudios por las islas Molucas con el famoso catedrático escocés; una expedición científica para preparar una nueva obra sobre la flora del archipiélago. Los libros de Rumphius sobre las hierbas de aquellas islas servirían de base. El catedrático escocés no hablaba malayo, pero él, sí.

Mientras avanzaba por el largo corredor, se le iluminó el rostro con una fugaz sonrisa. ¡Por fin era él!

De buena figura, sin ser alto, y con un aire juvenil a pesar de que ya no era muy joven, vestía un traje javanés de batik finísimo, ocre y marrón oscuro, que le había elegido su madre en Surakarta, y una chaqueta blanca corta, de manga larga. Iba descalzo: en el interior de las casas iba siempre descalzo.

Era guapo: nariz aguileña, casi semítica, barba y bigotes cuidadosamente arrancados con pinzas, y el cabello oculto por un turbante. Las cejas, tan finas que parecían dibujadas con lápiz, y las negras y largas pestañas, eran los únicos pelos que aparecían en su rostro moreno claro.

Tenía las manos y, sobre todo los pies, de una sorprendente belleza.

Sin embargo, su elegancia no resultaba afeminada. Era, sencillamente, el intenso refinamiento logrado por su raza a lo largo de muchos siglos, que sobrepasaba lo femenino o lo masculino.

Llamó, esperó, abrió la puerta, la cerró tras sí, entró en el despacho, saludó con una reverencia (los hombros y el torso acompañaron la inclinación de la cabeza), se enderezó y miró. Entonces cambió su estado de ánimo.

Claro; ¿por qué se había hecho ilusiones?

Ante una mesa redonda estaban sentados el director del Servicio Agrícola del Gobierno y el catedrático.

¡Ahí tienes a tu maravilloso catedrático, Raden Mas Supraptu! ¿Qué te parece? Alto, delgado, con manos y pies toscos, vestido con un traje de *shantung* que le

sentaba muy mal, con manchas de sudor en las axilas y los bolsillos abultados. Era pelirrojo. En la mano derecha tenía un pañuelo húmedo con el que se enjugaba el sudor de la cabeza a cada momento, alborotándose el pelo. Detrás de sus gruesos lentes, y bajo unas enmarañadas cejas rojizas, unos ojos azules sin mucha expresión. Su nariz, gruesa, estaba cubierta de pecas. Sobre la boca, de dientes amarillentos de nicotina, colgaban unos bigotes también pelirrojos. ¿Habría en todo el mundo otro hombre con semejante bigotazo?

Tenía la piel tan blanca como la de una jovencita, y muy pecosa. El calor lo irritaba tanto que la cara se le ponía roja, como si se ruborizase.

En cuanto vio al javanés, se puso en pie, se cambió el pañuelo a la mano izquierda y le tendió su manaza húmeda, riéndose:

—¡Ajá! ¡Mi joven mentor! —Su voz parecía un cacareo.

El director se levantó también y anunció:

—Raden Mas Supraptu, el profesor McNeill. —Hablabla vocalizando perfectamente como si los otros dos fueran duros de oído.

—Espere, espere un instante... Tengo que apuntar este nombre... Vamos a ver, mmm..., Raden, eso es..., y..., mmm... Mas. Pero siéntese, mi joven amigo, ¿no? —Se volvió hacia el director que, a fin de cuentas, era allí quien mandaba. Volvió a enjugarse el sudor y se ruborizó.

—Sí. ¿Quiere usted acompañarnos un rato, Supraptu? —dijo el director con mucha calma. Por lo general, siempre tenía de pie a Supraptu cuando se hallaba en su despacho.

El joven javanés, después de inclinarse ante el director, tomó asiento. Su rostro no expresaba ninguna emoción.

El catedrático se había repantigado en su crujiente silla de rota y rebuscaba en sus abultados bolsillos. Por fin sacó una gruesa libreta de la que sobresalían muchos picos de papel, fotografías, un lápiz..., todo ello sujeto por una goma.

—¿Cómo decía que se llamaba usted? Tengo que anotarlo... ¿Raden, ha dicho usted? Lo pondré en la erre. —Examinó la libreta—. Recuérdeme que lo he puesto en la erre... Y luego, Su... ¿Cómo era?

El javanés no contestó.

—Su-prap-tu —silabeó el director pausadamente.

Sí, sí, lo mejor era ponerlo como Supraptu, el oficinista...

Hubo un silencio. El catedrático hizo sus anotaciones, cerró la libreta y volvió a sujetarla con la goma... Pero la abrió de nuevo y dijo:

—Será mejor que entremos en materia en seguida... ¡Qué memoria la mía! Es preferible que lo anote usted también, Raden... Verá usted, hoy es... Hoy a última hora volveré a Bandung; quiero salir de allí dentro de una semana. ¿Le conviene a usted...? —Fue a buscar el nombre del javanés en la libreta, pero renunció a ello—. Saldremos de Surabaya. Antes quiero pasar dos o tres semanas en Java, en el centro de Java, el Merapi... Debe de merecer la pena, ¿no? ¿Qué le parece a usted...,

mmm..., Raden, mi joven amigo?

El director dijo con algo de frialdad:

—Raden Mas Supraptu es precisamente del centro de Java, profesor. Toda su familia es de Surakarta. Su madre es hermana del príncipe que gobierna allí, ¿no, Supraptu?

Miró al javanés, que no contestó.

—¡Ah! —dijo el catedrático, muy contento—. ¡Qué afortunada coincidencia! Será un gran placer para mí visitar a sus familiares, para que conozcan a la persona a la que confían a su hijo... o más bien, en honor a la verdad, al viejo del que su hijo tendrá que cuidar... —Y se rio con su risa de gallina.

El javanés seguía callado. No estaba allí.

El salón de techo bajo y suelo de mármol, abierto al exterior, las vigas esculpidas y sostenidas por pilares rojos y dorados, las aves sagradas, de oro, en las cuatro esquinas, el verde frescor de los enormes árboles que rodeaban el edificio... ¡Un visitante! Su familia (no sus padres, que habían muerto jóvenes, y a los que Supraptu no había conocido), la cabeza de familia, a la que él llamaba madre, aquella mujer morena y frágil, casi cristalina y al mismo tiempo orgullosa, altanera...

Se la imaginó mirando al catedrático.

Vio al catedrático tal como ella lo vería.

Vio la fina y morena mano de aquella mujer en la tosca manaza blanca, húmeda de sudor, de aquel hombre.

Vio a su madre tendida en el diván, tan fina, con uno de sus preciosos batiks, con todas sus joyas, y ellos sentados en torno a la mesa de mármol. Ella fingiría no entender ni una palabra. Nada diría y miraría sonriendo abstraída, pero cortés, escuchándolo todo.

Cuando el catedrático se marchase, ella observaría cómo descendía por la escalinata demasiado de prisa, tambaleándose; lo vería alejarse bajo los árboles bayan y luego frunciría el entrecejo, cerraría los ojos un momento, miraría a su esposo y a Supraptu... Y eso que eran prooccidentales, proeuropeos.

Pues bien: aquel que habían visto era un europeo, un catedrático. Y aquella mujer se preguntaría cómo era posible que aquel hombre fuera un erudito, porque todos los catedráticos lo son. ¡Y era el profesor de Supraptu!

Imposible, no podría llevarlo a su casa.

¿Cómo podría evitarlo? Por lo pronto, no diría ahora que no, pero ya había pensado una excusa: que se había puesto enfermo. Enviaría un cable a Bandung en el último momento. ¿Renunciar al viaje de estudios? No era necesario. Bastaba con que se saltara la parte del centro de Java. Se embarcaría en Surabaya.

Supraptu sacó una pequeña agenda y apuntó cuidadosamente las fechas. Mientras, los otros dos charlaban de sus cosas: el director, con su calma habitual, y el catedrático, emocionado, con sus *mmm* y sus cacareos.

Supraptu se levantó y para llamar su atención y carraspeó discretamente.

—Supongo que me podré marchar ya, ¿no? —le preguntó al director.

El catedrático también se levantó y estrechó cordialmente las manos de Supraptu.

—Ha sido un gran placer..., mmm, Raden, mi buen amigo, créame...

El director dijo también amablemente:

—Profesor, le aseguro que tendrá usted una gran ayuda en Supraptu. Es muy cumplidor y nadie tiene aquí tan buena letra como él. Además, dibuja muy bien.

—¡Ah! —dijo el catedrático, mirando con interés aquellas manos morenas tan finas—. Ese es un gran don. —Y contemplándose sus bastas manos, añadió—: Yo nunca he podido dominar ese arte. Escribo como un herrero; tendrá usted que padecerlo, mi joven amigo.

«Sí, el oficinista que sabe escribir con muy buena letra y que dibuja limpiamente», pensó el javanés. Volvió a inclinarse ante el director, luego ante el catedrático, y salió.

Pero apenas había empezado a andar por el pasillo cuando lo llamó el catedrático:

—¡Oiga, Raden, mi joven amigo, espero que tomará usted precauciones! Ya sabe, quinina profiláctica y vacuna contra la viruela. —Hizo un gesto de preocupación—. No me atrevería a presentarme ante su familia si coge usted la viruela. —Se rio con risa cascada—. Adiós, mi joven amigo. ¿Cuándo partimos? —Se llevó una mano a la cabeza—. ¡Qué memoria tengo! Lo hemos anotado; usted también, ¿verdad?

El joven javanés dijo lentamente:

—Desde luego, profesor. —Estas eran las primeras palabras que le dirigía.

II

Raden Mas Supraptu bajó rápidamente los escalones del muelle de Surabaya bajo un sol achicharrante. Vestía al estilo javanés, impecable como siempre, pero ahora llevaba una chaqueta caqui y unas sandalias marrones, y sobre el pañuelo de la cabeza se había puesto un sombrero muy discreto de paja oscura. Lo seguían los mozos que cargaban con sus maletas, unas maletas tan limpias como su ropa. Un chico le llevaba la cartera de mano y la cámara fotográfica. Iba fumando, y en una mano tenía un fino bastón de rota.

El catedrático paseaba por cubierta.

—¡Vaya, por fin ha llegado usted! Ya han tocado el primer pitido. Por poco nos vamos sin usted..., mmm..., Raden. ¡Otra vez había olvidado su nombre, mi joven amigo! —Se calmó un poco—. Pero lo principal es que ya está aquí, y con excelente aspecto. ¿Ha tenido usted la malaria? Ahora cuídese. —Y se puso a andar afanosamente ante él para acompañarlo a su camarote.

El aspecto del catedrático no había cambiado nada. Parecía que llevaba el mismo traje de seda arrugado de dos semanas antes y, en la mano, el mismo pañuelo para limpiarse el sudor. Sin embargo, ahora llevaba un salacot de grueso corcho forrado de

tela caqui, con el borde verde. Por detrás del salacot le colgaba un amplio paño para protegerse el cuello del sol. Sobre las gafas se había enganchado unos cristales oscuros. «¿Por qué no llevará también un cazamariposas y una caja para meter las que cace?», se preguntó Supraptu.

No lo sorprendió ver, más tarde, el cazamariposas y la caja en el camarote del catedrático, así como una gran sombrilla verde. El catedrático le explicó lo práctica y necesaria que era.

—La insolación no es ninguna tontería, mi joven amigo. Lo sé por experiencia.

También le enseñó un anticuado reloj de oro que llevaba siempre cuando iba de expedición, como él decía. Era el reloj de su abuelo. Nunca le fallaba. Se le daba cuerda con una llavecita y en él sonaban las horas con un alegre tintineo.

Además, tenía dos bolsitas que encajaban en los bolsillos de su chaqueta. Acostumbraba a proveerse, en cada país que visitaba, de una buena cantidad de monedas de plata sin estrenar. Le enseñó las monedas con orgullo a Supraptu:

—Son para los niños que encontremos por el camino, cuando nos traigan plantas y flores. ¡Ya verá usted cómo se entusiasman! Recuerdo que mi buena madre me daba siempre una moneda reluciente, completamente nueva, todas las semanas. No era por el valor de la moneda, sino por el brillo que tenía. Cuando se termine esta provisión, tendremos que sacarles brillo nosotros mismos a unas cuantas monedas viejas.

Supraptu asentía en silencio, con la cabeza baja. ¿Qué clase de hombre era este? ¿Estaba completamente cuerdo? Siguió observando el camarote. Encima de un armarito había dos retratos en un marco doble de cuero.

Cuando el catedrático vio que Supraptu estaba mirando los retratos, los cogió y se los puso en las manos.

—Esta es mi mujer —y añadió, como para sí mismo—: ¡Kitty, pobre Kitty! — Luego, señalando el otro retrato—: Y esta es mi hermana, mi buena hermana Ursel. —Se rio.

Eran buenos retratos, de mucho precio. Uno de ellos representaba a una mujer más juvenil que joven, rubia, de aire dulce, con la frente rodeada de bucles, unos ojos grandes y redondos, con sedosas pestañas, y la nariz chatilla. Pero la boca era fina, tirante, una boca insatisfecha. Envolvía su cuello una nubecilla de tul.

Ursel, la hermana, era el catedrático sin bigotes, con quevedos en vez de gafas, el cabello peinado hacia atrás y una blusa de cuello engolado.

—Mi hermana Ursel —dijo el catedrático—. En fin, gracias a ella he podido venir, porque mi mujer está muy delicada... Si no contase con Ursel, nunca podría viajar. —Se volvió para mirar al cielo por la portilla y repitió—: Nunca más podría viajar, mi joven amigo.

De pronto, Supraptu preguntó:

—¿Cuántos hijos tiene usted, profesor? —Sabía que esta era una pregunta oriental y que podría fastidiar a un europeo.

El catedrático se volvió hacia él con los ojos muy abiertos, unos ojos de un azul muy claro, y Supraptu vio en seguida que no le había resultado molesta.

—Me... Quiero decir, a mi mujer y a mí nos habría encantado tener hijos, nos entusiasman los niños, pero con su salud tan mala no se podía ni pensar en ello. —Y volvió a decir—: De no haber sido por Ursel, nunca la habría podido dejar sola.

Supraptu se encogió de hombros casi imperceptiblemente. Quería marcharse, pero el catedrático no lo dejaba:

—¿Y usted, Raden Mas, mi joven amigo? ¿Está usted casado? ¿Tiene usted hijos? ¿Cuántos?

Supraptu respondió que no estaba casado ni tenía hijos.

—¡Qué lástima! —dijo el catedrático, y murmuró algo sobre las severas normas de que había oído hablar, las reglas de las castas que aún regían el matrimonio entre las familias javanesas nobles como la de Supraptu—. En fin —añadió—, todo tiene sus pros y sus contras, mi joven amigo, no lo olvide usted. Para conservar en una familia ciertas cualidades, tanto físicas como espirituales, esas costumbres con fuerza de ley no son tan disparatadas como pueden parecerles a algunos. Eso influye mucho en el estilo de vida. Espero que su madre escoja para usted alguna hermosa joven; naturalmente de la clase adecuada. ¡Y procure tener hijos!

El catedrático le guiñó un ojo, se puso colorado y miró otra vez por la portilla.

Más tarde, en su camarote y con la puerta cerrada, Supraptu sacó su retrato; porque también él tenía su retrato, de una mujer.

Era una mala fotografía hecha en una tienda china. El fondo lo formaban una balaustrada de piedra y unas palmeras artificiales, y en el horizonte pintado, un volcán con un penacho de humo. En primer término, una mesa de rota, y sobre ella, un jarrón con un ramo de rosas de papel. Junto a la mesa estaba ella de pie.

Vestía a la javanesa, con el sarong y el chaquetón que parecía terciopelo con una pesada esclavina. Por debajo del chaquetón asomaba el batik con un pico hacia un lado, lo cual producía un vistoso efecto. Llevaba medias y zapatillas bordadas. Sus dedos estaban cubiertos de anillos, muy juntos, y también lucía pendientes de diamantes; para cerrar el chaquetón, un alfiler de diamantes, y en el sombrero redondo, unas plumas de marabú sujetas con un complicado adorno de oro y piedras preciosas.

Era la mujer a quien él llamaba madre.

El nombre estaba escrito al pie del retrato. Su rango era tan elevado que usaba nombre de varón: *Tuan Ratu*, es decir, Señor Princesa. El pie añadía: «Con ropa de viaje».

En el retrato no era joven ni vieja, y tenía un aspecto delicado y grácil.

Supraptu la miraba, y fijaba también su atención en lo que había detrás de ella: su país, Java central, los Principados. En la fotografía aparecía una montaña, el volcán; pero había otra: las dos, cónicas, elevaban sus líneas puras envueltas en neblina, desde la inconmensurable llanura.

Arriba, un cielo neblinoso.

El palacio, de líneas sencillas y severas. En su corazón, el reducto de las mujeres, tapiado; los jardines con árboles, tapiados; los baños, tapiados; terreras con balaustradas, un gran cuadrado de árboles baui, majestuosos, y unas grandes puertas esculpidas... que se podían cerrar.

Y la gente: generación tras generación de hombres y mujeres con sus pasiones, pero ¡qué bien controladas, y sometidas a reglas antiquísimas, casi perfectas y que nunca cambiaban!

La juventud que había pasado allí: desde que él podía recordar, aquella inmovilidad, como si nada pudiese cambiar en este mundo, como si todo fuese para siempre. Nadie lloraba ni reía fuertemente, nadie estallaba en penas ni alegrías, todo siempre fresco y tranquilo, protegido contra el sol y la pasión.

Luego había convivido con los extranjeros, primero en Java y luego en Holanda, sintiendo cómo tiraban de él dos afanes, cada uno hacia un lado. Cuando estudiaba en Leyden era uno más de aquellos jóvenes, o eso esperaba: tuvo muchos amigos, y una novia, joven y cariñosa. No estudió Derecho, como los demás hombres de su familia, sino que se matriculó en Botánica, su gran vocación, sin decírselo a nadie.

Antes de que terminara el primer curso, el banco le envió una carta del agente de su madre, en la que se le comunicaba que su asignación mensual tendría que ser interrumpida «por falta de fondos» y que era preferible que regresara a Java. Primero podía pasar por París y pasar allí el tiempo que quisiera. Tendría pagado el billete de vuelta en primera clase.

Cuando regresó, ya se lo tenían todo preparado: un puesto en los tribunales junto al hermano de su madre, el príncipe regente. Buen sueldo, excelentes perspectivas. Y también le habían elegido la hermosa joven, naturalmente de la clase adecuada.

Pero Supraptu no se casó con la joven, ni aceptó el empleo ni se quedó en Java. La madre arqueó las cejas. En fin, el muchacho se había dejado influir por las ideas occidentales. Que siguiera ese camino si le parecía el mejor; seguro que no tardaría en cambiar de idea. Fue a Batavia y consiguió el trabajo de oficinista en el Servicio Agrícola del Gobierno, y ahora era el ayudante de un famoso catedrático y se dirigía a las Molucas.

¿Y de qué le serviría?

Al mirar el retrato sabía que algún día volvería a su tierra, sabía que ella —la Señor Princesa, la del vestido de viaje— y todo lo que había tras ella, llanura, montañas, cielo, palacio y la hermosa joven de la clase adecuada... constituían su ambiente, la base de su vida. Todo eso era él mismo.

Pero aún no. Ahora se hallaba todavía de viaje, por el mar, con aquel catedrático medio loco, rumbo a alguna parte.

Envolvió el retrato en un pañuelo de seda, lo dobló y lo guardó entre sus ropas. Y entonces pensó algo en lo que nunca había pensado.

Pensó que si cuando se encontraba aún estudiando en Leyden, cuando aún estaban

a tiempo, se hubiera sacado ella uno de los anillos de sus finos dedos, o se hubiese quitado uno de sus pendientes, o el alfiler de diamantes, o el broche de oro y diamantes con que se sujetaba las plumas de marabú... Pero ella, la Señor Princesa, la del vestido de viaje, no hizo nada de eso. Y Supraptu no dispuso de fondos para proseguir sus estudios.

III

Había tan pocos pasajeros a bordo que le dejaron al catedrático un camarote más para que extendiera en él todos sus papeles y libros. Viajaba con muchos libros: no solo obras sobre botánica y los doce tomos del *Libro de las hierbas* escrito por Rumphius, con todos sus comentarios y apéndices, sino también obras de historia, geografía, etnología, descripciones de antiguos viajes y, no lo olvidemos, el *Libro de las curiosidades*, también de Rumphius.

A veces, mientras lo leía, el catedrático llamaba a Supraptu y le decía: «Escuche esto, mi joven amigo...». Y hacía una mueca.

Todas las supersticiones recopiladas por Rumphius sobre las conchas, el coral, los cangrejos de extraños nombres y las piedras mágicas, y toda clase de disparatadas historias...

El catedrático y Supraptu, sentados en un banco en cubierta, se mareaban. El mar de Banda estaba lo más revuelto que suele ponerse; bajo un cielo plomizo, y con un calor achicharrante, el mar estaba gris y cubierto de crestas blancas, y el barco cabeceaba peligrosamente.

—¡Mire qué hervidero! —exclamó el catedrático, y palideció un poco. Luego, de pronto, le contó a Supraptu que una escocesa, hacía mucho tiempo, le había predicho que tendría una tumba de marinero.

—Lo extraño es que en la predicción de aquella mujer había algo raro, porque se refería a una verdadera tumba en el mar y no a que me ahogase. Es decir, lo que ella veía era un cadáver envuelto en algo con un peso atado a los pies y arrojado al agua. Y al mismo tiempo, veía que era junto a una costa, una hermosa costa verde. Por supuesto, podría enfermar gravemente a bordo de un barco, pero según he oído decir, cuando está uno tan cerca de la costa, esperan a desembarcar para efectuar el entierro. Aquello me impresionó terriblemente y..., permítame que le confiese una cosa..., Raden, mi joven amigo —murmuró—, le tengo miedo al mar. —Y entonces el catedrático sintió unas violentas arcadas.

—¿Por qué no terminó usted sus estudios, mi joven amigo? —preguntó el catedrático cuando se sintió un poco mejor.

—No había más dinero —respondió Supraptu, cortante.

—¡No me diga que no disponía usted de dinero siendo de una familia de príncipes con tantos tesoros! —cacareó el catedrático—. Además, siempre hay dinero. ¿Nadie ha intentado proporcionarle una beca? Todavía está usted a tiempo. —Se sacó la libreta del bolsillo, le quitó la goma que la sujetaba y extrajo un lápiz del revoltijo—. Si se porta usted bien conmigo en estos meses, le prometo dar excelentes informes sobre usted e influir en el director del Servicio Agrícola y, cuando vuelva a Escocia, ya discurriré algo. Consultaré con mi hermana Ursel. Es una mujer muy práctica, y con toda seguridad sabrá qué debemos hacer por usted. Además, es acaudalada, siempre está recibiendo herencias. —Se rio—. Yo, en cambio, no dispongo de dinero. —Apuntó algo en la libreta—. Escribiré a Ursel inmediatamente.

A Supraptu se le enrojeció la cara.

—Es usted muy amable, profesor, pero no se moleste; no podría aceptarlo. No querría... Ya es demasiado tarde.

—¿Cómo dice usted que es tarde, mi joven amigo? ¡Qué expresión tan terrible! Piénselo un poco, se lo ruego... —Quería decir algo más, pero se limitó a cerrar la libreta, sujetarla con la goma y guardársela en el bolsillo lentamente.

«Se alegra de no tener que ocuparse ya de ello», pensó Supraptu.

Una de las cartas que el catedrático escribió aquella noche era para la señorita Ursel McNeill.

El catedrático le contó a Supraptu una historia de las Molucas que él no conocía.

Un joven príncipe de Tubán, en Java, vierte agua sobre las manos de su padre en una ablución ritual y deja caer la jofaina. Su padre lo insulta y abofetea por su descuido. Desde ese momento, el príncipe solo tiene un deseo: marcharse lejos. En una playa desierta, el príncipe prepara un prao con todo lo necesario: timón, mástil, vela, remos para cuando no sople el viento, cabos, piedras-anclas en cestas, jarras con agua potable, víveres, aceite, yesca, un brasero y una olla, esteras para sentarse y para dormir, mercancías para cambiarlas, una balanza, dinero y, sobre todo, armas... En fin, el príncipe había pensado en todo, porque era un joven muy listo a quien nunca se le olvidaba nada... Pero esta vez se le había olvidado una cosa: el lastre.

Entonces, cuando Alá se dignó responder a su plegaria y todo estuvo ya a punto, su hermano, su hermana y su vieja niñera —que accedieron a marcharse con él— subieron a bordo del prao. Pero este flota demasiado alto sobre las olas. Se necesita lastre. ¿Qué clase de lastre?

No tienen a mano más que la tierra de su país, así que cargan el prao con tierra de la playa y zarpan sin mirar atrás. Pasan por muchas islas, y en cada una de ellas comparan el peso de la tierra con el de la que llevan. Nunca coincide.

Hasta que llegan a una isla de las Molucas y se encuentran con que la tierra de aquella isla tiene exactamente el mismo peso que la de Tubán, en Java, por lo que deciden quedarse allí; fundan un pequeño Estado, y el príncipe javanés de Tubán es

su primer rajá.

—¿No escribe usted poesía? Porque con eso que le he contado podría usted componer un buen poema épico en hexámetros. ¡Qué sentido tan profundo tiene!

El catedrático se reía con su risa de gallina. Miró a Supraptu fijamente y dijo con toda seriedad:

—Usted también, ¿verdad? Usted también sostenía la jofaina y se le cayó. No se preocupe, mi joven amigo; eso ocurre siempre al principio.

Por primera vez, Supraptu fue incapaz de dominarse. Dijo irritado:

—¿Qué quiere usted decir con eso de la jofaina? Yo no me he rebajado en mi vida a servirle a nadie agua en una jofaina.

El catedrático movió la cabeza.

—Sí, joven, claro que ha tenido que hacerlo. Todos nosotros, de jóvenes, tuvimos que sostener algo para los mayores, lo dejamos caer y quisimos salir corriendo y preparar un barco con todo lo necesario para llegar a las costas de otro país, pero siempre se nos olvidaba el lastre, y no hay más lastre que la tierra de nuestro viejo país, y la tierra del nuevo país pesa siempre lo mismo que la otra... Y para eso hemos cruzado los mares, exponiéndonos a ahogarnos por el camino, en alta mar, o hemos envejecido y hemos dejado, a nuestra vez que alguien nos sostenga la jofaina mientras nos lavamos... Usted también, ya lo verá: usted también, Raden Mas Supraptu —dijo el catedrático, pronunciando este nombre con absoluta claridad y pausadamente.

Supraptu no contestó. De manera que el catedrático conocía perfectamente su nombre, y todos aquellos cómicos titubeos no tenían más finalidad que la de humillarlo... Pero ¿adónde pretendía llegar?

El catedrático no pretendía nada; se limitó a hacer el discreto gesto —ladear la cabeza y levantar un hombro— del de quien lamenta algo pero se considera incapaz para remediarlo. «¡Se compadece de mí! —pensó Supraptu—. ¡De mí y del otro príncipe!». ¡Porque a fin de cuentas, él también era príncipe!... Y pensó en el retrato.

El catedrático, sin la menor vacilación, empezó a hablarle a él, un oriental, de los prejuicios raciales:

—Sí, mi joven amigo, nadie lo discute, pero no es cierto que solo el hombre blanco tenga prejuicios raciales. He viajado bastante —se le abillantaron los ojos—, y créame, no es una cuestión de Oriente u Occidente, ni de blancos o personas de color. Lo mismo pueden tener prejuicios de raza unos que otros.

Supraptu siguió inmóvil un momento, sentado y con el cuerpo inclinado hacia adelante. Era cierto: él sabía que su madre, cuando pensaba en un blanco o hablaba de él, palidecía con una aversión casi física.

El catedrático prosiguió:

—Lo que nos separa son unas vallas muy leves: casta, clase, raza, lugar... Y algunas de estas ideas van asociadas con cosas muy antiguas y profundas, muy familiares y seguras para nosotros... Pero nosotros, los que tenemos una mente

activa, podemos prescindir de esos obstáculos. No siempre queremos, pero podemos colocarnos a la intemperie y enfrentarnos con esta cuestión por nuestra cuenta. ¿No es verdad, mi joven amigo? Podemos ver por nuestros propios ojos... si queremos —concluyó.

Ya casi se les había acabado el viaje por mar. Habían hecho escala en Bali, Lombok, Macasar y Banda. Supraptu trabajaba mucho en su camarote, escribiendo cosas innecesarias solo para librarse de la compañía del otro.

De vez en cuando, el catedrático asomaba la cabeza por la puerta entreabierta y le decía: ¡No trabaje tanto, joven! ¿Se encuentra usted bien? ¿Se ha acordado de tomar la quinina?

—¿Me permite verlo? —le preguntó una vez mientras le cogía el papel para acercárselo a la cara. Lo miró fijamente con sus ojos miopes, como si quisiera transmitir a Supraptu la impresión de que su letra era difícil de descifrar; ¿es que ni siquiera iba a apreciar su buena caligrafía?

El catedrático leyó todo lo que el javanés había escrito y luego, tras dejar el papel sobre la mesa, arqueó sus cejas rojizas y lo observó atentamente.

—¡No, mi joven amigo, no! Está usted perdiendo lamentablemente el tiempo con esto. —Y luego, sin transición, apoyándose en la litera, le dio una breve conferencia sobre el tema que Supraptu había estado abordando inexpertamente.

Habló durante un cuarto de hora seguido, salpicando la conferencia con guiños, risitas y titubeos, pero el joven javanés lo escuchaba inmóvil, fascinado; se veía sentado en una gran aula universitaria con muchos jóvenes de mente activa (así había dicho el catedrático: «Nosotros, los de mente activa...»). Y el catedrático hablaba rodeado de un gran silencio, porque era el maestro que disertaba, mientras que ellos eran los discípulos y querían serlo: también él, Supraptu.

Por primera vez, no se consideró el modesto empleado, el secretario, ni tampoco el príncipe, sino el discípulo... *Discípulo* era una buena palabra. No tenía sabor amargo.

Era la última tarde que pasaron a bordo. Se hallaban sentados en el camarote sobrante en cómodos sillones. El catedrático pedía continuamente que le llevaran agua helada —hacía un calor terrible—, y luego pidió *whisky* escocés:

—¿Y usted, mi joven amigo? Claro, usted no, ¡olvidaba que es un joven mahometano de buena familia! —Y se rio a carcajadas.

Tenía en las rodillas el *Libro de las curiosidades* de Rumphius y lo hojeaba. Por fin encontró lo que buscaba: «Sobre las medusas», dijo, quitándose la pipa de la boca, y empezó a leer clara y lentamente, casi como una mujer:

—«*Physalia*. Los animales de esta especie tienen muchos nombres: fisalia,

carabela portuguesa, sinóforo... Tienen una especie de vela, ancha en la parte inferior y estrecha en la superior...». Escuche lo que dice aquí: «La carabela portuguesa puede izar o arriar su vela cuando perciba el viento, para desplazarse. Por debajo cuelgan unos tentáculos de más de un metro y medio de longitud, de un precioso tono de azul con matices verdosos. La carabela portuguesa tiene el cuerpo transparente, con el aspecto de una botella de cristal llena de agua fuerte azul verdosa. Las velas son de un blanco lechoso, con el borde superior de cristal bordeado de morado o violeta. El aspecto de la carabela portuguesa es impresionante; parece una piedra preciosa».

El profesor siguió leyendo:

—«La visión de toda una flotilla es sobrecogedora: un millar de carabelas portuguesas o más, ¡todas juntas!». Y cuando Rumphius dictó estas palabras, mi joven amigo, estaba ciego, más ciego que un topo; su mujer y su hija habían muerto aplastadas por un muro, durante un terremoto. Toda su obra, una vida entera de trabajo, todos sus dibujos se habían perdido, con excepción de cien páginas, y después de todo eso, aquel hombre aún era capaz de entusiasmarse con estas criaturitas del mar. A su lado, usted y yo parecemos unos perros desagradecidos, ¿no le parece?

Supraptu palideció al oír estas palabras. El catedrático sabía (tenía que saberlo, porque lo había dicho hacía poco) que él era mahometano, ¡y se atrevía a compararlo con un perro! Además, ¿para qué tanto leer el *Libro de las curiosidades*? ¿Por qué no se atenía a sus plantas? Ese era su trabajo, y para ello había puesto a su disposición el Servicio Agrícola un ayudante, no para hablar de las pequeñas carabelas portuguesas ni para comparar a personas con perros.

El javanés se sentía profundamente herido por la palabra *perro* y, lo que era más extraño, también por las pequeñas carabelas portuguesas del catedrático.

La isla de las Molucas, la isla del Pequeño Jardín, la ciudad de la bahía exterior, el hotel de la plaza del Castillo...

El catedrático le dejó a Supraptu la mejor y más amplia de las dos habitaciones: en ella tenía sitio sobrado para instalar las mesas suplementarias que necesitaban para sus trabajos de botánica. Ahora empezarían a trabajar en serio en la revisión de la obra de Rumphius: doce tomos de árboles, plantas y flores; había que elaborar fichas, identificar especies, hacer dibujos... El catedrático desplegaba una gran actividad: se movía mucho por la habitación, salía y entraba con mucha frecuencia, dictaba, daba instrucciones, miraba lo que hacía Supraptu... Los días en que no iban al campo paseaban por la playa después de la merienda. Caminaban a lo largo de la bahía para «aclimatarse», y después, el catedrático pasaba por el club y allí se sentaba en la veranda, o bien entraba para jugar a las cartas. Bebía unos vasos de *whisky*, a veces uno de más; se reía con todo lo que contaban; relataba él también anécdotas

divertidas; tartamudeaba de pura risa; cacareaba; miraba con ojillos alegres a la linda esposa de algún oficial y la llamaba Hebe, copera de los dioses...

Los otros se reían un poco del viejo y también se reían las Hebes, aunque no mucho y muy discretamente.

Al principio, el catedrático iba al club acompañado de su ayudante javanés, pero al cabo de tres o cuatro veces, Supraptu no quiso volver, y siempre que el otro se lo proponía, se disculpaba. Consideraba que para un hombre es humillante hacer el ridículo, y si el catedrático no se daba cuenta de hasta qué punto perdía la dignidad con aquellas payasadas, él no quería verlo.

Trataron a otras personas en la ciudad de la bahía exterior y conocieron a la señora del Pequeño Jardín.

Aquella mujer regordeta y bajita los invitó a ambos al jardín que tenía en la bahía interior. También ella tenía los libros de Rumphius, y se complacía hablando de él continuamente. Incluso había visto una carabela portuguesa.

Pero lo que les llevaba más tiempo eran las expediciones. Primero se dedicaron a recorrer la península en la que estaba situada la ciudad; después tendrían que alejarse más, y necesitarían praos. Al catedrático no le gustaban estas frágiles embarcaciones.

Se levantaban temprano, con el frescor de la madrugada, y siempre formaban la misma procesión: primero, el pelirrojo catedrático con su traje arrugado y un salacot con su trapo colgante por detrás, con la gran caja para guardar las plantas y las flores colgada del hombro por una correa, en bandolera, caminaba bajo su gran sombrilla ribeteada de verde, y junto a él, aquel fino javanés, siempre vestido impecablemente de marrón y *beige*, y con el brillo del excelente batik de su turbante y su sarong.

Por todas partes les salían al paso niños con flores y plantas raras arrancadas de las cunetas y los setos. Mientras Supraptu le sostenía la sombrilla, el catedrático distribuía las monedas relucientes entre los pequeños, y a veces sacaba el reloj y le hacía sonar la campanilla para divertirlos; dibujaba en la arena, movía la cabeza con vehemencia, se reía, daba palmaditas en la espalda a los niños... Supraptu apenas tenía que pronunciar una palabra. Los más listos tardaron poco en comprender que no debían arrancar las plantas y las flores, sino solo señalar dónde crecían las más raras para que el catedrático y su ayudante fuesen a cogerlas ellos mismos. Después de aquello se siguieron repartiendo monedas relucientes, pero el catedrático ya no era tan espléndido.

Supraptu olvidaría casi todas aquellas excursiones, pero hubo una que no pudo olvidar.

Fue una de las primeras: tenían que ir de la ciudad al extremo de la península, al sitio donde vivía uno de los tres rajás de nombre portugués, hombre muy servicial y aficionado a la botánica.

Al principio había que recorrer un camino, a lo largo de la bahía exterior, cuyo suelo estaba formado por una capa de coral y conchas que crujían bajo los pies. A pesar de la protección del salacot y de la sombrilla, el catedrático lo pasaba muy mal

con el calor; se enjugaba el sudor a cada momento y, en cuanto llegaban bajo unos árboles, se detenía a descansar un rato a la sombra. Tratando de abanicarse con el pañuelo, levantaba la vista hacia la masa de hojas verdes y exclamaba: «¡Me gustan los árboles, mi joven amigo, me gusta la sombra!».

Era un camino de muchas horas de marcha, sin más transeúntes que ellos. Los niños habían desaparecido.

Hacia la mitad llegaron adonde la falda de las montañas se hundía en la bahía exterior. Aquello era selva; un riachuelo se precipitaba entre las rocas rojas, arrastrando piedras sueltas. Tuvieron que cruzar un puente reparado recientemente con madera aún verde, bajo un techo de palmas recién cortadas.

Pasado el puente, la ladera de la montaña que se elevaba a la izquierda estaba quemada desde el borde del sendero hasta la parte superior de la pendiente. Las parcelas, muy pequeñas, cultivadas con cacahuets y maíz, estaban separadas por troncos carbonizados, y cerca había chozas miserables. Una de ellas mucho más abajo que las otras, casi en el camino, estaba mejor construida y era mucho mayor.

Ni un alma a la vista, ni en el campo ni en el camino, ni al otro lado del sendero, donde una corta y ancha vereda conducía hasta la playa, a lo largo del río.

Allí había unos cuantos praos alados, muy viejos; eran muy grandes y estaban atados con gruesos cabos a unas piedras de gran tamaño.

El oleaje de la bahía exterior bañaba a los árboles; una fresca brisa movía el follaje, y unos trapos de colores vivos, atados a los mástiles, ondeaban con el viento. Todo lo demás estaba absolutamente inmóvil.

Sin embargo, aquel lugar estaba habitado. ¿Los habrían visto? ¿Habrían huido al bosque? ¿Qué clase de gente podía ser aquella? Supraptu comprendió que no eran lugareños, sino *binongkos*, vagabundos del mar. Muchos de ellos procedían de la isla de Butón. Construían aquellos grandes praos, navegaban en pequeños grupos, sin rumbo fijo, y desembarcaban donde más les apetecía. Quemaban una extensión de selva, edificaban unas cabañas, sembraban una cosecha, pescaban y, de pronto, desaparecían tan caprichosamente como habían llegado, sin dejar de su paso más que tierra quemada. Era una gente extraña y reservada, que hablaba un idioma incomprensible. Nadie quería tener relación alguna con ellos.

Cuando el catedrático y Supraptu hubieron descansado a la sombra del techo del puente y prosiguieron su camino, pasaron junto a la cabaña grande, y Supraptu vio por fin a los habitantes de la zona.

Apoyados en la pared de la choza había unos individuos sentados en una tabla sostenida sobre dos piedras. Estaban casi desnudos, solo con unos andrajos. Inmóviles, el tono de su piel no contrastaba apenas con el de la oscura pared de bambú; era natural que hubiesen pasado inadvertidos hasta que los transeúntes estuvieron muy cerca de ellos. Eran menudos, con rostros petrificados que parecían de barro muy oscuro, y sus ojos muy negros y vacíos miraban fijamente a lo lejos.

Los cuatro tenían machetes sobre las rodillas y sus hojas despedían vivos

destellos al sol. Estos espejeantes machetes parecían lo único vivo de aquellos cuatro hombres.

Supraptu sintió que un inmenso miedo le agarrotaba la garganta cuando pasó junto a ellos. Apretó con fuerza su bastoncillo; ¿qué podía hacer con él? Mientras, el catedrático caminaba a su lado absolutamente tranquilo.

Pasaron... Poco después, Supraptu no pudo reprimir la tentación de volver la cabeza. Los cuatro estaban tan inmóviles y silenciosos como antes, pero debían de haber vuelto levemente la cabeza en dirección a ellos, porque les clavaban en la espalda, en la indefensa espalda, sus ojos negrísimo y, seguramente, sus intenciones más negras aún. ¡Quisiera Alá que el catedrático no volviera a detenerse y caminasen con la mayor rapidez posible!

Pero el catedrático se detuvo y dijo:

—Mire allí, mi joven amigo. —Por la pendiente de la montaña descendía corriendo una niña triste y sucia, apenas tapada por un trozo de trapo que le servía de sarong y con el cabello atado con un manojito de hierba. Con ambas manos sostenía un gran ramo de orquídeas silvestres de tallo muy largo, toscamente partido.

¿Se debería a la tierra quemada, a las cenizas, a la luz del sol? En ninguna parte han crecido jamás unas orquídeas como aquellas: eran flores enormes, y no de un solo color, sino lila, rojas, moradas, amarillas y marrones. Incluso había flores que tenían cada pétalo de un color distinto. También las había rayadas y moteadas. Se movían arriba y hacia abajo, como si estuvieran vivas, y parecía como si la niña llegase corriendo con un inmenso manojito de vibrantes mariposas.

Al llegar ante el catedrático, la niña se detuvo, inmóvil como una roca y, jadeante, le tendió el ramo.

—¡Ayúdeme, mi joven amigo! —El catedrático cerró su sombrilla y se la pasó a Supraptu, recogió las flores de manos de la niña y la miró—. Gracias, gracias, jovencita —le dijo muy lentamente y con una gran claridad, como si la chica pudiese entenderlo. Y a Supraptu—: ¡Mire, mire! ¡Si Kitty y Ursel pudieran ver esto...!

Sacó su gran caja botánica, la abrió, introdujo cuidadosamente en ella las flores, que la llenaron por completo, la cerró y volvió a echársela a un costado. La niña observaba con los ojos muy abiertos todos estos movimientos.

Luego, el catedrático le hizo abrir una mano, sacó una flamante moneda y cerró a su alrededor los dedos estirados de la niña. Luego, la otra mano.

—¡Con una sola pierna no se puede sostener uno! —dijo el catedrático alegremente; y la niña se rio también, bien cerrados los puños con las monedas dentro. De pronto, se sobresaltó; uno de los hombres le había gritado algo breve y amenazador. Con movimientos raudos y febriles, la niña se pasó las dos monedas a una sola mano; luego las cogió con la otra y gritó algo hacia donde estaban los cuatro hombres, con el rostro descompuesto de miedo y furia. Después se metió las monedas en la boca, para tener las manos libres, y corrió monte arriba gateando con gran agilidad para vencer todos los obstáculos del terreno. Desapareció en el bosque como

un animalillo perseguido.

Supraptu le puso al catedrático la sombrilla en la mano y le dijo en tono autoritario:

—¡Vamos, deprisa! No puede usted pararse aquí; por favor, venga conmigo. — Porque el javanés había visto cómo se levantaban los cuatro hombres empuñando los machetes.

Cuando se hubieron alejado bastante, perdidos ya de vista los cuatro, se volvió Supraptu hacia el catedrático y le dijo:

—Esto no puede ser, profesor, no puede usted pasar por la jungla sin armas.

El otro le respondió con sus bromas de siempre:

—¿Me concibe usted con una pistola? Tenga en cuenta que las armas las carga el diablo. Pero no diga que vengo desarmado. Llevo siempre encima mi navaja, la que empleo para cortar las plantas, y está muy bien afilada. Además, ¿quién va a causarnos daño? ¡Ah!, ¿se refiere usted a esos cuatro tipos tan sombríos que estaban sentados en el banco? —De manera que los había visto—. ¿Cree usted que ellos...? Pero ¿por qué habrían de atacarnos?

Supraptu respondió con tono monocorde:

—Es posible que también a ellos les gusten las monedas tan flamantes que usted da a los niños.

—¿Cree usted? Bueno, entonces, les podemos dar unas cuantas cuando pasemos por aquí a la vuelta.

Pero al regreso no pasaron por allí, pues cortaron por un atajo de las montañas.

El catedrático había de mencionar las carabelas portuguesas una vez más. Fue una tarde, durante el paseo que daban siempre a esa hora, primero en torno al Castillo y luego subiendo unas escaleras de madera que daban acceso a la fortaleza. Se sentaron en un banco, junto al muro, y contemplaron la puesta del sol en la bahía exterior. Supraptu no se sentía bien últimamente y estaba más callado que nunca. Y tampoco el catedrático parecía encontrarse bien. Se hallaba muy inquieto y no decía sus chistes habituales. No hacía más que llevarse la mano a la cabeza repetidamente y lamentarse de que cada día tenía menos memoria.

—¿Cree usted que tendré la malaria? —Y entonces Supraptu tenía que explicarle cuáles eran los primeros síntomas.

—Quizá sea porque he estado tomando quinina durante algún tiempo —dijo el catedrático—. ¿Cree usted que será eso, o quizás el calor, o será a causa de mis ojos? —Y los guiñaba tras sus gruesos cristales—. No solo es que duermo mal, sino que me mareo en cuanto me acuesto. Cuando tuvo usted aquel ataque de malaria, el que le impidió reunirse conmigo al principio de la expedición, ¿sentía usted mareos al acostarse y le zumbaban los oídos?

No siguió hablando ni esperó a que el otro le contestara.

Al cabo de un rato reanudó su monólogo, pero le había desaparecido aquella voz quejumbrosa de vieja. Era como si hubiera cambiado algo en su interior.

Hablaba serenamente, como sin dirigirse a nadie en concreto, sin sus «mi joven amigo», sin cacareos ni tartamudeos y risitas contenidas. Tenía los ojos, tan azules, muy abiertos y perdidos en el vacío.

—... y ya varias veces, en la duermevela, me he visto en el mar. Sí, en el mar; no puedo explicarlo claramente. Hay un mar y yo estoy en él, y también hay una costa elevada, con árboles, y el viento sopla, y entonces llega... ¿se acuerda usted? —dijo sonriendo— la inmensa flota del millar de barquitos, las pequeñas carabelas portuguesas con sus velas de cristal, transparentes, con bordes violetas... Unas velas muy grandes, oh, no puede usted figurarse lo grandes que eran... Y entonces todas esas velas pasan junto a mí, por debajo de mí, por encima, por los lados... No me hace daño, pero siento como un indefinible sonido de arpa, como si pulsaran una cuerda demasiado tensa, aunque es un sonido mil veces más fuerte. Creo entonces que me van a estallar los tímpanos.

Se interrumpió, guiñando los ojos. Luego murmuró:

—Es estupendo. —Y volviéndose hacia el otro, dijo con su voz normal—: Quisiera que lo hubiera visto usted, y lo crea o no, le aseguro que ese espectáculo me reconcilia con mi tumba de marinero, si es que me está destinada irremediabilmente.

Supraptu no hizo comentario alguno. ¿Para qué decir cosas como esas? Esas cosas no se dicen. ¿Qué podría responder él? Miró al catedrático y trató de distinguir sus ojos detrás de los cristales, aquellos ojos azules y como vacíos.

¿Se estaría volviendo ciego el catedrático? Desde luego, tenía muy mal los ojos y día tras día, el resplandor, la reverberación del sol en las olas de las bahías y en la blanca superficie de los caminos le empeoraba la vista. Luego los mareos, los sonidos como de arpa, de cuerda pulsada demasiado tensa... El javanés había oído hablar de esos síntomas. Pero no, no podía aceptarlo, no quería que fuera eso.

Pensó que aquel hombre era demasiado bueno para quedarse ciego. «Si se queda ciego, ¿tendré que hacerle de lazarillo, igual que el hijo de Rumphius acompañaba siempre a su padre ciego, escribía todo lo que él le dictaba y dibujaba de nuevo todo lo que se había perdido al desaparecer el original de los libros?». (Él también escribía y dibujaba perfectamente). No, él no tendría que hacerlo, no quería, no eran padre e hijo.

Entre ellos no existía ni un vínculo, nada los unía: ni el amor ni el odio.

Porque él no odiaba al catedrático. ¿Por qué había de odiarlo? ¿Qué daño le había causado? Aunque sabía —difusamente, no de forma consciente— que aquellos dedos estaban aflojando, soltando algo en su interior, cosas demasiado enquistadas y frías, que lo estaban destrozando: su primera juventud, los miedos y amarguras de aquellos años, su vida, su mundo, un mundo falto de cariño... Poco a poco, iban ocupando el lugar de esa maraña fría las vivas y cordiales cositas del catedrático: sus chistes y anécdotas, sus bellas flores, sus «Mire, mi joven amigo», sus «Nosotros, los de mente

activa», y Ursel, que seguramente podría conseguirle una beca, y «el otro príncipe», y la quinina con que lo perseguía afectuosamente para que no contrajese la malaria (¿por qué no aceite de ricino?), y la buena palabra *discípulo*, y las cristalinas velas de las pequeñas carabelas portuguesas... Pero no, ¡él no quería estas cosas!

No quería que existiese un vínculo entre ellos, ninguna clase de ligamen. No quería atarse a él.

Aquella tarde, por primera vez, le dio la mano al catedrático para ayudarlo a bajar las escaleras de la fortaleza. Luego, mientras marchaban juntos en la semioscuridad, camino del hotel, Raden Mas Supraptu tomó una firme decisión: no seguiría con él, ni siquiera hasta el final de la expedición. Escribiría al director para pedirle que enviase a otro oficinista. Claro que esto tardaría bastante. Además, le costaría el empleo, pero no había manera de evitarlo. Tenía que regresar, eso era lo esencial. ¡Regresar!

Y ¿por qué pensar que el catedrático se estaba quedando ciego? Era muy probable que tuviese la malaria. Por lo menos, él insistía en que ya la tenía encima.

Pero no fue el catedrático quien cayó enfermo de malaria, sino Supraptu. Aquella misma noche, después de su paseo, apenas entraron en el hotel, el javanés sintió náuseas, temblores como si fuera a helarse, y le castañeteaban los dientes. El catedrático acudió en seguida a su lado, llamó al personal del hotel, le sostuvo la cabeza mientras vomitaba y después le hizo enjuagarse bien la boca. Cuando el javanés se desnudó y se metió en la cama, le puso unas botellas de agua caliente junto al cuerpo, lo cubrió con una manta rayada del ejército, le puso una compresa húmeda en la frente y le tomó la temperatura. Luego fue en busca del médico del club. Supraptu oía vagamente las voces: el catedrático terriblemente preocupado —¿era *malaria tropica*?, ¿era muy grave?; había tenido otro ataque recientemente, ¿qué se podía hacer?— y el médico, un poco irónico, decía que seguramente sería malaria corriente, que era estupendo que tuviesen quinina, y que al día siguiente volvería... El catedrático debía visitar al rajá al día siguiente; el médico le dijo que podía ir: el paciente se quedaría en la cama como un niño bueno y tomaría su medicina sin rechistar. Si el catedrático quería acompañarlo, le daría la medicina. El catedrático le dijo al mozo del piso que permaneciese junto a la puerta durante su ausencia por si el enfermo necesitaba algo.

En la habitación estaba encendida una lámpara de pared. Supraptu yacía de espaldas, con la cabeza en la almohada. Se le había caído la compresa. Le parecía que su cuerpo se le había convertido en un duro leño que empezaba a arder desde los pies con pequeñas llamas secas. Al principio no le importaba, sobre todo por el alivio que le suponía después de los temblores de frío, pero a medida que las llamas subían cuerpo arriba, se hacían más abrasadoras; y al mismo tiempo comenzó a dolerle terriblemente la cabeza, detrás de las sienes y en el cuello. ¡Esto sí que era un dolor

de cabeza! Y detrás de los ojos le irradiaban el dolor y el calor como si fueran a consumírselos. Tenía la sensación de que los labios le iban a estallar, y tenía la lengua demasiado seca para humedecérselos. La almohada se había recalentado tanto como la cabeza.

Caminaban hacia donde vivía el rajá, por el sendero blanco deslumbrante con el reflejo del sol, una luz tan hiriente que la vista no podían resistirla. Supraptu cerraba los ojos con fuerza y acercaba la cabeza hacia donde la almohada estaba relativamente fresca... La sombra de los árboles, el verde frescor, y al fondo, la bahía reluciente que se vislumbraba entre las palmeras, el agua de un azul intenso, intenso, casi azul noche, y el catedrático dijo: «Me gustan tantísimo los árboles...».

Le ardía de tal modo la cabeza que ya no quedaba ninguna parte de la almohada fresca, y no se sentía con fuerzas para darle la vuelta... La pendiente carbonizada, la áspera tierra roja que irradiaba calor, los troncos quemados, las llamas rojas de las fogatas encendidas ante las cabañas y los machetes de los cuatro hombres inmóviles en su banco, que despedían destellos rojos... Todo ardía. En cualquier momento, todo podía estallar en una llamarada final y consumirse definitivamente.

Supraptu hizo todo lo posible por incorporarse en la cama. Tenía que levantarse, porque sucedía algo; no sabía qué, pero muy grave. Solo consiguió volver la cabeza al otro lado de la almohada, ¡y estaba fresco!

Se habían sentado bajo el techo del puente, de palmas húmedas entrelazadas; el riachuelo fluía por su lecho de guijarros hasta llegar a la playa donde estaban anclados los praos a la sombra de los árboles, los praos capaces de navegar azotados por el viento y la lluvia, bajo cualquier chaparrón o temporal; ansiaba recibir de lleno la lluvia en la boca reseca y quería que lo sacudiera el viento de la tormenta.

Cuando aquel lado de la almohada acabó por calentarse, tuvieron que reanudar la marcha, dejando atrás el poblado y el monte quemado, dejando atrás a los cuatro hombres inmóviles con sus machetes amenazadores... Pero todo volvió a arder, a carbonizarse, a ponerse rojinegro, y todo se llenó otra vez con el destello rojo de las chispas que desprendían los machetes.

Supraptu intentó levantarse de nuevo. Ocurría algo muy grave. Tenía que levantarse.

No sabía cómo, pero logró darle la vuelta a la almohada, y esta vez sí que sintió frescor... Se encontraban bajo los árboles, más allá del poblado y lejos de los cuatro hombres de los machetes. La niña bajó corriendo por la pendiente del monte con el manojo de mariposas entre los brazos... No, no eran mariposas, sino flores húmedas de rocío, lila, rojas, moradas y amarillas, y frescas, frescas, frescas... «¡Mire, mi joven amigo!», dijo el catedrático.

Y luego todo se fue ennegreciendo. Para Supraptu no hubo ya más que una absoluta negrura.

La enfermedad fue larga y muy peligrosa. Había resultado ser la auténtica *malaria tropica*. Cuando le bajó la fiebre, el javanés estaba exhausto. No parecía extrañarle que el catedrático no estuviese allí; no preguntó nada de nada. El médico había ordenado que no le diesen aún la noticia.

Una noche volvió a pensar conscientemente en el catedrático. Se despertó sudando copiosamente, pero no tocó el timbre para que le prestasen auxilio. Se levantó solo, con un gran esfuerzo y logró dar unos pasos apoyándose en el frío borde de mármol de la mesa redonda. La lámpara de noche daba una débil luz.

En la mesa había una caja de madera de las que vendían en el barrio chino. Madera blanca y seis botellas muy alargadas, finas y de cristal verde oscuro. Eran botellas de colonia envueltas en papel de seda gris. La caja estaba abierta, con la tapa a un lado sobre la mesa. Una de las botellas estaba abierta y descorchada, aunque habían vuelto a taparla sin apretar, para facilitar su uso. En lugar bien visible, una nota decía: «Se pondrá usted compresas, la mitad de agua y la mitad de colonia. Ya he dado instrucciones al mozo. Cuídese, mi joven amigo. ¡Regresaré muy pronto!». Estaba firmada con las iniciales: «McN».

Apoyado en la caja, un retrato: la «Señor Princesa» en traje de viaje. Lo cogió.

¿Cómo había ido a parar allí esta fotografía? ¿La habría dejado él en la mesa, envuelta en el pañuelo, antes de caer enfermo? ¿O la habría encontrado el catedrático y la habría puesto allí? Entonces, aquel hombre la había visto, y él no quería que la viese. Por lo menos, ¿habría sabido verla tal como era realmente y habría comprendido lo que significaba el paisaje del fondo? Supraptu volvió a dejar el retrato apoyado en la caja de las botellas de colonia, junto a la nota del catedrático, tomó una toalla del lavabo y se frotó el cuerpo con ella para secarse bien. Después bebió agua y volvió a acostarse bajo la manta azul y blanca. Sentía un intenso frío.

A la mañana siguiente le desapareció la fiebre, y a partir de entonces se repuso lentamente, pero sin recaídas.

El médico le recomendó que se levantara y se sentase en una *chaise-longue*, en la veranda. También permitió a un joven inspector holandés, el encargado de aquel distrito, que visitara al javanés para comunicarle que el catedrático había sido asesinado. Tenía que saberlo ya.

Raden Mas Supraptu reposaba en la larga tumbona, entre las palmas en tiestos, vestido con un sarong de batik y una chaqueta, con la cabeza envuelta en un turbante, y escuchaba al inspector del distrito. Este era un joven vestido de blanco, rubio y de ojos azules, un individuo de aspecto agradable. Supraptu lo había acogido fríamente: «Por favor, siéntese, y perdóneme por no poder levantarme a saludarlo». Tenía el rostro más sombrío y tenso que de costumbre y parecía mortalmente cansado. Los ojos se le cerraban continuamente.

El inspector le explicó que cuando vieron que el catedrático tardaba varios días en volver, empezaron a preocuparse en la ciudad y él envió a varios policías indígenas en su busca. Primero recorrieron el largo camino que bordea la bahía exterior hacia la

residencia del rajá, en el extremo de la península, pues allí había ido el catedrático, según dijeron el dueño del hotel y el médico. A él, a Supraptu, no pudieron preguntarle, porque estaba demasiado enfermo.

—Sí —dijo Supraptu, con los ojos cerrados.

El rajá se quedó estupefacto. Desde luego, el catedrático había estado allí aquel día, y su visita fue muy breve. Solo aceptó agua de coco, y llevaba las plantas y flores que le habían entregado los niños. Como de costumbre, distribuyó monedas entre ellos, ya que no le parecía adecuado que se tomaran tanto trabajo a cambio de nada, aunque ya tenía la caja casi llena de orquídeas silvestres. Debía regresar inmediatamente, porque su ayudante estaba muy enfermo.

El inspector se interrumpió un momento.

Raden Mas Supraptu seguía callado.

El rajá había querido acompañar al catedrático en su camino de regreso, aunque él se negó, aduciendo que solo llegaría con mayor rapidez. De todos modos, el rajá y una nube de chiquillos lo acompañaron hasta las afueras del pueblo, y el catedrático se despidió desde lejos como de costumbre, agitando mucho los brazos.

—Sí —dijo Supraptu.

Así que los policías empezaron su investigación desde aquel punto, y en ella colaboraron el rajá, desde el extremo de la península, y muchos otros, aparte del propio inspector, pues todos querían ayudar. Exploraron los caminos que se internan en las montañas y preguntaron en las aldeas, pero sin resultado alguno. Luego, otra vez el sendero que bordea la bahía exterior, «Ya sabe usted que es un camino largo y solitario», hasta llegar al poblado de los *binongkos*.

—Los reuní a todos en aquella cabaña tan grande...

Supraptu parecía dormido.

—¿Recuerda usted el poblado de los *binongkos*? Allí hay un puentecito techado que cruza el riachuelo.

—Sí.

—Uno de mis hombres es *binongko*, o por lo menos habla el idioma de esa gente. Por medio de él, interrogamos a todos, pero no hubo manera de sacarles nada. Solo decían que el catedrático había pasado por allí por la mañana, de camino adonde vivía el rajá; que una niña le había dado flores, como ya había hecho otra vez, que el catedrático le había entregado unas monedas, como la vez anterior...

—Sí —dijo otra vez Supraptu.

Por la tarde, el catedrático volvió por el mismo camino. No sabían más.

¿Por dónde? Pues por el camino normal, el que conduce a la ciudad.

¿Cómo?, ¿no había llegado a la ciudad? ¡Qué extraño!

¿Nadie había hablado con él en el poblado? No, nadie.

¿Y la niña no le dio más flores a la vuelta? No, no, solo por la mañana.

El inspector hizo una pausa y se acercó un poco más a Supraptu.

—Entonces ocurrió algo..., algo difícil de explicar. En aquella gran cabaña tan sucia, llena de gente, y tan oscura que apenas se distinguía nada, había cuatro tipos sentados, inmóviles, en una estera. En el umbral, cerca de mí, estaba la niña de las flores, con expresión desamparada, y parecía como si la hubieran golpeado en la cara. Le sangraban los labios.

«Estaba allí sin decir ni una palabra, pero no dejaba de mirarme, si no era para mirar a los cuatro jóvenes sentados en el suelo, en la estera, al fondo de la cabaña, como si quisieran pasar inadvertidos. En seguida volvía a mirarme, como diciéndome algo con los ojos. Ordené a los cuatro jóvenes que se levantasen y salieran de la cabaña, para verlos. Al principio se negaron; todos ellos llevaban machetes... Intervinieron mis hombres, había los suficientes para dominarlos. Dos policías salieron con heridas en las manos y en los brazos, pero no ha sido cosa de importancia».

«Pero la niña no se movía. Me miraba fijamente, y luego a la estera donde habían estado sentados los cuatro hombres, y después otra vez a mí. Hice que levantaran la estera. No apareció nada de particular, pero en seguida notamos que habían removido la tierra recientemente. Y allí encontramos, enterrados, el reloj y la cadena del catedrático, la montura de oro de sus gafas, su cartera y dos bolsitas con unas cuantas monedas, no muchas».

«Después, todo fue muy rápido. Uno de los cuatro jóvenes acusó a los demás; lo contó todo... Habían luchado brevemente con el catedrático en el puente, debajo de la techumbre; el viejo, armado con su navaja de cortar las plantas, contra los cuatro machetes. Para no derramar mucha sangre, utilizaron el lado romo de los machetes. Después lo arrastraron hasta la playa, le quitaron todo lo que llevaba encima, lo enrollaron en una estera vieja, lo ligaron con cuerda de rota y le ataron a los pies una cesta llena de piedras, como las que usan para anclar los praos. Luego lo metieron en un prao alado, remarón bahía adentro (no había nadie a aquella hora de la tarde) y tiraron el cadáver por la borda. Le pregunté al *binongko* si tenía la seguridad de que el catedrático estaba muerto cuando lo arrojaron al agua. Dijo que así lo creía».

«Después tuve que volver a la cabaña para recoger las cosas que habían enterrado y guardarlas, selladas, como pruebas. Entonces, la niña de las flores, que seguía en el mismo sitio donde la habíamos dejado, empezó a contar con los dedos: uno, dos, tres, cuatro, y así varias veces, para hacernos comprender que reclamaba sus cuatro monedas, dos de la primera vez y dos de la segunda, ya sabe usted».

Y Raden Mas Supraptu solo dijo:

—Sí.

—Por supuesto, no podía dárselas entonces: eran pruebas; pero afortunadamente, llevaba yo cuatro monedas, no tan nuevas como las del catedrático, y esto decepcionó a la chica. —El inspector hizo una pausa y añadió—: Cuando le di ese dinero comprendí que por conseguirlo había delatado, con sus elocuentes miradas, a cuatro

de los suyos. ¡Han salido muy baratos, uno por moneda!

Miró al javanés, que seguía con los ojos cerrados y reflejaba un inmenso cansancio en la cara demacrada.

—Espero que mi relato no lo haya impresionado a usted demasiado, en el estado en que se encuentra...

Raden Mas Supraptu abrió los ojos y lo miró:

—No, no se preocupe. —Y al cabo de unos momentos—: Le agradezco mucho que haya venido a verme.

Se estrecharon la mano.

Más tarde, en la veranda del club, el inspector le preguntó al médico:

—¿Dice usted que ese javanés, el ayudante del catedrático, ya está fuera de peligro? A mí no me lo ha parecido.

—Ha estado muy grave —dijo el doctor—, y es muy probable que lo que le ocurrió al catedrático no lo haya animado mucho. Piense usted en la honda impresión que nos ha causado aquí este asesinato, a pesar de que no conocíamos apenas a la víctima. Total, hemos jugado alguna vez con él a las cartas, hemos tomado unas copas con él, le hemos reído algún chiste... Porque el viejo era divertido, y no hablábamos con él de nada más serio que si habíamos visto un pez o una concha de esta forma o de la otra.

Otro de los socios del club, que escuchaba la conversación, intervino:

—¡También, vaya ocurrencia que tuvo el maldito javanés de enfermar precisamente ese día!

Cuando Supraptu se repuso por completo, y poco antes de su regreso a Java, el inspector lo visitó de nuevo una mañana. El *binongko* que lo había contado todo y que se había convertido, por tanto, en testigo de cargo, iba a indicar el sitio donde habían arrojado el cadáver del catedrático, en la bahía exterior. Querían ver si era posible recuperarlo y enviarlo a Escocia para que lo enterrasen allí.

Supraptu vaciló. ¿Por qué había de ir? Pero acabó por sentarse junto al inspector holandés bajo el techo de madera del prao de la policía.

Era una embarcación muy amplia en la que iban el timonel, varios remeros, dos hombres que se encargarían de los sondeos y dos policías en un banco, con el *binongko* en medio. Tenía alrededor de las muñecas unas argollas de hierro sujetas por una fina y larga cadena, y los pies unidos por una cadena más corta y pesada.

Supraptu se había sentado de tal modo que no se veía obligado a mirar al preso.

Los tocadores del gong y los tambores se habían instalado, como de costumbre, sobre el techo de madera: el ritmo alegre de sus instrumentos resonaba por toda la bahía exterior. A los tambores respondía una larga vibración del gong. De vez en cuando, los remeros acentuaban el compás golpeando la borda con los remos, y luego volvían a dejarlos caer en el agua con un *plof* y seguían remando.

Era todavía muy temprano.

Supraptu tenía la sensación de estar dirigiéndose hacia donde las cosas serían nuevas, como si en el fresco del día que empezaba estuviese también él amaneciendo, como si fuera un hombre nuevo liberado ya de la carga del pasado, ligero, sin lastre...

Sin lastre...

Se encogió de hombros.

Era muy agradable surcar en un prao la superficie rumorosa de la bahía, al ritmo de los tambores y del gong... ¿Por qué no habían hecho esto mismo el catedrático y él?

«Exponiéndonos a ahogarnos por el camino», había dicho el catedrático.

Supraptu fue a taparse los oídos con las manos, pero no llegó a levantarlas.

La costa, que al principio era baja, se hizo más empinada. Empezaban a aparecer grandes rocas de color marrón, cubiertas no solo con arbustos, sino con grandes árboles. Una bandada de loros se elevó aleteando ruidosamente y chillando.

«Me gustan tantísimo los árboles...».

El viento de la bahía exterior soplaba ahora con más fuerza; el prao se balanceaba más, y los remeros, hallando mayor dificultad para impulsar la embarcación, suspiraban, lanzaban maldiciones y se reían.

—A la vuelta tendremos a nuestro favor la corriente y el viento —prometió el timonel.

El monte quemado, el río que se precipitaba en la costa arrastrando sus arenas oscuras muy adentro de la bahía... y, en la playa, los praos alados habían desaparecido. Desde la bahía no se podía ver el pequeño puente techado.

El *binongko* hizo un movimiento, como si quisiera ponerse en pie. Uno de sus vigilantes, no el que hablaba su lengua, sino el otro, dijo en malayo:

—¡Tú, perro, siéntate!

Fue como si el hombre hubiera comprendido, porque agachó la cabeza acobardado y se sentó.

Supraptu sintió que un escalofrío le recorría la espalda: perro..., perro...

El prao seguía avanzando.

Entonces dijo el holandés:

—Debe de ser por aquí. —Y al guardia—: ¿Quieres preguntarle?

El guardia que entendía su lengua interrogó al *binongko*, que observaba la costa con toda atención y que ahora señalaba un árbol que se elevaba más que los otros, como si estuviera trazando una línea del árbol al prao. Al preguntarle el otro, dijo:

—¡Aquí!

El guardia se lo dijo al timonel y este a los tambores, y cuando dejaron de tocar, los remeros se detuvieron inmediatamente, escurrieron el agua de los remos y los metieron dentro.

De repente, se produjo un silencio casi tangible. Solo el murmullo del oleaje al morir en la costa y las ráfagas de viento.

Los dos hombres encargados de aquella tarea tiraron la sonda por la borda.

El *binongko* se puso en pie (los policías se lo permitieron esta vez) y pronunció unas cuantas palabras; parecía como si repitiese las mismas. Nadie lo entendió, excepto el policía indígena que hacía de intérprete, pero ni siquiera este lo escuchaba. Nadie lo oía, aunque todos lo miraban: todos aquellos pares de ojos negríssimos y el par de ojos azules, estaban fijos en el asesino.

Pero nadie hablaba.

Supraptu tenía la sensación de que se habían formado varios círculos concéntricos.

En el centro, el asesino, cuyas argollas —toscas esposas— y cadena lo hacían parecer encerrado en sí mismo.

Luego, todos los hombres que rodeaban al asesino.

Después, la embarcación que los encerraba a todos.

Fuera, el agua, las olas, la costa, los árboles, el viento, y el cielo. Y nadie se movía en el prao, nadie hablaba. Solo la sonda de plomo que descendía cada vez a más profundidad en el agua de la había, el timonel que manejaba hábilmente su largo remo y otros que lo ayudaban a estabilizar la embarcación. Pero la sensación de que los círculos concéntricos se estrechaban en vez de expandirse era tan intensa, la atmósfera se hacía tan oprimente y amenazadora, que Supraptu creía no poderla resistir más. ¿No sentiría nada el hombre que se hallaba a su lado?

Entonces, el inspector se levantó y gritó: «¡Timonel!», como se hace siempre que hay peligro en el mar.

—¡Timonel, cuidado! Y ten bien presente que no quiero trucos, ¿me oyes?

La voz del joven comisario resonaba autoritaria, pero no antipática. Todos pudieron oír en el prao sus claras palabras, aunque iban dirigidas solo al timonel.

—Sí, señor —dijo este y, como si los otros no hubiesen oído, repitió, porque era su deber—: Tened presente que no quiero trucos, ¿me oís?, que lo ha dicho el inspector. —Y añadió—: Para el regreso tendremos un buen viento.

—Sí, timonel —respondió uno de los hombres por todos los demás.

Así pasó todo. Los círculos concéntricos se aflojaron sin gran esfuerzo. El *binongko* volvió a sentarse entre sus dos vigilantes. Los remeros se desperezaron, se miraron entre sí, se rieron de algo, mascaron tabaco, fumaron, mordisquearon una nuez moscada... Los policías indígenas también fumaron, y el que había llamado perro al preso le preguntó al inspector si le podía dar también un cigarrillo al *binongko*.

—Por mí no hay inconveniente —dijo el holandés.

El *binongko* aceptó el cigarrillo y la cerilla; su cadena era tan ligera que podía mover muy bien las manos. Estuvo fumando, y su cara seguía pareciendo de barro muy oscuro. Supraptu y el blanco también fumaron.

—Sí —dijo el inspector al cabo de un rato, guiñando los ojos para protegérselos del humo—, un hombre puede creer estar cumpliendo con su deber y, sin embargo

nunca se sabe... —Y se quedó mirando fijamente la lumbre de su cigarrillo.

—¿Quiere decir usted que deberíamos haber arrojado a ese hombre por la borda con sus cadenas y todo? —preguntó Supraptu sin rodeos.

—¡No, no es que yo lo pretenda! Pero comprendo perfectamente lo que sienten estos hombres.

—Sí; un extranjero... Odian a los de fuera —dijo el javanés.

—¡No, no es por eso! Naturalmente, no le tienen simpatía ninguna a esa gente medio salvaje que desembarca en estas islas y se instala en ellas sin dar cuenta a nadie; esa gente que les quema los montes y les esquilma la tierra para luego desaparecer tan misteriosamente como ha venido. Pero en este caso, la odian concretamente por el asesinato. Quizás usted no pueda comprenderlo, pero estos hombres nuestros son muy valientes, algunos son buenos soldados y de familias de rancia tradición militar; son luchadores, no perrillos falderos...

«... usted y yo parecemos unos perros...».

—Si un hombre mata a otro por una mujer —prosiguió el holandés— o por una antigua rencilla entre familias rivales, o sencillamente porque le cae antipático, estos no le dan mayor importancia al asunto, pero cuatro jóvenes armados con machetes que se lanzan contra un viejo cegato del que saben muy bien que va desarmado... —Torció el gesto con repugnancia.

«¿Sabían que el catedrático no llevaba más que una navajita?», quiso preguntar el javanés, pero no llegó a pronunciar las palabras.

«Llevo siempre encima mi navaja, la que empleo para cortar las plantas...».

—Por otra parte, no olvide usted que la isla lo consideraba, más o menos, cosa suya. ¿Sabe usted cómo lo llamaban aquí? *Don Solo Medio Loco*. Lo habían introducido ya en sus canciones con su salacot, sus lentes, su sombrilla, su caja de plantas y sus monedas relucientes. Sabían que no les hacía daño alguno a sus niños y que no los arrastraba al bosque ni nada por el estilo, sino que los divertía y se molestaba en hacer sonar la campanilla de su reloj para que ellos la oyeran; y si tenía la locura de darles monedas por unas simples flores o plantas que nada valen, pues bien, los demás debían cuidarse mucho de ponerle la mano encima. Si quería hacer disparates, allá él. Esta gente no asesina; no es su estilo.

—¿No se podría considerar esto un atraco con asesinato? —preguntó el javanés.

—Muy bien, si usted lo prefiere podemos llamarlo así —dijo el holandés, fastidiado de pronto—. Usted conocía al catedrático mejor que yo, pero tengo la impresión de que no abundan los hombres de su calibre, incluso a pesar de sus excentricidades. Le digo a usted que cada vez que pienso en ese puente y en lo que ocurrió allí, y más tarde..., me pongo decididamente de parte de mis hombres... Me siento uno más de ellos. —Había dicho «mis hombres» con énfasis y orgullo.

Todos ellos: los remeros, el timonel, los tambores, los policías... Todos eran para él *mis hombres*, excepto el *binongko*; este, desde luego que no. Y por supuesto, tampoco lo era Supraptu, el javanés, el extranjero. ¡Qué curioso que hubiera caído

enfermo precisamente aquel día!

Supraptu volvió a guardar silencio, a meditar sus respuestas y sus comentarios. Sus pensamientos volvieron a amargarlo. De nuevo estaba suspicaz, a la defensiva, como antes. Sus pensamientos lo abrasaban como ácido en una herida.

Habían recogido la sonda, y uno de los dos hombres encargados de esta tarea apuntó algo en un cuadernito, lenta y solemnemente.

—¿Cuántas brazas? —preguntó el comisario.

—Más de doscientas —dijo el hombre, guardándose sus apuntes.

—Mucha profundidad —comentó el holandés.

«... en alta mar, o hemos envejecido... Usted también, ya lo verá: usted también, Raden Mas Supraptu».

Los tambores volvieron a sonar, solo un poco, como si estuvieran ensayando, con un redoble bajo y rápido: *toc, toooc, toc...* y el vibrar del gong.

¡Toc, toooc, toc, toc, toooc, toc, plong!

—¿Desea usted algo? —preguntó el inspector, como con desgana.

—No, yo no, gracias —respondió Supraptu.

—Bueno, entonces, regresemos, timonel.

El timonel dio la orden, y los tambores y el gong interrumpieron su música privada. El gong dio varios golpes resonantes —¡atención!—, y los remeros comenzaron a remar de nuevo.

Se dirigían hacia el puerto. El comisario y el javanés iban sentados bajo el techo. Hacía más calor. El cielo, que al principio estaba tan azul y despejado, se había nublado; estaba opaco, estremecido por destellos de rojo blanco. El agua, en la bahía abierta, estaba mucho más revuelta, y las olas lucían crestas de espuma.

«Raden, mi joven amigo, le tengo miedo al mar».

Supraptu se pasó la mano por la frente. Lo fastidiaba el batir de los tambores, y sobre todo, aquel insoportable *taaang* del gong, encima de su cabeza, sobre el fino techo de la embarcación.

Al cabo de un rato dijo el comisario:

—No podremos sacarlo. No tenemos ni siquiera equipos de buceo, y aunque el *binongko* dice que está aquí, lo mismo podría estar en otro sitio. Y de todos modos, ¿qué quedará ya de él? Me temo que el catedrático tendrá que contentarse con una tumba acuática. ¿Le gustaba el mar?

—No le gustaba —respondió el javanés lentamente. Iba a decir que le tenía miedo, pero cambió de parecer y dijo—: En su profesión tendrá usted que navegar de una isla a otra con frecuencia. ¿Ha visto alguna vez esas pequeñas medusas que llaman carabelas portuguesas, que tienen una membrana que utilizan a modo de vela?

El inspector se rio.

—¿Qué le ha hecho a usted pensar tan de repente en eso? Sí, las carabelas portuguesas son muy frecuentes en el mar de Banda. Hay verdaderos enjambres, y pican como demonios cuando se tocan. Sí, claro que las he visto.

—¿Cree usted que vendrían también por estas aguas? —preguntó el javanés, señalando hacia donde habían estado buscando el cadáver.

—Quizá; no sé. Tenga en cuenta que la bahía exterior es muy abierta por esta zona, pero solo se presentan en ciertas épocas del año. No estoy muy seguro; podemos preguntarle al timonel.

—No, no merece la pena —dijo Supraptu, y poco después—: Rumphius dice que son preciosas.

—Sí, son de un verde chillón muy extraño, con largos tentáculos azules, y las velas son transparentes, con el borde coloreado.

—Una vela de cristal bordeada de morado o violeta.

—Sí —dijo el holandés, un poco asombrado.

—«Parece una piedra preciosa», escribió Rumphius.

—Sí, sí —y en los ojos azules brillaba un destello de entusiasmo—. ¡Es verdad! «Sobrecogedor», había dicho alguien.

Y Supraptu prosiguió:

—Pero yo creo que las velas no deben de ser muy grandes...

—No, ¿cómo iban a ser grandes? Sin los tentáculos, esas medusas son pequeñas, y sus velas no son mayores que... —El holandés, el blanco, miraba a su alrededor en busca de algo con que poder compararlas; por fin se fijó en su propia mano firme y grande, y luego en la del javanés, fina, oscura y pequeña, apoyada en la rodilla. No la tocó, pero la señaló, y su dedo índice se movía por encima de sus nudillos—. Son quizá un poco mayores que la anchura de su mano.

Supraptu miró adonde el otro señalaba, a su propia mano, tan fina.

—Sí —dijo con su voz neutra—. Ya pensaba yo que las velas tenían que ser pequeñas.

Y aquello, durante unos fugaces instantes, le provocó un dolor casi inhumano.

CUARTA PARTE
La isla

De manera que la señora del Pequeño Jardín deseaba quedarse completamente sola durante todo un día y una noche al año.

A primera hora de la mañana había enviado a todo su servicio, con sus familiares, a la ciudad de la bahía exterior, en el prao de la leche. Eran muchos y les encantaba hacer aquella excursión a la ciudad todos juntos. Volverían al día siguiente.

Sjeba y su marido, Hendrik, que seguía trabajando de vaquero, se quedaron con ella. Paulatinamente, se fueron convirtiendo en las únicas personas que representaban para ella al pasado, las únicas que lo sabían todo, que lo habían sufrido todo. Y de todos modos, alguien tenía que ordeñar a las vacas.

Aquel día había sido seco y soleado, y habría luna llena. No siempre ocurría así en estas noches de evocación, una al año, y a veces, la señora había tenido que pasarse la noche en la más completa oscuridad, ya que, claro está, no podía encender luces.

Esta vez se veía bien.

Cuando la luna se elevó sobre la bahía interior, que estaba tan en calma como un lago, se reflejaba en las copas de los árboles, sobre todo en las palmeras de la playa. Casi parecía de día. Las pequeñas hojas de las innumerables palmeras brillaban como si estuvieran húmedas, como si la luz de la luna resbalase sobre ellas para caer al suelo en gotas de plata. Los troncos de los plátanos estaban aún más iluminados, por su color gris plateado, y su follaje adquiría un brillo casi metálico.

Reinaba una calma absoluta; apenas un susurro del oleaje —las tres olas: el padre, la madre y la hija— que morían en la playa con un suspiro infinitas veces.

Los cangrejos y otros crustáceos empezaron a salir de sus escondrijos: los que tenían resplandecientes ojos blancos y los de caparazón que relucía como madreperla a la luz de la luna. Uno de los tres grandes cangrejos arbóreos, la especie que era ya tan rara (azul intenso con rayas blancas, «Don Diego con su armadura completa» según decía el señor Rumphius) se encaramó a un cocotero, cortó un coco, lo dejó caer al suelo, bajó del árbol y empezó lentamente a triturar la cáscara dura como la piedra con las garras. Aquel ruido se oía desde muy lejos en el silencio de la noche.

Las langostas de la extraña especie que tiene una única garra monstruosamente larga, que se mueve constantemente arriba y abajo, estaban cerca del agua como haciéndole señales a la luna.

Los diminutos cangrejos de pato podían pasearse tan tranquilos mientras dormían las crueles aves.

Todos los pececillos de espejeantes colores se despertaron y nadaron por donde el agua iluminada por la luna no era demasiado profunda. Vislumbres relampagueantes de oro, rojo y azul claro.

En el profundo centro de la bahía se ocultaban los peces grandes: los bandidos con sus espadas, sus sierras, sus afilados dientes de tiburón y sus colas afiladas como cuchillos.

Más tarde, pasarían los pescadores de la aldea vecina metidos en el agua hasta las

rodillas, con antorchas y lanzas de bambú para atrapar peces pequeños. Se cuidaban mucho de mantenerse fuera de la luz de la luna, en la oscuridad de los árboles costeros. Era muy importante que no arrojasen sombras sobre el agua. La señora del Pequeño Jardín los había acompañado algunas veces, con el sarong recogido y unas suelas de cuero atadas a las plantas de los pies para no pincharse con los erizos de mar. Pero le daban lástima los pececillos tan bonitos, y temía a los pulpos.

Y también los temían los pescadores. No hacía mucho, un pulpo se le había enrollado a uno en el brazo, y no lo soltó hasta que el hombre le puso encima la antorcha encendida, con lo que se hizo una quemadura, y aún iba al Pequeño Jardín a que lo curasen con unguento.

La señora del Pequeño Jardín sacó su sillita y la colocó en la playa, cerca del embarcadero de piedra recién construido. El antiguo, con su mármol resquebrajado, se había ido derruyendo. Ahora, los praos atracaban perfectamente, y los invitados no tenían que mojarse los pies. Era una mujer muy hospitalaria, y siempre la estaba visitando mucha gente.

Aquella noche serían cuatro los visitantes, y no necesitarían ningún prao. Quizás hubieran llegado ya. Cada año era diferente. E incluso había años en que nadie acudía esta noche especial.

Pero esta vez llegaron cuatro: un catedrático escocés, una mujer de la isla que se llamaba Constance, un marinero de Macasar y el comisario retirado que había vivido en la bahía exterior.

A dos de estas personas las conocía ella de vista, y con el catedrático había hablado varias veces en la ciudad, así como con su joven ayudante javanés. Inmediatamente hallaron temas de interés común, sobre todo, los libros de aquel amigo de ambos, Rumphius, y el catedrático le preguntó si había visto alguna vez una carabela portuguesa. Ella los invitó al Pequeño Jardín para que investigaran la flora de aquel lugar tan rico en plantas raras, y a ella le interesaba mucho su trabajo. ¡Podía enseñarles tantas cosas!

Le pareció que el catedrático era un poco grotesco, pero ¿no es eso lo corriente entre los eruditos? Nunca tuvo ocasión de ver ninguno tal como los presentan en las caricaturas: distraídos y con paraguas que siempre se están dejando olvidados. Este catedrático tenía una gran sombrilla, pero no parecía distraído. La verdad es que a la señora del Pequeño Jardín le resultó muy simpático el catedrático.

En cambio, la desconcertó el javanés que lo acompañaba: de aspecto tan refinado, tan reservado, tan inalcanzable, y sin embargo desbordante de algo; la señora no sabía qué podía ser. De todos modos, ¿qué podía importar ya?

Constance había sido la cocinera del funcionario que vivía con su esposa, su hijita y el servicio en la casa de la ciudad. La señora del Pequeño Jardín se acordaba muy bien de Constance: no era una mujer que se pudiera olvidar fácilmente. Pero ¿cómo era realmente Constance? Caminaba como una reina destronada. La señora había oído una extraña historia sobre el cuchillo del marinero... Siempre se enteraba de

todas las historias.

Al marinero no lo había visto nunca, pero ya se sabe que los marineros suelen ser muy agradables.

Y en cuanto al comisario, no solo no lo había visto, sino que ni siquiera podía imaginárselo. A juzgar por lo que se decía él, no podía haber sido simpático. En la subasta, la señora compró un precioso jarrón con unas cabezas de león y cuerda de ratán (¡demasiado caro!).

¿Acudirían las tres niñas? Es decir, las verdaderas: Elsbet, Katie y Marregie. Aún no lo sabía; quizá no les correspondiese presentarse esta noche. Pero al fin y al cabo, el Pequeño Jardín había sido su hogar, y los niños son curiosos..., pensaba la señora.

Quizás estuvieran todas juntas en la sala; la había adornado con plantas y flores, como de costumbre. Pero no había quemado incienso, como habría hecho su abuela: las lágrimas del Profeta... Lágrimas, ya estaba bien de lágrimas.

Su hijo —esta era la noche de su hijo— tampoco acudía siempre. Pero a él sí que le correspondía, pensaba la madre; a fin de cuentas, era el día, la noche, de los asesinados.

No era hipersensible ni propensa al sentimentalismo, pero mientras viviese, no se extinguiría en ella la profunda y ardiente lástima por todos aquellos que habían sido asesinados. Se rebelaba contra el asesinato; no podía aceptarlo, ni para su hijo ni para nadie, ni antes ni ahora ni en toda la eternidad.

¡Morirse, sí! Todo el mundo ha de morir joven o viejo, de enfermedad, de vejez, por un accidente, quizás incluso por el Veneno, pero por error. Lo que no se puede tolerar es que un ser humano mate a otro.

Y por eso en aquel día, en aquella noche del año, conmemoraba ella, a la vez que a su hijo, a todos aquellos que habían sido asesinados en la isla. Era cuanto podía hacer por ellos.

«No ha podido sobreponerse a su desgracia —murmuraban sus amistades de la ciudad—; por eso está la pobre un poco... Aunque, la verdad, a pesar de todo».

No podían decirle: «Debe usted intentar superarlo», porque se enfurecía y gritaba: «¿Acaso creen ustedes que debemos olvidarnos de los demás? —Y luego murmuraba como para sí—: Sin amor, sin lealtad, sin recuerdo... ¡cobardes!». Sí, eran unos cobardes porque no querían sufrir con el recuerdo.

Ella, que había probado una amargura más amarga que el agua amarga de la fuente amarga, conocía muy a fondo el dolor por dentro y por fuera y, ¿cómo se puede mitigar un dolor tan profundo?

Le faltaban las firmes convicciones de su abuela.

Hay gente que dice: «Hay que ver con los propios ojos, escuchar con los propios oídos, pero ante todo, hay que conocer lo esencial, conocerlo sin ver ni oír». Y ese don le había sido negado a la señora del Pequeño Jardín. Nunca había vuelto a ver a su hijo, ni siquiera en sueños.

Desde luego, mantenía aquellas conversaciones silenciosas, pero no se hacía

ilusiones sobre ellas. Preguntaba y ella misma se respondía a sus propias preguntas. Su hijo no era ya solo su hijo, sino alguien más próximo a ella, y había llegado a conocerlo tan bien, sobre todo en lo tocante a la última parte de su vida, que estaba en condiciones de poderle hacer todas las preguntas y de poderlas contestar. Pero ¿qué tenía que ver todo esto con el ser real que había sido su hijo?

Nunca estaba en comunión con él como ser humano, independiente de ella, con un rostro concreto, sino, todo lo más, con la parte de él que se conservaba en ella.

¿Seguía existiendo su hijo como ser humano, o solo quedaba de él su silencio? ¿Había conseguido, con su interminable conversación, con sus preguntas y sus respuestas, acabar con aquel silencio?

La señora del Pequeño Jardín era una mujer que vivía en la tierra y que había querido entrañablemente a su hijo, que también vivió en la tierra... Quizá lo que ella no podía soportar fuera precisamente su silencio.

Mientras pensaba todo esto, contemplando por milésima vez la bahía interior bañada por la luna, pensando y no pensando, tuvo de repente la sensación de que alguien estaba sentado a su lado en el pequeño banco de madera apoyado contra el plátano, fuera de la luz de la luna, en una densa oscuridad. No podía distinguir nada pero si realmente había alguien, no era su hijo Himpies, sino otra persona: alguien a quien ella no conocía y, de esto estaba segura, alguien que no le gustaba.

El comisario, pensó con fastidio, pues ¿quién, si no, podría ser? Al principio guardó silencio, hasta que por fin se decidió a decirle:

—¿Por qué no se reúne usted con los otros? El catedrático es muy simpático, y el marinerero también, me figuro. Constance es más bien rara, pero es un regalo para la vista, y las tres niñas son muy graciosas, si es que están allí...

No mencionó a su hijo, y el otro no respondió. El silencio irritó a la señora del Pequeño Jardín. Prefería estar sola en la playa... ¿Qué se había creído aquel hombre? ¿Acaso que no le correspondía estar con los de dentro? De ahí que insistiera:

—Porque usted fue también asesinado, ¿no?

—Ahogado —aventuró el individuo.

—Bueno, sí —replicó la señora, impaciente—, ya lo sabemos, pero ¿se ahogó usted o lo ahogaron?

—No sé.

Ella hizo un movimiento tan brusco que la vieja silla rota chirrió.

—¿Qué tontería! De sobra tiene usted que saber si se cayó o lo empujaron.

—Las dos cosas, señora —respondió con toda seriedad y cortesía el comisario o quienquiera que fuese.

¿Qué puede uno decir a esto?

La señora se puso en pie sin mirarlo y se alejó hacia la casa, que era en realidad el viejo pabellón de los huéspedes: cuatro habitaciones en fila con una galería lateral. La luna brillaba entre las columnas. Allí se había sentado ella tan a menudo con su abuela, cada una reclinada sobre una columna de piedra... Allí había abierto la *bibi*

su cesta y sacado la sarta de conchas blancas, para que la admirasen los dos niños, sobre todo Himpies, que las tuvo puestas... Aquel era el sitio, y aquí, a la izquierda de la tercera columna, un sitio que ella podía ver siempre con los ojos cerrados, donde pasaba tanto tiempo con la vista perdida en la lejanía por encima del macizo de flores, entre las mirísticas, por encima del lugar donde había estado antaño la casa que no debía ser reconstruida y aún más allá, por encima de todo el valle, donde estaba la concha del Leviatán, y más allá del río, y del bosque, y de las montañas, y del mar, y de la otra isla, «la tierra del otro lado», y por encima de las altísimas montañas de esa isla, hasta el calvero de la selva, el lugar donde su hijo había sido asesinado.

Donde su hijo fue asesinado por un alfura de la montaña, el guerrero que, desnudo y resplandeciente con su cinturón blanco y su collar de conchas blancas — las conchas de porcelana— estuvo acechando tras un árbol y atravesó con una flecha envenenada el cuello de su hijo, mientras, con Domingoes y con sus hombres, se reía del viejo presidiario.

—Y, sin embargo, madre, no solo fui asesinado. También se podría decir que caí en combate.

¡Cuántas veces le había dicho aquello! Ella nunca lo contradecía para no disgustarlo, pero sabía muy bien que no tenía razón.

Desde donde estaba, contemplaba la madre el sendero —quizá no fuese un sendero— por donde habían llevado en una improvisada camilla el cuerpo de su hijo durante muchas horas, turnándose para restañarle la herida mientras caminaban. Y al final solo la mantenía cerrada el viejo presidiario, que no podía evitar que Himpies se desangrase por entre sus dedos. Y Domingoes marchaba también a su lado y decía: «Oh, alma...». ¿O no lo decía?

Y de allí pasaba la mirada de la madre al sitio donde estaba la tumba de su hijo, en la costa de aquella otra isla. Ella había estado allí, y podía haberlo exhumado para trasladarlo al Pequeño Jardín, pero no le gustaba la idea de cambiarlo de sitio. Nunca olvidaría el rumor de aquel oleaje.

A su manera hablaba ahora con él aquí, junto a la columna.

—¿Has estado dentro?

—Sí, madre.

—¿Cómo están?

—Muy bien.

—¿Están ahí las tres niñas?

—Sí, también. El que me resulta más simpático es el catedrático.

—Sí, ya te lo dije.

—Marregie lo ha acaparado en seguida. Estaban junto a la cómoda de las cosas raras, y el catedrático se ha puesto a hablarle de las conchas. Me parece que el pobre no se podrá librar fácilmente de ella. Pero no parecía estar a gusto; era como si algo lo fastidiase.

La señora del Pequeño Jardín se encogió de hombros.

—¡Qué ocurrencia! Si te hubiera asesinado una jauría de *binongkos*, esos malditos, y te hubiera arrojado al mar, quizás antes de que hubieras muerto...

—Sí, no, es que no siempre... —El hijo vaciló buscando la palabra exacta y esta vez, durante un momento, vio la madre... O no, solo la recordó, la cara de su hijo. Sí, la recordó con una impresionante claridad, incluso los ojos con sus destellos, y estaba mirándola muy de cerca, como él podía hacerlo. Por fin encontró la expresión que buscaba:

—Quiero decir que a los seres humanos no siempre nos resulta fácil conseguir que nos maten, ni siquiera morir de cualquier otra manera...

El rostro se había borrado ya.

—No, desde luego que no —dijo la madre—, pero no debes hablar de esas dos clases de muerte como si no hubiera diferencia entre ellas. Ya sabes que no puedo soportarlo. ¿Por qué finges que lo mismo da morir asesinado que de muerte natural o por accidente? No es lo mismo, ni muchísimo menos, y lo sabes muy bien.

—Sí y no, madre —hizo que le contestara su hijo, incluso con el titubeo que lo caracterizaba, pero sus propias palabras la irritaron tanto que lo reprendió:

—¡No empieces con tus *sí y no* y tus *esto, pero también lo otro!* A estas alturas deberías saber perfectamente que detesto esa palabrería vacua.

—Sin lugar a dudas, señora Pequeño Jardín —dijo Himpies sin mirar a su madre ni reírse—, pero ¿por dónde íbamos? Ah, sí, el catedrático... Le ha estado contando a Marregie el cuento de la Cenicienta, aunque un poco diferente, y todo lo del doble corazón de Venus, el arpa de Amoret, el nautilo y el cuerno de la diligencia... Le decía: «¡Mira, tienes que hacer sonar el cuerno del correo!». Marregie llamaba a sus hermanas, pero Elsbet y Katie no querían ir, porque estaban muy entretenidas jugando con el marinero, con una cuerda. Creo que las enseñaba a hacer nudos.

—¿Habéis viajado alguna vez en prao? —les preguntaba el marinero.

—Sí, claro que sí.

—¿Con quién?

—Con los pescadores de la aldea y con nuestra niñera.

—¿Era simpática vuestra niñera?

Se miraron entre ellas antes de responder:

—Sí, muy simpática.

—¿Y adónde fuisteis en el prao?

—Pues por la bahía interior. ¿Adónde querías que fuésemos?

—¿Sabéis cómo hay que silbar para llamar al viento, y que debéis llamarlo *señor Viento*?

«Elsbet y Katie sabían muy bien que debían llamarlo *señor* (“Ven aquí, señor Viento, suelta tu cabellera”), y sabían silbarle. Para demostrárselo empezaron bajito y luego cada vez más fuerte, más fuerte...».

—¡Chchch... cuidado! —dijo el marinero—. ¡No vayáis a despertar a la

tormenta, la que llaman Baratdaja!

—¡Es que a nosotras nos gusta muchísimo la tormenta que llaman Baratdaja! —dijeron a la vez las dos niñas.

—A mí también —dijo el marinero, y los tres se echaron a reír muy contentos.

Entonces, Constance se levantó y empezó a batir palmas como hacen en la fiesta de la maroma. Y se puso a cantar.

—¿Qué cantaba? —preguntó a su hijo la señora del Pequeño Jardín.

—Esa canción: «El tambor llama desde lejos, muy lejos y la maroma se ha partido, pero sujetamos los pedazos...». Me ha parecido una canción muy triste...

—Sí —dijo pensativa la señora—, me lo figuro. ¿Y también bailaba?

—Si puede llamar a eso bailar... Unos pasos adelante, unos pasos atrás, y sin dejar de batir palmas.

—¿La miraban mientras bailaba?

—Sí, el catedrático, el marinero y yo...

—Ya me figuraba que la estarías mirando... —lo interrumpió la madre, y luego le dijo lo que desde el principio estaba queriendo decirle—: ¿Sabes? El comisario ese está ahí en la playa, solo, bajo los plátanos. ¡Figúrate que no quiere reconocer que murió asesinado!

—¡Es que a ninguno de nosotros nos gusta reconocer eso! —exclamó el hijo—. He intentado explicártelo tantas veces... Deberías prestarme atención por lo menos una vez: nunca nos asesinan simplemente, sino que además «caemos en combate»... No te enfades, porque efectivamente es «sí y no», «lo uno y lo otro», mi queridísima madre. —Nunca la había llamado así.

—Bueno, eso es lo que opina también el comisario. Cuando le he dicho: «Tiene usted que saber si se cayó o lo empujaron», ¿sabes qué me ha respondido? Pues «Las dos cosas, señora». ¿Qué te parece?

Su hijo se rio.

Le había hecho decir, preguntar y responder tantas cosas... A veces se entristecía cuando hablaban de Toinette y de su hija Netty, y ella no podía decirle adónde habían ido. Pero ¿por qué no logró nunca hacerlo reír? Ni una sola vez, a él que había sido tan alegre, que reía con tanta facilidad, que estaba riendo cuando la flecha le atravesó la garganta, como había dicho Domingoes. Esta era la primera vez.

—Creo que el comisario me resulta simpático —añadió.

—No —decretó la madre con su tono autoritario—, no es una persona agradable. Ven conmigo y te convencerás.

Se volvió lentamente y se dirigió hacia el jardín por la galería lateral, avanzando muy cerca de la pared para dejar sitio a su acompañante, y así continuó hasta la playa. Se sentó de nuevo en su silla... Estaba muy quieta en su silla; no se había movido de ella en todo aquel tiempo.

Tenía la impresión de que el comisario no estaba ya bajo el plátano, ni los otros dentro de la casa: ni el catedrático, ni Constance, ni el marinero, ni las tres niñas...

ninguno de ellos, ni siquiera su hijo.

Y es que nunca habían estado allí.

—Quédate conmigo —murmuró de pronto, asustada.

Cerró los ojos un momento, y cuando volvió a abrirlos fue para clavar la mirada silenciosamente, una vez más, en la bahía interior.

La luna dibujaba una senda de luz sobre el agua; se podía haber caminado por ella. La bahía interior rumoreaba ahora suavemente, y el débil oleaje se deshacía a los pies de la señora del Pequeño Jardín. Los altos árboles la rodeaban, oscuros y silenciosos. Los pescadores a los que antes había visto pasar regresaban caminando por el agua, con una antorcha en la mano derecha y una lanza en la izquierda, que clavaban en los peces cuando saltaban asustados por la luz de las antorchas. Andaban con mucho cuidado para no hacer más ruido que el agua. No hablaban. Pero cuando la vieron sentada a la luz de la luna, el que se había quemado el brazo defendiéndose del pulpo y que ella había curado durante tanto tiempo, la saludó gritándole algo como «¡Que tenga suerte, señora!».

—¡Calla! —le dijeron los otros, por temor a que se espantaran los peces, y ella respondió sobre el murmullo del agua lo más bajo que pudo:

—Que te vaya bien. —Él le había deseado buena suerte. ¿Dónde estaba esa suerte?

Por primera vez, aquella noche pensó en los otros, en los asesinos... ¿por qué?

En el alfura de la montaña que acechaba tras el árbol.

En los cuatro *binongkos* del catedrático.

En el hombre que había asesinado a Constance.

En el asesino del marinero, y nadie sabía si había sido un hombre o una mujer.

En la joven esposa medio china del comisario retirado, con sus tres viejas tías... ¿o no?

Y en la muchacha esclava, la joven de Bali, la niñera de las tres chicas, que había sido tan hermosa y que no pudo volver a caminar después de aquello. En esta mujer no quería pensar, porque había pasado muchísimo tiempo y porque su abuela le había prohibido que pensara en ella.

Ni en el «asesino múltiple» que había querido salvar a su hijo.

Se apoyó en la frente, encima de las cejas, las yemas de los dedos de una mano. ¡Cuántos asesinos había! La mareaba pensar en aquello y, al mismo tiempo, había algo que la asombraba: mientras pensaba en ellos no sentía la indignación ni el asco que siempre le habían provocado, sino casi lástima, no la inmensa y ardiente lástima que sentía por los asesinados, sino un leve sentimiento de impaciencia, de tristeza. «¿Por qué matasteis, insensatos?». Sin deseo de venganza, sin odio ya. Como si no fueran los asesinos, sino que también se contasen entre las víctimas.

Y a partir de entonces no hubo más asesinos ni asesinados.

Todo se le confundía en la cabeza y acababa siendo lo mismo. En realidad, como su hijo quería, era lo uno y lo otro.

Se quitó la mano de la frente, sacudió la cabeza y se agitó en su silla: siempre había querido las cosas claras, esto o lo otro, sin medias tintas ni tintorerías. Pero ¿acaso había algo definitivo y concreto? Levantó la vista y entonces vio (¿lo vio realmente?), en la senda de luz de luna, sobre la superficie de la bahía interior, muy lejos y a la vez cerca, moviéndose y al mismo tiempo inmóvil...

La Palmera del Mar, morada; y bajo ella, su abuela, el señor Rumphius y la Mujer de Coral con su vestido florido; su abuela sostenía la bandeja del veneno de Ceram y ponía en ella los diminutos centinelas de la buena fortuna que iba cogiendo de la Palmera. Entre las raíces de esta reposaba el Cangrejo que controla las mareas, y arriba, en las hojas, tenía su nido el Pájaro Sagrado.

El extranjero del hotel, el hombre de quien ella se había enamorado —y al que aún quería y seguiría queriendo— tenía en la mano la serpiente del carbuncho robada. ¡Ella se la habría regalado si él se la hubiera pedido, sin pedirle nada a cambio! El agua amarga de la fuente amarga había arrastrado a aquel hombre.

La *bibi* a la que ella había temido tanto enseñaba su cesta a las tres niñas coloradas: todas las perlas del comisario, perlas del mar, y en otra sarta, unas cuentas naranjas y amarillas que eran las perlas de la tierra, e incontables sartas de relucientes conchas de porcelana blanca, las que empleaban los alfuras de la montaña en sus atavíos de guerra... Ya no podían hacer ningún daño.

Y su queridísimo hijo se hallaba en pie junto a una mujer, Toinette, y la hija de esta, Netty, que le volvían a ella la espalda (y la culpa solo era de ella). Estaban contemplando una escuadra que zarpaba de la bahía interior, compuesta por un millar de velas, todas juntas, carabelas portuguesas de cristal con bordes morados y verdes; no eran grandes ni pequeñas, pero llegaban al cielo. ¿Dónde estaría ahora el catedrático?

Su padre y su madre, con cinco pequineses atados con correas.

Los cuatro visitantes de aquella noche: el catedrático —claro, allí estaba—, Constance y su marinero, el comisario... Ahora veía los cuatro rostros con toda claridad; le habría gustado saludar con la mano al catedrático, pero no podía. Solo le estaba permitido mirar.

Y todos los asesinos, porque ahora también tenían derecho a estar allí.

Las conchas más bellas: en medio, dos enormes conchas dentadas muy bien ajustadas entre sí, y dentro de ellas vivía de nuevo el Leviatán de su juventud, el terrible Leviatán, y junto a él, las conchas más pequeñas del mundo, los brillantes piojitos blancos de los que el catedrático había hablado a Marregie aquella noche, y también el doble corazón de Venus, difícilísimo de encontrar, y el arpa de Amoret, que su hijo se ponía al oído.

La piedra blanca del cajón especial con su hijita; los tres jóvenes: Oso, Domingoes y Martín, el marinero portugués que se había ahogado hacía tiempo; la

niña Sofi, con la cacatúa domesticada que ella le había regalado, y la niñera de Sofi, que también era una niña... Un joven javanés impulsaba un prao sobre las olas, y se llamaba Raden Mas Supraptu; una señora javanesa muy delgada lo contemplaba diciéndole: «Otra vez has olvidado el lastre». ¿Quién era esta señora? La señora del Pequeño Jardín no la conocía; ¿a qué se podía referir con lo del lastre? La chica *binongko* de las flores se chupaba el labio sangrante y escuchaba: del embarcadero portugués, al otro lado, llegaba un ruido de martillazos y las tres niñas, las auténticas, estaban muy juntas y tenían en las manos la piedra preciosa de la serpiente y el cuchillo del marinero, y Marregie tocaba el cuerno del correo; coral, peces, cangrejos, las tres jóvenes tortugas, la Bailarina de la Concha, pájaros, mariposas...

La cigüeña, el ave *laj-laj*, con su largo pico y sus llameantes patas rojas, los rugientes leones... Entre ellos, el niño Himpies estaba sentado en su estera y lo miraba todo con ojos entusiastas, y por todas partes se movían unas pequeñas olas plateadas. Lentamente, con largas pausas, una voz decía desde muy lejos: «La bahía, la bahía interior; ¿podrás olvidar alguna vez la bahía interior, oh alma?».

¿Qué le estaba sucediendo? ¿Acaso se estaba muriendo? ¿Y eran estas sus «cien cosas»?

Sentada tranquilamente en su silla, tenía delante no un centenar de cosas, sino mucho más de ciento, y no solo suyas; cien veces cien cosas, una junto a otra, esta separada de aquella, tocándose, fluyendo aquí y allá unas dentro de otras, pero sin nada que las uniese y al mismo tiempo eternamente unidas...

Un vínculo que ella no lograba entender del todo; pero entenderlo no era necesario ni posible; lo había visto, durante un momento, sobre el agua iluminada por la luna.

No había notado que Sjeba y su marido, Hendrik el vaquero, habían dado la vuelta a la casa y estaban ahora junto a ella, uno a cada lado de la silla.

—¿Por qué no se acuesta usted? —le preguntó Sjeba, preocupada, y los dos movían la cabeza disgustados—. ¿Por qué está usted aquí sentada? La luz de la luna solo sirve para ponerlo a uno enfermo. En la cocina hay café recién hecho; lo que debe usted hacer es entrar en seguida.

Entonces, la señora del Pequeño Jardín, cuyo nombre era Felicia, se levantó de su silla, obediente, y sin volver la cabeza para ver una vez más la bahía interior a la luz de la luna, ya que siempre seguiría igual, se fue con ellos cruzando bajo los árboles y entró en la casa para tomarse una taza de café y procurar seguir viviendo.